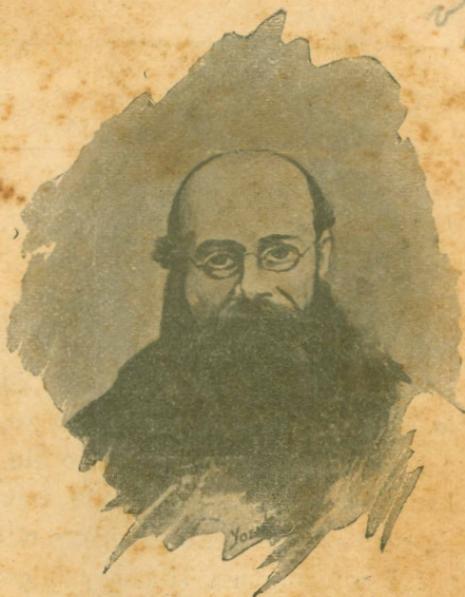


P. Kropotkine



LA
CONQUISTA
DEL PAN



BIBLIOTECA DE CULTURA

Concesionarios exclusivos para la venta

EDITORIAL B. BAUZA

VICENTE MATERA

Aribau, 175 a 179

C. de Chile, núm. 2115

BARCELONA

BUENOS AIRES

(España-Spain)

BIBLIOTECA DE CULTURA

Forman esta Biblioteca las obras más notables de las últimamente publicadas por los más célebres pensadores y literatos del mundo. Su elegante formato y lo económico de su precio son condiciones que, unidas a la de cumplir un verdadero fin cultural y educativo, hacen de esta Biblioteca la más completa y docente de cuantas han aparecido hasta el día.

He aquí algunos títulos publicados de las obras que integran esta Biblioteca:

LEOPOLDO BONAFULLA: LA FAMILIA LIBRE

C. CORNELISSEN: EN MARCHA HACIA LA SOCIEDAD NUEVA.

GICCA: EVA FUTURA.

MAXIMO GORKY: EL TERROR BOLCHEVISTA.

» » EN LA CARCEL.

HEINE: MEMORIAS Y CONFESIONES.

VICTOR HUGO: MEMORIAS DE UN REBELDE

» CON TINTA ROJA.

» EL ARTE Y LA CIENCIA

IBARRETA: LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS.

KROPOTKINE: LA CONQUISTA DEL PAN.

» CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES.

(Continúa en la tercera página)

Pedro Kropotkine

LA CONQUISTA DEL PAN

Traducción de La Juventud Literaria



BIBLIOTECA DE CULTURA

Concesionarios exclusivos para la venta

EDITORIAL B. BAUZA

VICENTE MATERA

Aribau, 175 a 179

C. de Chile, núm. 2115

BARCELONA

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA DE SPORTS Y JUEGOS

Indispensable a todo buen sportman.

Todos los tomos van profusamente ilustrados con multitud de fotografías y planos de las posiciones, actitudes y jugadas más importantes.

Títulos publicados:

- ¿Quiere usted jugar al foot-ball?
(Con el último reglamento).
- Modo de entrenarse en el foot-ball.
- Para ser un buen jugador de foot-ball.
- Modo de defenderse sin armas.
- El b6xer Inglés y el b6xer franc6s.
- ¿Quiere usted jugar al ajedrez?
- La esgrima del florete, espada y sable.
- ¿Quiere usted jugar al Lawn-tennie?
- ¿Quiere usted jugar al billar?
- ¿Quiere usted jugar al tresillo?
- ¿Quiere usted ser fuerte.
La gimnasia sin aparatos).
- La Gimnasia con aparatos.
- Para ser aviador.
- ¿Quiere usted ser atleta?
El atletismo).
- ¿Quiere usted ser campe6n?
(Lucha greco romana).

Precio de cada tomo: 1 peseta.

LA CONQUISTA DEL PAN

LAS RIQUEZAS DE TODOS

I

Mucho es el camino que ha recorrido la Humanidad desde las remotas épocas en las que vivía el hombre del producto de la caza y no dejaba a sus hijos más herencia que una cueva entre las peñas, imperfectos instrumentos de sílex y la Naturaleza, contra la que tenían que luchar para vivir miserablemente.

En largo período de miles y miles de años, el género humano acumuló extraordinarios tesoros. Roturó el suelo, desecó los pantanos, desbrozó los bosques, abrió caminos; construyó, inventó, experimentó, ratiocinó; creó instrumentos complicados, estudió y conoció a la Naturaleza, domó el vapor, llegó a tal extremo, que al nacer hoy el hijo del hombre civilizado, halla a su disposición un capital inmenso, reunido por sus antepasados. Y ese capital le permite obtener riquezas que superan a lo que imaginar pudiera la más desaforada fantasía.

Al presente, en los terrenos vírgenes de las grandes extensiones de América, cien hombres, empleando poderosas máquinas, logran que en pocos meses se produzca el trigo necesario para subvenir a la subsistencia de diez mil personas durante un año. Donde el hombre quiere multiplicar sus productos, *forma* el suelo, da a cada cultivo los cuidados apropiados y consigue enormes cosechas. En otro tiempo, el cazador había de apoderarse de cien kilómetros cuadrados para encontrar allí el alimento de su familia; el hombre civilizado arranca, con menos fatiga y más seguridad,

en pequenísimas porción de ese espacio, todo lo que exige la subsistencia de los suyos. Si falta sol, el hombre lo reemplaza por el calor artificial. Con conducciones de agua caliente cosecha en un espacio dado diez veces más productos que anteriormente cosechaba.

Los adelantos realizados en la industria son todavía más prodigiosos. Con máquinas modernas, cien hombres tejen la tela necesaria para vestir a diez mil hombres durante dos años. En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para que se calienten diez mil familias en un clima polar.

Y si en la industria, en la agricultura y en el conjunto de nuestra organización social sólo redundan en beneficio de un pequeño número la labor de nuestros antecesores, también es verdad que la Humanidad entera podría gozar una existencia de riqueza y de lujo sin más que utilizar los siervos de hierro y de acero de que es dueña.

Somos inmensamente ricos, como no lo sospechamos aún. Ricos por lo que poseemos ya; aun más ricos por lo que pueden suministrarnos nuestros instrumentos actuales; infinitamente más ricos por lo que sacaríamos de nuestro suelo, de nuestra ciencia y de nuestra habilidad técnica, si todo esto se aplicase de consuno a procurar el bienestar de cuantos integran lo que se denomina Humanidad.

II

Las sociedades civilizadas son ricas. ¿Por qué, pues, reina la miseria en nuestro derredor? ¿Por qué las masas han de realizar el trabajo penoso y embrutecedor que padecen? ¿Por qué esa inseguridad del porvenir (incluso para el trabajador bien pagado), no obstante las riquezas heredadas del pasado y los poderosos medios de producción que hoy existen y que a cambio de algunas horas de trabajo diario proporcionarían el bienestar a todos?

La explicación, según los socialistas, es esta: Porque lo indispensable para la producción lo han acaparado unos cuantos en el transcurso de larga sucesión de saqueos, guerras, ignorancia y opresión en que ha vivido la Humanidad, antes de aprender a utilizar las fuerzas naturales. Porque fundándose en supuestos derechos adquiridos en lo pasado, se

apropian hoy dos tercios del producto del trabajo humano, dilapidándolos insensata y escandalosamente. Porque constriñendo a las masas al punto de no tener con qué vivir un mes o una semana, no consienten al hombre que trabaje sino cediéndoles la parte del león. Porque le impiden producir lo que necesita y le fuerzan a producir, no lo preciso para los demás, sino lo que el acaparador cree indispensable para asegurarse los mayores beneficios.

Miremos cualquier país civilizado. Los bosques que antaño lo cubrían, fueron talados, se desecaron los pantanos, se saneó el clima, se hizo habitable el país. El suelo que antiguamente sólo producía groseras hierbas, provee hoy ricas mieses. Las rocas de los valles del Mediodía son terrazas por donde trepan las viñas de dorado fruto. Plantas silvestres que suministraban antes un fruto áspero o unas raíces no comestibles, han sido transformadas por reiterados cultivos en sabrosas hortalizas, en árboles cargados de frutas exquisitas. Múltiples caminos dotados de férreos carriles surcan la tierra, perforan las montañas; la locomotora silba en los abruptos desfiladeros. Se han hecho navegables los ríos; las costas sondeadas y esmeradamente reproducidas en mapas, son accesibles; puertos artificiales, contruidos con grandes trabajos y resguardados contra los furores del Océano, dan refugio a los buques. Perfóranse las rocas con pozos profundos; intrincados laberintos de galerías subterráneas se extienden allí donde hay carbón que sacar o minerales que beneficiar. En donde se entrecruzan o empalman caminos han nacido y crecido ciudades, en las que todos los tesoros de la industria, de las artes y de las ciencias se manifiestan a granel.

Cada porción de suelo labrado en Europa ha sido regada con el sudor de muchas razas; cada camino tiene una historia de servidumbre personal, de trabajo sobrehumano, de sufrimientos del pueblo. Cada kilómetro de vía férrea, cada metro de túnel, ha sido bautizado con sangre humana. Los pozos de las minas ofrecen recientes las huellas hechas en la roca por el brazo del barrenador. De uno a otro pilar pudieran señalarse las galerías subterráneas por la tumba de un minero que sucumbió en la plenitud de su edad por la explosión del grisú, el hundimiento o la inundación, y fueron muchas las lágrimas, privaciones y mise-

rias que cada una de esas tumbas ha costado a la familia que vivía con el exiguo salario del hombre que pereciera en la catástrofe.

Las grandes villas que unen entre sí las vías férreas y líneas de navegación, son organismos que han vivido siglos. Si se cava en su suelo, se hallan pronto hiladas superpuestas de calles, casas, teatros, circos y edificios públicos. Si se analiza su historia, se advierte cómo la civilización de la ciudad, su industria, su genio, han progresado poco a poco y madurado por el concurso de todos sus habitantes antes de llegar a ser lo que al presente son.

Incluso el valor de cada casa, de cada taller, de cada fábrica, de cada almacén, sólo es producto de la labor de millones de trabajadores desaparecidos ya, y no se mantiene sino por el esfuerzo de legiones de hombres que en los grandes centros de población habitan. ¿Qué sería de los docks de Londres, o de los grandes bazares de París, de no estar en esos grandes centros del comercio internacional? ¿Qué sería de las minas, de las fábricas, de los astilleros, y de las vías férreas, sin el cúmulo de mercaderías transportadas diariamente por tierra y mar?

Para crear esta civilización de que hoy nos gloriamos han laborado rudamente millones de seres humanos. Otros millones, diseminados por el mundo, trabajan aún para sostenerla. Sin estos hombres, dentro de cincuenta años no quedaría rastro de esa civilización.

Incluso el pensamiento y la invención, son productos colectivos y fruto del pasado y del presente. Centenares de miles de inventores facilitaron con su obra el invento de cada una de esas máquinas poderosas, en las cuales admira el hombre su propio genio. Escritores, poetas y sabios han trabajado para difundir el saber, matar el error y crear una atmósfera de pensamiento científico, sin la cual ninguna de las maravillas de nuestro siglo habría alcanzado realidad. Mas esos filósofos, poetas, sabios e inventores, ¿no habían sido también inspirados por la obra de los siglos anteriores? ¿No fueron durante su vida sustentados física y moralmente, por legiones de trabajadores y artesanos de todas clases? ¿No tomaron su fuerza impulsiva del propio medio en que se agitaban?

El genio de un Seguin, de un Mayer y de un Grove

han llevado la industria por nuevas vías, mejor que todos los capitales del mundo. Esos genios son hijos de la industria y de la ciencia, porque ha sido preciso que millares de máquinas de vapor transformasen, año tras año, el calor en fuerza dinámica, y esta fuerza en sonido, en luz y en electricidad, antes de que esas inteligencias preclaras proclamasen el origen mecánico y la unidad de las fuerzas físicas. Y si nosotros, hombres del siglo XIX, hemos adivinado al fin esta idea y hemos sabido aplicarla, es también porque para ello estábamos preparados por la diaria experimentación.

Los pensadores del pasado siglo la habían ya entrevisto y enunciado, pero no fué entendida, porque el siglo XVIII no se había desarrollado, junto a la máquina de vapor, como nosotros.

Imagínense las décadas que habrían transcurrido en el desconocimiento de esa ley que ha revolucionado la industria moderna, si Watt no hubiese hallado en Soho obreros hábiles para desarrollar en la práctica sus planes teóricos, construir y perfeccionar las piezas metálicas para dar vida al mecanismo completo con que se hizo por fin el vapor más manejable que el agua, más dócil que el caballo.

Igual es la historia de cada máquina: larga historia de duras veladas y de miseria; de desilusiones y de alegrías, de mejoras parciales obtenidas por varias generaciones de obreros desconocidos que añadían al primitivo invento esas pequeñas nonadas sin las cuales permanecería estéril la idea más fecunda. Es más: cada nueva invención en el inmenso campo de la mecánica y de la industria, resulta de mil inventos anteriores, es una síntesis de todos ellos.

Ciencia e industria, saber y aplicación, descubrimiento y realización práctica que lleva a nuevas invenciones, trabajo intelectual y trabajo manual, idea y labor de los brazos, todo se conjunciona. Cada invención, cada progreso, cada aumento de la riqueza de la Humanidad, se origina del conjunto del trabajo manual e intelectual del hoy y del ayer.

¿Con qué derecho puede, pues, nadie apropiarse la menor partícula de ese inmenso todo y afirmar: «Esto es mío y no de los demás?»

III

Mas el hecho cierto y evidente es que todo cuanto permite al hombre producir y acrecentar sus fuerzas productoras fué acaparado por unos cuantos.

La tierra, cuyo valor procede de las necesidades de una población en constante aumento, es la propiedad de minorías que pueden impedir e impiden al pueblo el cultivarla según las necesidades de los tiempos actuales.

Las explotaciones mineras, obra de muchas generaciones y de valor supeditado a las necesidades de la industria y la densidad de la población, pertenecen también a unos pocos, y esos pocos limitan la extracción del carbón o la prohíben en su totalidad si para sus capitales hallan una colocación más ventajosa.

La maquinaria pertenece igualmente sólo a algunos, y aun cuando tal o cual máquina se deba a los perfeccionamientos aportados por tres generaciones de trabajadores, no por eso deja de ser la propiedad de algunos patronos; y si los nietos del mismo inventor que construyó la primera máquina de hacer encajes, apareciesen hoy en una manufactura de Basilea o de Nóttingham y reclamasen sus derechos, les gritarían: «¡Marchaos de aquí; esta máquina no es vuestra!» Y quizás, quizás los fusilarían si se empeñasen en posesionarse de ella.

Las vías férreas, que no serían más que inútil hierro viejo sin la población densa de Europa, sin su industria, su comercio y sus cambios, pertenecen a algunos accionistas, que quizá ignoran qué caminos son los que les dan rentas superiores a las de un rey de la Edad Media. Y si los hijos de los que murieron a millares cavando las trincheras, y abriendo los túneles se juntasen un día y, andrajosos y hambrientos, fueran a pedir pan a los accionistas, tropezarían con las bayonetas y la metralla para dispersarlos y para defender los «derechos adquiridos».

Por efecto de esta monstruosa organización, cuando el hijo del obrero viene a la vida no encuentra campo que cultivar, máquina que utilizar, ni mina que beneficiar si no entrega a un amo la parte mayor de su trabajo productivo. Véase en el caso de vender su fuerza para el trabajo

por una remuneración insegura y mezquina. Su padre y su abuelo trabajaron en sanear aquel campo, en levantar y perfeccionar aquella fábrica, pero a él sólo se le consiente el dedicarse al cultivo de ese campo, cediendo la cuarta parte del producto a su amo y otra cuarta al Gobierno y a los intermediarios. Y ese tributo que le arrancan el Estado, el capitalista, el señor y el negociante irá aumentando constantemente. Si se dedica a la industria, se le consiente que trabaje a condición de no recibir más que el tercio o la mitad del producto, quedando lo demás a beneficio del que la ley reconoce como propietario de la máquina.

Protestamos contra el barón feudal que no toleraba al cultivador tocar la tierra, sin entregarle el cuarto de la cosecha; y el trabajador, so capa de libre contratación, acepta obligaciones feudales, porque en parte alguna no hallaría condiciones más aceptables. Y ha de ceder o morir de hambre, porque hoy todo tiene un amo.

Resulta de semejante estado de cosas que toda nuestra producción es un contrasentido. El negocio es sordo a las necesidades de la sociedad; su único fin es aumentar los beneficios del negociante. De aquí las continuas fluctuaciones de la industria, las crisis en estado crónico. No pudiendo comprar los obreros con su salario las riquezas producidas por ellos, la industria busca mercados en el exterior, entre los acaparadores de los demás países. Y en todas partes tropieza con competidores, ya que la evolución de todas las naciones se obra en igual sentido. De ahí las guerras que forzosamente han de estallar, por el derecho de monopolizar los mercados. Guerras por las posesiones en Oriente, por el imperio de los mares, por derechos aduaneros y dictar condiciones a sus vecinos, guerras contra los que se rebelan! No se extingue en Europa el ruido del cañón; generaciones enteras son asesinadas; el importe de sus presupuestos los invierten los Estados europeos en armamentos.

También la educación es privilegio de ínfimas minorías. ¿Puede hablarse de educación cuando el hijo del obrero se ve forzado a la edad de trece años a ir a la mina o ayudar a su padre en el laboreo de la tierra?

En tanto, los radicales demandan mayor extensión de las libertades políticas; pero en seguida advierten que el há-

lito de la libertad inicia rápidamente el levantamiento de los proletarios, y entonces, cambian de opinión y retornan a las leyes excepcionales y al imperio del sable. Una amplia red de tribunales, jueces, verdugos, polizontes y carceleros se mantiene para defender los privilegios, coartando el desarrollo de los sentimientos sociales. Fácil es comprender que sin rectitud, sin respeto a sí propio, sin simpatía y apoyos mutuos, la especie tiene que degenerar. De ello no se preocupan sin embargo, las clases directoras, aunque sí inventan para probar lo contrario toda una ciencia absolutamente falsa.

Cosas muy bonitas se han expuesto acerca de la necesidad de compartir lo que se posee con aquellos que carecen de todo, pero cuando se le ocurre a cualquiera practicar este principio, se le dice en seguida que todos esos grandes sentimientos son muy hermosos para los libros poéticos, pero que no cuajan en la vida. «Mentir es envilecerse, rebajarse», se dice; y, no obstante, la existencia civilizada es simplemente una inmensa mentira. ¡Y lo peor es que nos habituamos a ella y que acostumbramos a nuestros hijos a obrar hipócritamente una moral de dos caras!

El acaparamiento por sí solo deja sentir así sus consecuencias en la vida social. So pena de muerte, las sociedades humanas han de volver a los principios fundamentales, y como los medios de producción son obra colectiva de la Humanidad, vuelven al poder de la colectividad humana. La apropiación individual de ellos no es justa ni útil. Todo pertenece a todos, porque todos lo necesitan, porque todos han trabajado según sus fuerzas, y es imposible fijar la parte que correspondería a cada individuo en la actual producción de las riquezas.

¡Todo es de todos! La inmensa maquinaria que el siglo XIX ha creado; los millones de esclavos de hierro que llamamos máquinas y trabajan para nosotros, de todos son. Nadie tiene derecho a apoderarse de una sola de esas máquinas y afirmar: «Es mía; para emplearla me pagaréis un tributo por cada uno de vuestros productos». Como tampoco el señor de la Edad Media tenía derecho para decir al labrador: «Ese monte, ese prado, son míos, y por cada ga-

villa de trigo, por cada montón de heno, me pagaréis un tributo.»

Están llamadas a desaparecer las fórmulas ambiguas, como «el derecho al trabajo», o «a cada uno el producto íntegro de su trabajo». Lo que nosotros queremos es *el derecho al bienestar, el bienestar para todos.*

LA PROSPERIDAD INDIVIDUAL Y COLECTIVA

No es un sueño la consecución de la prosperidad individual y colectiva, esto es, del bienestar para todos. Es factible, es realizable, después de cuanto nuestros antecesores hicieron para fecundar nuestra fuerza de trabajo.

Los productores, que forman escasamente el tercio de los habitantes en los países civilizados, producen ya lo bastante para que se goce de cierto bienestar en el hogar de cada familia. Además, si todos cuantos derrochan hoy los frutos del trabajo ajeno estuviesen obligados a emplear sus ocios en trabajos útiles, nuestra riqueza aumentaría en proporción múltiple al número de brazos productores. Y sobre todo, y contra la teoría del máximo pontífice de la economía burguesa (Malthus), el hombre aumenta su fuerza productiva más rápidamente de lo que él mismo se multiplica. A mayor número de hombres en un territorio, corresponde un más rápido progreso de sus potencias productoras.

En tanto que la población de Inglaterra sólo ha crecido en un 62 por 100 desde 1844, su fuerza de producción ha aumentado en el doble, o sea en un 130 por 100. En Francia, donde la población se ha multiplicado menos, el crecimiento es rapidísimo, sin embargo. No obstante la crisis agrícola, la intervención del Estado, el impuesto de sangre, la Banca, las contribuciones y la industria, la cosecha de trigo ha cuadruplicado y la producción industrial ha decuplicado en el transcurso de los ochenta últimos años. Aun ha sido más prodigioso el progreso logrado en los Estados Unidos: a pesar de la inmigración, o mejor aún,

precisamente a causa de ese esfuerzo de trabajadores europeos, ha duplicado su producción Norte América.

En la actualidad, y conforme se amplía la capacidad de producir, se desarrolla en espantosa proporción el número de vagos e intermediarios. Al contrario de lo que antaño pensaban los socialistas respecto a que el capital llegaría a reconcentrarse pronto en tan pequeño número de manos, que bastaría expropiar a algunos millonarios para entrar en posesión de las riquezas comunes, lo que sucede es que cada día aumenta considerablemente el número de los que viven a costa del trabajo de los demás.

Si nos fijamos en Francia, veremos que no hay diez productores directos por treinta habitantes. Toda la riqueza agrícola del país se debe a menos de siete millones de hombres, y en las dos grandes industrias, las minas y los tejidos, se ocupan menos de dos millones quinientos mil obreros. ¿A qué cifra asciende, pues, la de los explotadores del trabajo? En Inglaterra, dejando a un lado Escocia e Irlanda, un millón treinta mil obreros, hombres, mujeres y niños, fabrican todos los tejidos; algo más de medio millón laborea las minas, menos de medio millón labran la tierra, y las estadísticas han de exagerar las cifras para llegar al máximo de ocho millones de productores para 26 millones de habitantes. De modo que son de seis a siete millones de trabajadores los que en realidad producen las riquezas enviadas a las cuatro partes del mundo. Pero, ¿cuántos son los rentistas o los intermediarios que suman a sus rentas las que se atribuyen cobrando al consumidor de cinco a veinte veces más de lo que al productor han abonado?

Cuantos detentan el capital aminoran constantemente la producción, impidiendo producir. No citemos aquí esos toneles de ostras tirados al mar para que la ostra no sea un alimento popular y conserve su calidad de golosina para gente acomodada; no hablemos de otros muchísimos objetos de lujo tratados de igual modo que las ostras. Fijémonos tan sólo en la manera cómo se limita la producción de las cosas precisas a todo el mundo. Hay centenares de miles de mineros que no desean otra cosa que extraer todos los días carbón y mandarlo a quienes tiritan de frío. Mas a uno o dos tercios de esos conjuntos de hombres se

les priva de trabajar más de tres días por semana, a fin de que los precios no bajen. Millares de tejedores no pueden manejar los telares, en tanto que sus mujeres y sus hijos se visten con harapos y las tres cuartas partes de los europeos no disponen de un traje que pueda ser llamado así.

Muchos altos hornos, muchas manufacturas están condenadas a inactividad constante; otros sólo trabajan la mitad del tiempo, y en cada nación civilizada existe siempre una población de unos dos millones de individuos que sólo piden trabajo y no lo hallan.

Con transformar los espacios incultos o mal cultivados en campos de intensa producción, serían felices millones de trabajadores. Pero esos bravos obreros han de continuar en paro forzoso porque los poseedores de la tierra, de la mina, de la fábrica, prefieren invertir sus capitales en empréstitos turcos o egipcios, o en acciones de oro de la Patagonia, y que trabajen para ellos los *fellahs* egipcios, los italianos emigrados de su país o los *coolies* chinos.

Así se limita consciente y directamente la producción: contar con la limitación indirecta e inconsciente, que estriba en dilapidar el trabajo humano en objetos inútiles completamente o destinados tan sólo a complacer la necia vanidad de los adinerados.

Como ejemplo de esto último pueden citarse los miles de millones gastados por Europa en armamento, sin otro objetivo que el de conquistar mercados para imponer la ley económica a los vecinos y facilitar la explotación en el interior; los millones pagados anualmente a los funcionarios de todo orden, cuya misión consiste en garantizar el derecho de las minorías a gobernar la vida económica de la nación; los millones gastados en magistrados, prisiones, policías y demás puntos de la malla que se denomina justicia; en fin, los millones dedicados a propalar en la Prensa ideas nocivas y noticias falsas, sólo beneficiosas para los partidos o personajes políticos y las Compañías de explotadores de toda laya.

Pero aún se invierte más trabajo inútil para sostener la cuadra, la perrera y la servidumbre doméstica del rico; para contentar los caprichos de las ramerías de alto bordo y el depravado lujo de los viciosos elegantes; para obli-

gar al consumidor a que adquiera lo que no necesita o imponerle un artículo de mala calidad; para producir substancias alimenticias dañinas para el consumidor, pero buenísimas y provechosas para el fabricante y el expendedor. Lo que se tira de este modo duplicaría la producción útil, crearía manufacturas y fábricas que pronto llenarían los almacenes con todas las provisiones de que dos tercios de la nación carecen.

De lo dicho se deduce que de los mismos que en cada nación se ocupan en trabajos productivos, más de una cuarta parte han de parar regularmente tres o cuatro meses por año, y otra cuarta parte, si no la mitad, no consigue con su trabajo otro resultado que el de explotar al público o divertir a los poderosos.

Tenemos, pues, que si se considera la rapidez con que las naciones civilizadas acrecientan su fuerza de producción, y los límites puestos a ésta, se llega a la conclusión de que una organización económica medianamente razonable facilitaría a las naciones civilizadas amontonar en poco tiempo tantos productos útiles, que podrían exclamar: «¡Basta de carbón, basta de trigo, basta de telas! ¡Descansemos, recójámonos, para utilizar mejor nuestras fuerzas y nuestro sobrante de tiempo!»

No es un sueño el bienestar para todos. Lo sería cuando a duras penas conseguía el hombre cosechar ocho o diez hectólitros de trigo por hectárea o construir con su propia mano los instrumentos mecánicos indispensables para la agricultura y la industria. Pero no es sueño desde que el hombre inventó el motor, que con un poco de hierro y algunos kilos de carbón le suministra la fuerza capaz de poner en movimiento la máquina más compleja y delicada.

Pero si el bienestar ha de ser una realidad, el inmenso capital ha de dejar de ser considerado como una propiedad de la que el acaparador disponga a su capricho. Es preciso que el instrumento de la producción sea propiedad común, para que el espíritu colectivo obtenga de él los mayores beneficios para todos. La expropiación se impone.

El bienestar de todos como fin; la expropiación como medio. A eso hay que ir, y cuanto antes.

II

El problema que la Historia plantea a los hombres de fines del siglo XIX, es la expropiación, esto es, devolución a la comunidad de todo lo que puede contribuir al bienestar de aquélla.

La vía legislativa no basta para resolver este problema. El pobre y el rico comprenden que ni los Gobiernos de ahora, ni los que surgieran de una revolución política serían capaces de resolverlo. Se nota la necesidad de una revolución social, y ni a ricos ni a pobres se les oculta que esa revolución está cercana.

En el curso de este último medio siglo han evolucionado los espíritus; pero esa evolución, contenida por la minoría, por las clases poseedoras, no ha tomado cuerpo aún, y es preciso que venza por la fuerza los obstáculos y que la revolución la convierta en realidad violentamente.

¿Cómo se anunciará la revolución? ¿De dónde procederá? Ello es todavía una incógnita. Pero los observadores y los pensadores no se equivocan: trabajadores y explotadores, revolucionarios y conservadores, todos reconocen que está llamando a nuestra puerta.

Se ha estudiado mucho el aspecto dramático de las revoluciones, pero poco su obra verdaderamente revolucionaria; muchos sólo ven en esos grandes movimientos el aparato escénico, las barricadas. Mas esa lucha previa, finaliza muy pronto; sólo después de la derrota de los viejos Gobiernos la obra real de la revolución empieza.

Cuando se les ataca por todas partes, esos Gobiernos sin fuerza real y sin ideales, sucumben rápidamente al soplo de la insurrección. En pocos días dejó de existir la monarquía burguesa de 1848, y cuando un coche de alquiler llevaba a Luis Felipe fuera de Francia, París ya no se acordaba siquiera del rey depuesto.

También desapareció en pocas horas el Gobierno de Thiers, el 18 de marzo de 1871, dejando a París dueño de sus destinos. Y no obstante, 1848 y 1871 no fueron más que insurrecciones. Ante una revolución popular, los gobernantes se eclipsan con rapidez milagrosa.

Fijémonos en la Commune. Caído el Gobierno, el ejército ya no obedece a sus jefes, vacilante por la oleada del levantamiento popular. La tropa se cruza de brazos, y deja hacer, o con la culata del fusil en alto se une a los insurgentes. La policía tampoco sabe si debe pegar o gritar: «¡Viva la Commune!» Y los agentes de orden público se encierran en sus casas «a esperar el nuevo Gobierno». Los pletóricos burgueses lían la maleta y se ponen a salvo. Sólo queda el pueblo. Así es la revolución que se anuncia.

En varias grandes ciudades es proclamada la *Commune*. Miles de hombres están en las calles, y se reúnen por la noche en clubs improvisados para determinar un régimen de conducta y para discutir con ardor los negocios públicos. Todo el mundo se interesa, hasta los indiferentes de la víspera muestran un exceso de celo. La buena voluntad, un vivo deseo de asegurar la victoria se manifiesta por doquier. Surgen las grandes abnegaciones. El pueblo sólo desea seguir adelante.

Se satisfarán quizás venganzas personales, pero ello será un accidente de la lucha y no la revolución misma.

Los genios desconocidos del periodismo, los socialistas gubernamentales, los oradores populacheros, los radicales, todos se precipitan al Ayuntamiento y a los Ministerios, para posesionarse de las poltronas abandonadas. Hecho esto, se contemplan con admiración ante los espejos ministeriales y para dar órdenes emplean una gravedad a la altura de su nueva posición. «¡Necesitan un fajín, un kepis, galoneado y un gesto imperioso para imponerse al ex-compañero de redacción o de taller! Otros se sumergen en un mar de papeles, queriendo buenamente entender alguna cosa. Redactan leyes y lanzan decretos de frases sonoras, de cuya ejecución nadie cuidará.

Para fingir una autoridad de que carecen, buscan la sanción de las antiguas formas de gobierno. En seguida se reúnen en parlamentos o en consejos de la Commune, donde se hallan hombres pertenecientes a diez, a veinte escuelas distintas, que no son confesiones particulares, sino enunciación de las varias maneras de concebir la extensión, el alcance y los deberes de la revolución. Posibilistas, colectivistas, radicales, jacobinos, blanquistas, matan el tiem-

po en discutir baldiamente. Los honrados se mezclan con los ambiciosos, que sólo ansían dominar y despreciar a la multitud de la cual proceden. A pesar de sus ideas diametralmente opuestas, se ven en la precisión de ultimar alianzas ficticias para formar mayorías que duran un día; disputan, se tratan unos a otros de reaccionarios, de autoritarios o de bribones; no aciertan a ponerse de acuerdo sobre ningún punto importante, ni toman ninguna medida seria, y propenden a perder el tiempo discutiendo vaciedades; sólo logran dar a luz proclamas altisonantes y hueras; todo se toma en serio, en tanto que la verdadera fuerza revolucionaria permanece en la calle.

El pueblo sufre durante ese periodo anormal. Las fábricas y los talleres se paralizan, el comercio se estanca, el trabajador no cobra ni su miserable salario de antes y el precio de los alimentos aumenta en grandes proporciones.

Pero el pueblo se resigna con esa abnegación heroica que le caracteriza, y que llega a lo sublime en las grandes épocas. El es quien exclamaba en 1848: «Ponemos tres meses de miseria al servicio de la República», en tanto que los diputados y los miembros del nuevo Gobierno, hasta el último policía, cobraban sus sueldos puntualmente. El pueblo sufre. Con su pueril confianza, con la candidez de la masa que cree en los que la dirigen, aguarda a que se ocupen de él en la Cámara, en el Ayuntamiento, en el Comité de Salud pública.

Mas en estos lugares se preocupan de todo menos de los sufrimientos de la muchedumbre. Cuando el hambre roe a Francia en 1793 y pone en peligro la Revolución; cuando el pueblo está sumido en el último grado de miseria, mientras los Campos Elíseos se ven llenos de magníficos carruajes, donde exhiben las mujeres galas espléndidas. ¡Robespierre insiste cerca de los Jacobinos en hacer discutir su Memoria sobre la Constitución inglesa! Cuando el trabajador padece en 1848 con el paro general de la industria, el Gobierno provisional y la Cámara discuten con calor las pensiones militares y sobre el trabajo en las cárceles, sin demandarse siquiera de qué vive el pueblo durante esta crítica época. Y si alguna censura merece la Commune de París, venida al mundo bajo el fuego de los cañones prusianos, y que sólo vivió setenta días, es el no

haber comprendido que la revolución comunera no podía triunfar sin luchadores bien nutridos, y que con seis reales diarios no se podía mantener a la familia y batirse a la vez en las murallas.

III

Padece el pueblo y en su malestar se pregunta constantemente: «¿Qué hacer para salir de esta situación?»

Ante todo aceptar y proclamar que cada cual tiene el *derecho de vivir*, y que la sociedad debe distribuir entre todos, sin excepción los medios de existencia con que cuenta. Proceder de modo que, desde el primer día, de la revolución, se convenza al trabajador de que se inicia para él una nueva era: que para lo porvenir nadie se hallará en el trance de haber de dormir bajo los puentes, o en los quicios de las puertas de los palacios, de ayunar mientras haya alimentos, o helarse junto a los comercios de pieles. Sea todo de todos, tanto en la teoría como en la práctica, y surja al fin en la Historia una revolución que se preocupe de las *necesidades* del pueblo antes de leerle los mandamientos de sus *deberes*.

Tan radical transformación no podrá operarse por medio del eterno papeleo, por decretos, sino por inmediata posesión, efectiva, de todo lo necesario para la vida de todos. Esta manera de proceder es la única que comprende y desea la masa del pueblo; además, es la verdaderamente científica.

Ocupar en nombre del pueblo sublevado los graneros, los almacenes de ropa y las casas habitables. No despilfarrar nada, organizarse para hacer frente a todas las necesidades y llenarlas todas; trabajar y producir, no para que se beneficien unos u otros, sino para que la sociedad viva y se desarrolle normalmente.

Las fórmulas ambiguas, como el «derecho al trabajo» deben desaparecer. Reconozcamos abiertamente que el bienestar debe realizarse a toda costa. Cuando los trabajadores reclamaban en 1848 el «derecho al trabajo», se instituían talleres nacionales o municipales y los hombres que en ellos se emplearon trabajaban fatigosamente para ganar dos pesetas diarias. Cuando pedían la organización del

trabajo, se les contestaba: «Paciencia, amigos; el Gobierno se ocupa de ello, y por el pronto ahí van dos pesetas. ¡Descansad, rudos trabajadores, que harto trabajásteis toda la vida!» Y entretanto, apuntábanse los cañones, convocábanse hasta las últimas reservas del ejército, desuníase a los mismos obreros por medios que conocen admirablemente los burgueses. Y cuando menos lo esperaban les pusieron ante este dilema: «¡O vais a colonizar el Africa, u os ametrallamos!»

¡Otro será el resultado si los trabajadores defienden su *derecho al bienestar*! De ahí que proclamen su derecho a toda la riqueza social; a ocupar las casas e instalarse en ellas según las necesidades de cada familia; a coger los víveres acumulados y consumirlos hasta conocer la hartura, como conocieron el hambre. Recaban su derecho a todas las riquezas, y es preciso que sepan lo que son los grandes goces del arte y de la ciencia, harto tiempo acaparados por los burgueses.

Y al reivindicar su derecho al bienestar, reivindican también su derecho a disponer por sí mismos cuál sea aquél, lo que se necesita para consolidarlo y lo que debe abandonarse como falto de valor en lo porvenir.

La posibilidad de vivir como seres humanos y de criar los hijos para hacerles miembros iguales de una sociedad superior a la nuestra, es el *derecho al bienestar*, en tanto que el *derecho al trabajo* es el derecho a seguir siendo un esclavo asalariado, un hombre de labor, dirigido y explotado por los burgueses venideros. El derecho al bienestar es la revolución social; el derecho al trabajo es un presidio industrial a lo sumo.

EL COMUNISMO ACRATA

I

Al romper con la propiedad privada, toda sociedad se hallará obligada a constituirse en comunismo ácrata.

En épocas pretéritas una familia de labriegos podía creer que el trigo que sembraba y los vestidos de lana tejidos en la choza, eran simples productos de su trabajo. Esta creen-

cia no era, sin embargo, enteramente justa. Existían caminos y puentes construídos en común, pantanos desecados por un trabajo colectivo y prados comunales cercados por setos que todos costeaban. Un progreso en las artes de tejer o en el modo de colorear los tejidos beneficiaba a todos; en tales tiempos, una familia campesina vivía mediante el apoyo de la ciudad, del concejo.

En el estado actual de la industria, cuando todo se entrelaza y se sostiene, cuando cada rama de la producción utiliza todas las demás, la pretensión de dar un origen individualista a los productos es completamente insostenible. Si ciertas industrias han llegado a una maravillosa perfección en los países civilizados, débese al simultáneo desenvolvimiento de otras mil industrias; lo deben a la extensión de la red ferroviaria, a la navegación trasatlántica, a la habilidad de millones de obreros, a cierto grado de cultura general de toda la clase proletaria; en fin, a trabajos ejecutados de un extremo a otro de la tierra.

Tanto los italianos que sucumbían del cólera cavando el canal de Suez, o de anemia en el túnel de San Gotardo, como los americanos que perecieron en la guerra abolicionista de la esclavitud, han contribuído al auge y desenvolvimiento de la industria algodonera en Francia y en Inglaterra no menos que las jóvenes sacrificadas en las manufacturas de Manchester o de Ruen o el inventor de cualquiera mejora en las máquinas de tejer.

Desde este punto de vista general y sintético de la producción, no estamos conformes con los colectivistas en que una remuneración proporcional a las horas de trabajo invertidas por cada uno en la producción de las riquezas sea un ideal, ni un avance siquiera hacia ese ideal. Sin discutir aquí si el verdadero valor de cambio de las mercancías se calcula en la sociedad actual por la cantidad de trabajo preciso para producirlas (según han dicho Smith y Ricardo, cuya huella ha seguido Marx), hemos de decir que no hallaríamos factible el ideal colectivista en una sociedad que considerase como patrimonio común los instrumentos de producción. Acatando este principio, habría de abandonar en seguida cualquier forma de salario.

Creemos que el individualismo mitigado del sistema colectivista no podría existir a la vez que el comunismo parcial

de la posesión por todos del suelo y de los instrumentos de trabajo. Toda nueva forma de posesión pide nueva forma de retribución. Una forma nueva de producción no podría sostener la antigua forma de consumo, como no podría desarrollarse en las formas viejas de organización política.

De la apropiación personal del suelo y de los instrumentos para la producción por alguno, nació el salario.

Era la condición imprescindible para el desarrollo de la producción capitalista; perecerá con ella, aunque se quiere disfrazar bajo la forma de «bonos de trabajo». La posesión común de los instrumentos de trabajo, llevará consigo forzosamente el goce en común de los frutos de la labor de todos.

Estamos convencidos de que no sólo es deseable el comunismo, sino que hasta las sociedades de ahora fundadas en el individualismo, *se ven constreñidas de continuo a caminar hacia el comunismo.*

El desenvolvimiento del individualismo durante los tres últimos siglos, se debe, sobre todo, a los esfuerzos del hombre, para defenderse de los poderes del capital y del Estado. Creyó por un momento—y así lo han predicado los que formulaban su pensamiento por él—que podía libertarse por completo del Estado y de la sociedad. «Mediante el dinero—afirmaba—puedo comprar todo lo que necesite». Pero el individuo ha seguido mal camino, y la Historia moderna le demuestra que, aun teniendo tesoros en sus arcas, nada puede sin el concurso de todos.

Paralela a esa corriente individualista, destácase en la Historia moderna, de una parte, la tendencia a conservar los restos del comunismo parcial de la antigüedad, y de otra, a restablecer el principio comunista en los diferentes órdenes de la vida.

Tan pronto como los Municipios de los siglos x, xi y xii lograron emanciparse del señor laico o religioso, fomentaron en seguida el trabajo en común, el consumo en común.

Era la ciudad la que fletaba buques y enviaba caravanas para el comercio en lejanas tierras, cuyos beneficios no eran para los individuos, sino para el conjunto de éstos; también compraba las provisiones para sus habitantes. Los recuerdos de esas instituciones se han conservado hasta

el siglo XIX y los pueblos los mencionan religiosamente en sus leyendas.

Desapareció ya todo eso; pero el Municipio rural se empeña en guardar los últimos vestigios de ese comunismo, y lo logra mientras no eche el Estado su abrumadora espada en la balanza.

Asimismo surgen, en mil diversas formas, nuevas organizaciones fundadas en el mismo principio de *a cada uno según sus necesidades*, porque sin cierta dosis de comunismo no podrían existir las sociedades presentes.

El puente por el que en otro tiempo los transeuntes pagaban derechos de peaje se ha hecho de uso común. El camino que antes se pagaba a tanto la legua, sólo en Oriente existe. Los museos, las bibliotecas libres, las escuelas gratuitas, las comidas comunes para los niños, los parques y los jardines libres, y las calles libres para todo el mundo; el agua conducida a domicilio y tendiéndose a no contar la cantidad consumida; he ahí otras tantas instituciones basadas en el principio de «Tomad lo que necesitéis».

Se ha introducido ya en los tranvías y ferrocarriles el billete de abono mensual o anual, prescindiendo del número de viajes, y toda una nación, Hungría, ha introducido en su red de ferrocarriles el billete por zonas, que permite recorrer quinientos o mil kilómetros por el mismo precio. No falta, pues, mucho para llegar al precio uniforme, como sucede en el servicio postal. En todas estas y otras innovaciones, se tiende a no medir el consumo. Hay quien quiere recorrer mil leguas, y otro sólo quinientas. Esas son necesidades personales, y no hay razón alguna para hacer pagar a uno doble que a otro, sólo porque su necesidad sea dos veces mayor.

También se va procurando poner las necesidades del individuo por encima de la valuación de los servicios que haya llenado o que llene en la sociedad. Se empieza a considerar la sociedad como un todo, cuyas partes están tan íntimamente ligadas entre sí, que el servicio prestado a tal o cual individuo, es un servicio prestado a la generalidad.

Si vais a una biblioteca pública—por ejemplo, las de Londres o Berlín,—el bibliotecario no os pregunta qué servicio habéis prestado a la sociedad para dejaros el libro o los cincuenta libros que solicitéis, y si es preciso os ayuda

a buscarlos en el catálogo. Pagando un derecho de entrada uniforme, la sociedad científica abre sus museos, jardines, bibliotecas, laboratorios, y da fiestas anuales en honor de cada uno de sus miembros, fueran de la categoría que fueran.

Si tratáis de dar vida a un invento, y vais a un taller especial de San Petersburgo, os darán sitio, todas las herramientas necesarias, todos los instrumentos de precisión, si sabéis manejarlos, y se os dejará trabajar cuanto queráis. Ahí están las herramientas. Convenced a amigos de vuestra idea; asociáos a otros amigos de diversos oficios si no preferís trabajar solos; inventad la máquina o no inventéis nada, eso es cosa vuestra. Una idea os conduce, y ello es suficiente.

Los tripulantes de una falúa de salvamento no exigen sus credenciales a los marineros de un buque naufrago; salen en su embarcación, arriesgan su vida entre las olas furibundas, y a veces mueren por salvar la de otros hombres a quienes ni siquiera conocen. ¿Y necesitan conocerlos acaso? «Necesitan nuestros servicios, son seres humanos: eso basta, su derecho queda demostrado. ¡Salvémoslos!» Si mañana una de nuestras grandes ciudades, tan egoístas al presente, es víctima de una calamidad cualquiera, esa misma ciudad procurará que las primeras necesidades que se satisfagan sean las de los niños y los viejos, sin averiguar los servicios que hayan prestado o presten a la sociedad; ante todo hay que mantenerlos.

En cuanto se han llenado las más imperiosas necesidades de cada uno y a medida que aumenta la fuerza productora de la Humanidad, se acentúa más cada vez que una gran idea ocupa el puesto de las mezquinas preocupaciones de nuestra vida ordinaria.

Llegado el momento en que se devolviesen a todos los instrumentos de producción, en que la labor fuese común y el trabajo—ocupando el sitio de honor en la sociedad—produjese mucho más de lo preciso para todos, ¿puede dudarse de que esta tendencia ampliaría su esfera de acción hasta ser el principio mismo de la vida social futura?

Por estas razones entendemos que, al quebrantar la revolución la fuerza en que se apoya el sistema actual, nuestra primera obligación será llevar el comunismo a la práctica,

Mas este comunismo nuestro no es el de los falansterianos ni el de los autoritarios teóricos alemanes; es el comunismo anarquista, el comunismo sin Gobierno, el de los hombres libres. Tal es la síntesis de los dos fines que busca la Humanidad a través de las edades: la libertad política y la libertad económica.

II

Al considerar la *anarquía* como ideal de la organización política, solo formulamos otra pronunciada tendencia de la Humanidad. Conforme lo permitía el curso del desenvolvimiento de las sociedades europeas, sacudían éstas el yugo de la autoridad e iniciaban un sistema basado en los principios de la libertad individual. La Historia nos enseña que los periodos durante los cuales fueron abatidos los Gobiernos por efecto de rebeliones parciales o totales, han sido épocas que en el terreno económico e intelectual significaron un gran adelanto.

Ora es la independencia de los Municipios, cuyas grandes obras—fruto del trabajo libre de asociaciones libres—no han sido superadas; era es el levantamiento de los campesinos, que hizo la Reforma y puso en peligro al papado; ya la sociedad—libre en su principio—fundada al otro lado del Atlántico por los descontentos que huyeron del viejo continente.

Si nos fijamos en el desarrollo actual de las naciones civilizadas, anotaremos un movimiento cada vez más perceptible en pro de reducir la esfera de acción del Gobierno y de aumentar la libertad individual. Esta es la evolución presente, aunque retardada por el fárrago de instituciones, y preocupaciones heredadas de lo pretérito. Igual que todas las evoluciones, aguarda la revolución para aventar las vetustas ruinas que se oponen al libre vuelo en la sociedad regenerada y remozada.

Tras haber empleado largo tiempo en el insoluble problema de inventar un Gobierno que «obligue al individuo a la obediencia, sin dejar de obedecer aquél también a la sociedad», la Humanidad pretende libertarse de toda especie de Gobierno y llenar sus necesidades de organización por el libre acuerdo entre individuos y grupos que aspiren a

iguales objetivos. La independencia de cada mínima unidad territorial es ya una necesidad apremiante; el común acuerdo substituye á la ley, salva las fronteras, y, con la mira puesta en un fin general, regula los intereses particulares.

Cuanto se creyó en otra época función propia del Gobierno se le niega hoy, llegándose mejor y más fácilmente al acuerdo sin su intervención. Analizando los progresos conseguidos en este aspecto, hemos de afirmar que la Humanidad aspira a anular completamente la acción de los Gobiernos, esto es, a abolir el Estado, que es la personificación de la opresión, del monopolio y de la injusticia.

Realmente, la idea de una sociedad sin Estado acarreará por lo menos tantas objeciones como la economía política de una Sociedad sin capital privado. A todos nos han nutrido los arraigados prejuicios sobre las funciones providenciales del Estado. Desde la enseñanza de las tradiciones romanas hasta el Código de Bizancio, o de Derecho romano, y las diversas ciencias inculcadas en las Universidades, todo nos ha habituado a ver una Providencia en el Gobierno y en las virtudes del Estado.

Para infundir y sostener este prejuicio, se han inventado y propalado sistemas filosóficos y se han dictado leyes... Toda la política se basa en ese principio, y cada político, de cualquier orden y color que fuese, dice siempre al pueblo: «¡Dame el Poder; quiero y puedo librarte de las miserias que te abruman!»

Ojead un libro cualquiera de sociología o de jurisprudencia, y hallaréis en él siempre al Gobierno, con su organización y sus hechos, en tan gran lugar, que acabamos por creer que fuera del Gobierno y de los hombres de Estado ya nada existe.

Los periódicos repiten en todos los tonos la misma cantinela. Columnas enteras se dedican a las discusiones parlamentarias, a las intrigas de los políticos; apenas si se advierte, en cambio, la intensa vida diaria de una nación en breves líneas que estudian un asunto económico, a propósito de una ley, o en la sección de noticias o de sucesos del día. Lo que menos pensáis al leer esos periódicos es en el infinito número de seres humanos que nacen y mueren, trabajan y consumen, sufren los dolores, piensan y

crean, más allá de esos personajes de similor, a quienes se glorifica, hasta el punto de que sus sombras cubran y oculten la Humanidad por la grandeza que les da nuestra ignorancia.

Y no obstante, tan pronto como se pasa del papel impreso a la vida misma, en cuanto se mira a la sociedad, salta a la vista la parte infinitesimal que el Gobierno representa en ella. Balzac había observado ya cuántos millones de campesinos viven su vida entera sin saber nada del Estado, excepto los pesados impuestos que ha de pagarle por fuerza. Diariamente se ultiman innumerables contratos sin que intervenga el Gobierno, y los más grandes de ellos—los del comercio y la Bolsa—se hacen de tal manera, que ni siquiera se podría invocar al Gobierno si una de las partes contratantes abrigase la intención de faltar a sus compromisos. Hablad con quien conozca el comercio, y os dirá que los cambios realizados a diario entre comerciantes no se operarían sin la base de la confianza mutua. La costumbre de cumplir su palabra, el deseo de mantener el crédito, sobran para guardar esa honradez comercial. Aquel que sin el menor remordimiento envenena a sus parroquianos con infectas drogas presentadas bajo etiquetas atractivas, considera empeño de honor el cumplir sus compromisos. Ahora bien; si esa moralidad relativa se ha desarrollado, hasta en las condiciones actuales, cuando el enriquecimiento es el único móvil y objetivo, ¿no ha de progresar rápidamente, en cuanto ya no sea la base fundamental de la sociedad la apropiación de los frutos de la labor de los otros?

Otro distintivo característico de nuestra generación que viene también en apoyo de nuestras ideas, es el constante aumento del campo de las empresas nacidas de la iniciativa privada y el enorme desarrollo de todo género de agrupaciones libres. Numerosos son estos hechos, y tan vulgares ya, que forman la esencia de la segunda mitad de este siglo, aun cuando los hombres del socialismo y de la política los ignoran, en su manía de hablarnos siempre de las funciones del Gobierno. Las organizaciones, libres y diversas hasta lo infinito, resultan un producto tan natural, prosperan con tanta rapidez y se reúnen con tanta facilidad, son una consecuencia tan necesaria del continuo crecimiento de las ne-

cesidades del hombre civilizado y reemplazan con tantas ventajas a la intervención gubernamental, que ha de reconocerse en ellas un factor cada vez más importante en la vida moderna.

Si todavía no abarcan el conjunto de las manifestaciones de la vida, porque tropiezan con obstáculos insuperables en la miseria del trabajador, en las castas de la sociedad actual, en la apropiación privada del capital colectivo, en el Estado. Suprimidos esos obstáculos, se las verá extenderse por el inmenso dominio de la actividad de los hombres civilizados.

Los cincuenta años últimos son viva prueba de la impotencia del Gobierno representativo para ejercer las funciones que se le han encomendado.

El siglo XIX será citado algún día como la fecha del aborto del parlamentarismo.

Es tan evidente para todos esta impotencia del parlamentarismo y los vicios originales del principio representativo son tan palpables, que los pocos pensadores que han hecho su crítica (J. Stuart Mill, Laverdais) se han encontrado hecha la labor con sólo traducir el descontento popular. Es absurdo nombrar algunos hombres y decirles «Hacednos leyes acerca de todas las manifestaciones de nuestra vida, aunque cada uno de vosotros las ignore». Ya empezamos a percatarnos de que el Gobierno de las mayorías parlamentarias, significa el abandono de todos los asuntos del país a los que forman las mayorías en la Cámara y en los comicios, a los que carecen de criterio propio.

La unión postal internacional, las uniones ferroviarias, las sociedades científicas son patente ejemplo de soluciones debidas al libre acuerdo, y no a la ley.

Si grupos diseminados por el mundo pretenden hoy organizarse para un fin cualquiera, no nombran un Parlamento internacional de diputados *para todo* y a quienes se les diga: «Votadnos leyes; las acataremos». Si no logran entenderse directamente o por correspondencia, envían delegados bien conscientes de la cuestión especial que va a tratarse, y les dicen: «Procurad poneros de acuerdo acerca de tal asunto, y volved luego, no con una ley en el bolsillo, sino con una proposición de acuerdo, que aceptaremos o no.»

Las grandes Compañías industriales, las sociedades científicas, las asociaciones de todo género existentes en Europa y en los Estados Unidos así proceden. Y así habrá de obrar la sociedad libertada. Para efectuar la expropiación, no podrá en modo alguno organizarse bajo el principio de la representación parlamentaria. Una sociedad basada en la servidumbre podía aceptar la monarquía absoluta; una sociedad fundada en el salario y en la explotación de las multitudes por los detentadores del capital, corresponde al parlamentarismo. Mas una sociedad libre que recobre la posesión de la herencia común, habrá de buscar en el libre agrupamiento y en la libre federación de los grupos una organización nueva en analogía a la nueva fase económica de la historia de su existencia.

LA EXPROPIACION

I

Dícese que en 1848, cuando la revolución pareció amenazar a Rothschild en su fortuna, éste hizo la siguiente frase: «Supongamos que mi fortuna se haya adquirido a costa de los demás. Dividida entre tantos millones de europeos, tocarían dos pesetas a cada persona. Pues bien: me comprometo a restituir a cada cual sus dos pesetas si me las reclama».

Publicada ya en la Prensa la *salida* de Rothschild, nuestro millonario se paseaba tranquilo por las calles de Francfort. Tres o cuatro transeuntes le pidieron sus dos pesetas: se las entregó con sardónica sonrisa, y el famoso banquero siguió disfrutando su fortuna.

La familia del millonario aún está en posesión de sus millones.

Así, aproximadamente, razonan las fuertes cabezas de la burguesía cuando nos dicen: «¡Ah, la expropiación! Entendido. Quiten ustedes a todos las chaquetas, las ponen en un montón, y cada cual se acerca a coger una, salvo el andar a trompazos para apropiarse la mejor!»

Esto no pasa de ser una gracia grosera. Lo que necesitamos no es poner en un montón las chaquetas para re-

partirlas luego, y eso que los que tiritan de frío aun hallarían en ello alguna ventaja. Tampoco hemos de distribuirnos las dos pesetas de Rothschild. Lo que nos hace falta es organizarnos de modo que cada ser humano, al venir al mundo, pudiera estar seguro de aprender un trabajo productivo y acostumbrarse a él en primer término, para ocuparse luego de ese trabajo sin pedir permiso al propietario y al patrono y sin pagar a los acaparadores de la tierra y de las máquinas los diezmos y primicias de la producción.

Las riquezas de todas clases, detentadas por los Rothschild o los Vanderbilt, se emplearían en organizar lo mejor posible la producción comunal.

Cuando el labriego pueda labrar la tierra sin pagar la mitad de lo que produce; cuando las máquinas precisas en la preparación del suelo para las grandes cosechas se hallen profusamente a la libre disposición de los cultivadores; cuando el obrero del taller produzca para la comunidad y no para el monopolio, los trabajadores no padecerán hambre y miseria, y no habrá explotadores como Rothschild y sus congéneres.

Nadie tendrá ya necesidad de vender su fuerza de trabajo por un salario representativo de una parte del total de lo que produce.

«Bien—nos argüirán.—Pero de fuera os vendrán los Rothschild. ¿Cómo evitar que un individuo que haya acumulado millones en China se instale entre vosotros y se rodee de servidores y trabajadores asalariados, que los explote y se enriquezca a su costa? No haréis de un golpe la revolución en toda la tierra. ¿Acaso levantaréis aduanas en vuestras fronteras para registrar a quienes lleguen y apoderarse del oro que lleven?»

¡Sería curioso ver a gendarmes anarquistas disparando contra los viajeros!

Fácilmente se contesta la objeción. En el fondo del razonamiento hay un craso error, consistente en que nadie se ha preguntado nunca de dónde salen las fortunas de los ricos. Reflexionando un poco, pronto se cae en la cuenta de que el origen de esas fortunas está en la miseria de los pobres. Donde no haya miserables, no existirán ricos que los exploten.

La Historia nos facilita argumentos en apoyo de nuestra tesis. Fijáos en la Edad Media en la que se inician grandes fortunas. Un barón feudal se apodera de un fértil valle. Pero mientras éste no se pueble, el barón no puede llamarse rico. ¿Qué hace el barón para enriquecerse? ¡Buscar colonos!

No obstante, si cada agricultor poseyese un pedazo de tierra libre de cargas y las herramientas y el ganado bastantes para la labor, ¿quién roturaría las tierras del barón? Cada cual se quedaría en las suyas. Pero hay gran provisión de miserables. Unos han sido arruinados por las guerras, otros por las sequías, por la peste; carecen de bestias y aperos. (El hierro era muy caro en la Edad Media; y más cara aún una bestia de labor).

Los que nada tienen, buscan mejorar sus condiciones de vida. Un día ven en el camino, en la linde de las tierras de nuestro barón, un poste y un cartel indicando que el labrador que se instale en esas tierras recibirá con el suelo instrumentos y materiales para edificar una choza y sembrar su campo, sin que en determinado número de años haya de pagar canon alguno.

Cunde la noticia, y entonces afluyen a las tierras del barón los miserables; abren caminos, desecan los pantanos, construyen aldeas. A los nueve años, por ejemplo, el barón les cobrará un arrendamiento, cinco años después les cobrará tributos, que duplicará luego, y el labrador acatará las nuevas condiciones de vida, porque no las encontrará mejores en otra parte. Y, así, poco a poco, con ayuda de la ley, la miseria del campesino se transforma en fuente de riqueza para el señor, y no sólo para el señor, sino para toda una nube de usureros que descarga sobre las aldeas, y que se multiplican en cuanto mayor es la pobreza del labrador.

Esto ocurría en la Edad Media. Pero, ¿acaso no acontece hoy lo mismo? Si hubiese tierras libres que el campesino pudiese cultivar a voluntad, ¿iría a pagar mil pesetas por hectárea al señor vizconde que se digna cederle una parcela? ¿Iría a pagar un arrendamiento oneroso, que le quita el tercio de lo que produce? ¿Iría a hacerse colono, para ceder la mitad de la cosecha al amo? Sin embargo, como nada posee, acepta todas las condiciones con tal de

vivir cultivando el suelo. Así enriquece al propietario.

La pobreza del campesino es la riqueza para los propietarios de bienes raíces, lo mismo en la Edad Media que en el siglo XIX.

II

El dueño del suelo se enriquece con la miseria de los labriegos. Con el industrial pasa lo mismo.

Un burgués, que por una u otra causa es propietario de un tesoro de quinientas mil pesetas, indudablemente puede gastarse ese dinero a razón de cincuenta mil pesetas al año, cantidad que no es exagerada si se aprecia el lujo caprichoso e insensato que ahora priva. Invirtiendo la citada cifra, pasados diez años habría gastado su tesoro. Así, pues, como hombre «práctico», se inclina a no tocar su fortuna y a formarse además con ella una renta bien saneada.

Esto se realiza fácilmente en nuestra sociedad, porque en ciudades y pueblos abundan los trabajadores que no poseen lo necesario para vivir un mes, ni siquiera una quinceña. El burgués instala una fábrica, los banqueros le abren crédito y le prestan otras quinientas mil pesetas, y con este millón el incipiente fabricante podrá hacer trabajar a quinientos operarios.

Pero si en la localidad donde radica la fábrica o las localidades vecinas no hubiese más que hombres y mujeres cuya existencia estuviera garantizada, ¿quién iría a trabajar para el burgués? Nadie consentiría en fabricarle por un salario de dos o tres pesetas al día objetos comerciales por valor del triple o cuádruple de su coste.

Desdichadamente, los barrios pobres de la ciudad y de los pueblos cercanos están llenos de gente cuyos hijos lloran ante la despensa vacía. De ahí que, apenas se abre la fábrica van corriendo los trabajadores embaucados. Se necesitan sólo cien y acuden mil. Y ya en funciones la fábrica, el patrono recauda, sin quebranto alguno, un millar de pesetas anuales por cada hombre que trabaja para él.

El patrono se crea de esta suerte una limpia renta. Si ha elegido una rama industrial lucrativa, y es inteligente,

ensanchará lentamente su fábrica y fomentará sus rentas doblando el número de los operarios explotados en su provecho.

Hasta quizá se convierta en un personaje en la comarca. Dará banquetes a otros notables, a los concejales, al señor diputado. Podrá casar su fortuna con otra fortuna, situar ventajosamente a sus hijos y hasta conseguir también alguna concesión del Estado. Se le encargarán suministros para el ejército o para la provincia y seguirá redondeando su tesoro, hasta que una guerra, o el simple rumor de ella, o un azar le consienta una gran jugada.

Las nueve décimas partes de las colosales fortunas de los Estados Unidos (así lo dice Henry George en sus *Problemas sociales*) débense a una truhanería hecha con la complicidad del Estado. En Europa, los nueve décimos de las fortunas, proceden de igual sucio origen.

La ciencia de adquirir riquezas estriba en hallar cierto número de hambrientos, pagarles tres pesetas y obligarles a producir diez; amontonar de este modo una fortuna y acrecentarla luego por algún gran golpe de mano con el auxilio del Estado. No hemos de hablar de las modestas fortunas atribuidas por los economistas al ahorro, pues el ahorro, por sí mismo, no *produce* si el dinero *ahorrado* no se invierte en explotar a los famélicos.

Veamos el caso de un zapatero a quien se le pague bien su trabajo, y que, a fuerza de privaciones, logre ahorrar cerca de dos pesetas diarias, ¡cincuenta pesetas mensuales! Supongamos que nuestro zapatero no esté enfermo nunca; que se alimente bien, no obstante su afán por el ahorro; que no se case o que no tenga hijos; que no se muera de tuberculosis; ¡admitámoslo todo! Pues bien: a la edad de cincuenta años no habrá reunido ni quince mil pesetas, y no tendrá de qué vivir durante su vejez, cuando sea incapaz para el trabajo. ¡No es así como se amasan las fortunas ciertamente!

Pongamos por caso otro zapatero. En cuanto reuna unos cuartos, los llevará con cuidado a la Caja de Ahorros, y ésta se los prestará al burgués que trata de montar una explotación de hombres descalzos. Tomará después un aprendiz, el hijo de un miserable, que se tendrá por feliz si al cabo de cinco años aprende el oficio y consigue ganarse la sub-

sistencia. El aprendiz le «producirá» a nuestro zapatero, y si este tiene clientela, tomará otro, y más adelante un tercer aprendiz. Después contratará dos o tres oficiales, felices si cobran tres pesetas diarias por un trabajo que vale seis. Y si nuestro zapatero «tiene fortuna», es decir, si es lo suficiente truhán, sus oficiales y aprendices le producirán una veintena de pesetas además de su propio trabajo. Así ensanchará su negocio, se enriquecerá poco a poco y no necesitará privarse de lo estrictamente necesario. Legará a su hijo una fortunita.

A esto se denomina «hacer ahorros, tener hábitos de sobriedad». En el fondo, es lisa y llanamente explotar a los miserables.

Se cita el comercio como una excepción de la regla. «Fulano—se nos dirá,—compra té en la China, lo importa en Francia y realiza un beneficio del 30 por 100 de su dinero. No ha explotado a nadie». Y no obstante, el caso es semejante. Si nuestro hombre hubiese traído el té sobre sus espaldas, santo y bueno! Antiguamente, en los albores de la Edad Media, de ese modo se hacía el comercio, y por tal razón no se conseguían nunca las enormes fortunas de nuestros días; apenas si aquel mercader de antaño podía guardar algunas monedas después de un viaje lleno de penalidades y peligros. Impulsábale a dedicarse al comercio más la afición a los viajes y aventuras que el deseo de lucro y la avaricia.

Actualmente el sistema es más sencillo. El comerciante que tiene capital no ha de moverse del escritorio para acumular moneda. Telegrafía a un comisionista la orden de comprar cien toneladas de té; fleta un buque, y al poco tiempo tiene en su poder el cargamento. Ni siquiera arriesga algo en la travesía, porque están asegurados su té y el buque. De modo que si ha invertido cien mil pesetas, recogerá ciento treinta mil salvo que haya querido especular con alguna mercancía nueva, en cual caso corre la eventualidad de perder su fortuna o duplicarla.

Mas, ¿cómo ha encontrado hombres resueltos a hacer el viaje, ir a China y volver, trabajar, soportar fatigas y arriesgar su vida por una paga mínima? ¿Cómo ha encontrado en los *docks* cargadores y descargadores, a quienes pagaba lo estricto para no dejarlos morir de hambre mien-

tras trabajaban? ¿Cómo? ¡Porque son víctimas de la miseria! Id a un puerto de mar, inspeccionad los cafetines de los muelles, ved a esos hombres que se dejan embaucar, agolpados desde la madrugada a las puertas de los *docks* para ser admitidos a trabajar en los buques. Ved esos marineros, contentos de enrolarse para un viaje lejano, después de semanas y meses de espera; han pasado toda su vida de buque en buque, y así seguirán hasta que el mar se los trague algún día.

Buscad otros ejemplos, elegidlos donde queráis, pensad sobre el origen de todas las fortunas procedentes del comercio, de la banca, de la industria o del suelo: en todas partes hallaréis que la riqueza de unos está fundada sobre la miseria de otros.

En un medio ácrata no habría que temer al Rothschild desconocido que fuera a establecerse en su seno. Si cada miembro de la comunidad está convencido de que tras algunas horas de trabajo productivo tendrá derecho a todos los placeres que proporciona la civilización, a los goces que la ciencia y el arte suministran a quienes los cultivan, no venderá su fuerza de trabajo por un plato de lentejas; nadie se prestará a enriquecer al Rothschild. Sus monedas de dos pesetas se reducirán a discos de metal, aptos para diversos usos, pero incapaces de multiplicación.

La expropiación debe comprender todo aquello que se basa en la apropiación del trabajo ajeno. La fórmula es sencilla y fácil de entender.

No intentamos arrebatarse a nadie su gabán, sino que queremos devolver a los trabajadores *todo* lo que permite explotarlos, no importa a quién. Y haremos todos los esfuerzos para que, sin faltarle nada a nadie no exista *un solo hombre* que se vea *obligado* a vender sus brazos para asegurar la vida de sus hijos y la suya propia.

Así entendemos la expropiación, y nuestro deber durante la revolución, que esperamos en un porvenir *próximo*, no dentro de doscientos años.

III

En general, la idea anarquista, y particularmente la de la expropiación, gozan de muchas más simpatías de lo que se cree entre los hombres independientes de carácter y para quienes la ociosidad no es el supremo ideal. «No obstante—nos dicen con frecuencia nuestros amigos,—¡guardaos de ir demasiado lejos! Puesto que la Humanidad no se cambia en un día, no vayáis demasiado de prisa en vuestros proyectos de expropiación y anarquía! Os exponéis a no construir nada duradero».

A esto replicamos que lo que tememos en materia de expropiación es quedarnos cortos. Tememos que la expropiación se haga en una escala demasiado pequeña para ser duradera; que el empuje revolucionario se pare a la mitad de su camino; que se gaste en medidas a medias que a nadie satisfarían, y que ocasionando un derrumbamiento formidable en la sociedad y una paralización de sus funciones no fuesen, sin embargo, viables, sembrando el disgusto general y acarreando fatalmente la victoria de la reacción.

En nuestras sociedades hay establecidas relaciones que es materialmente imposible variar si sólo se las modifica en parte. Los engranajes de nuestra organización económica están tan íntimamente ligados entre sí, que no puede tocarse uno solo sin tocar a los demás; esto se notará en cuanto se quiera expropiar, en cualquier orden y forma.

Si en una región cualquiera se hace una expropiación limitada, por ejemplo, a los grandes señores territoriales, sin tocar a las fábricas (como solicitó no ha mucho Henry George); que en tal o cual ciudad se expropian las casas, sin poner en común los víveres, o que en una región industrial se expropian las fábricas, sin tocar a las grandes propiedades del suelo, siempre se obtendrá igual resultado: gran trastorno de la vida económica, sin medios de reconstituirla sobre bases nuevas. Suspensión de la industria y del tráfico, sin retrogradar a los principios de la justicia; imposibilidad de que la sociedad llegue a una solución de absoluta armonía.

Si se libra el agricultor del gran propietario territorial

sin que se libre la industria del capitalista y el industrial del comerciante y del banquero, nada se habrá conseguido. El cultivador padece hoy, además de por tener que pagar la renta al propietario del suelo, por el total de las condiciones actuales; paga el impuesto que le cobra el industrial, quien le hace pagar tres pesetas por una azada que sólo vale la cuarta parte en relación con el trabajo del agricultor; paga contribuciones al Estado, que no puede existir sin una baraunda de funcionarios; contribuye al sostenimiento del Ejército que apoya al Estado, porque los industriales de todos los países están en perpetua lucha por los mercados, y cualquier día puede estallar la guerra con motivo de la explotación de tal o cual parte del Asia o del Africa. Sufre también el agricultor por la despoblación de los campos, cuya juventud se siente atraída hacia las manufacturas de las grandes ciudades, ya por el cebo de salarios más crecidos, ofrecidos transitoriamente por los productores de objetos de lujo, ya por las emociones de una vida más intensa; igualmente padece por la protección artificial de la industria, la explotación comercial de los países limítrofes, la usura, la dificultad de mejorar el suelo y perfeccionar los instrumentos de labranza, etc.

Exactamente lo mismo acontece con la industria. Dad mañana las fábricas a los trabajadores, haced lo hecho ya con cierto número de campesinos, a quienes se les ha transformado en propietarios del suelo. Quitad el patrono, pero dejad la tierra al señor, el dinero al banquero, la Bolsa al comerciante; guardad en la sociedad esa masa de ociosos que viven del trabajo ajeno; conservad los mil intermediarios, al Estado con su cohorte de funcionarios, y la industria se paralizará. No encontrando compradores en la masa de los labriegos que siguen pobres; no poseyendo las primeras materias y en la imposibilidad de exportar sus productos, por efecto en parte de la suspensión del comercio y sobre todo por efecto de la centralización de las industrias, no podrá hacer más que vegetar y los obreros se verán abandonados en plena calle.

Expropiad a los grandes terratenientes y entregad las fábricas a los trabajadores, pero sin tocar a esas nubes de intermediarios que especulan hoy con todos los comestibles en los grandes centros, al par que esparcen los produc-

tos de nuestras manufacturas. Entonces, cuando se dificulte el tráfico y ya no circulen los productos, cuando no haya pan, la reacción terrible sobrevendrá, marchando sobre cadáveres, paseando las ametralladoras por ciudades y campos, y como en 1815, en 1848 y en 1871, se entregará a trágicas orgías de ejecuciones y deportaciones.

En nuestras sociedades, se encadena todo y toda reforma parcial es imposible, sin que el conjunto se quebrante. Cuando se ataque a la propiedad privada en cualquiera de sus formas, habrá que hierla en todas a la vez. La revolución lo impondrá con su propio triunfo.

Si en una ciudad importante se toca sólo a las casas o a las fábricas, la misma fuerza de las cosas la obligará a no reconocer a los banqueros derecho a cobrar del Municipio cincuenta millones de impuesto en forma de intereses por empréstitos anteriores. Habrá de ponerse en relación con los cultivadores, y los impelerá a libertarse de los terratenientes. Para comer y producir, habrá de expropiar los caminos de hierro. En fin, para impedir el derroche de los víveres y librarse de los acaparadores de trigo, como el Ayuntamiento de 1793, confiará a los mismos ciudadanos la misión de llenar sus almacenes de víveres y distribuir los productos.

Algunos socialistas han querido establecer una distinción, diciendo: «Queremos que se expropien el suelo, el subsuelo, la fábrica, la manufactura; son instrumentos de producción, y justo es ver en ellos una propiedad pública»; pero aparte eso hay objetos de consumo, el alimento, el vestido, la habitación, que deben ser propiedad privada.

La cama, la habitación, la casa, son sitios de vagancia para el que nada produce. Mas para el que trabaja, una pieza caldeada y clara es tan instrumento de producción como la máquina o la herramienta. Es el lugar donde restaura sus músculos y nervios, que se ha de desgastar en el trabajo. El descanso del productor es necesario para que la máquina funcione.

Más evidente es lo que decimos en lo que respecta al alimento. Los pretendidos economistas a que ya nos hemos referido, siempre han dicho que el carbón consumido por una máquina se halla entre los objetos tan necesarios para la producción como las primeras materias. ¿Cómo, pues,

puede excluirse de los objetos indispensables para el productor el alimento, sin el cual la máquina humana se paralizaría? ¿Será tal vez un resto de metafísica religiosa?

El yantar abundante y regalón del rico es un consumo de lujo. Pero la comida del productor es uno de los objetos precisos para la producción, como el carbón para la máquina de vapor.

Lo propio ocurre con el vestido, pues si los economistas que hacen salvedades entre los objetos de producción y los de consumo, vistiesen como los salvajes de Nueva Guinea, aprobaríamos tales reservas. Mas gentes que no escribirían una línea sin llevar camisa puesta, no están en lo firme al hacer esa distinción entre su camisa y su pluma. La blusa y los zapatos, sin los cuales no podría ir un obrero a su trabajo, la chaqueta que viste al concluir la jornada y la gorra con que cubre la cabeza, le son tan precisas como el yunque y el martillo.

Así comprende el pueblo la revolución. Tan pronto como haya barrido los Gobiernos, se preocupará ante todo de asegurarse un buen alojamiento, una alimentación bastante y el vestido necesario, sin pagar contribución alguna.

Y tendrá razón el pueblo. Su modo de obrar estará infinitamente más de acuerdo con la *ciencia* que el de los economistas con sus distingos entre el instrumento de producción y los artículos de consumo. Se pecatará en seguida de que precisamente por ahí debe principiarse la revolución, y echará los cimientos de la única ciencia económica que merece el título de ciencia, y que pudiera denominarse *estudio de las necesidades de la Humanidad y medios económicos para atenderlas*.

LOS ALIMENTOS

I

Si la revolución próxima ha de ser una revolución social, se diferenciará de los pasados levantamientos, no sólo por su fin, sino también por sus procedimientos. Un nuevo objetivo exige también procedimientos distintos.

El pueblo lucha por abatir al antiguo régimen, y derrama su sangre en holocausto. Luego de romper la argolla, vuelve al silencio. Un Gobierno formado por hombres más o menos honrados empuña las riendas y se encarga de organizar la República en 1793, el trabajo en 1848, el Municipio libre en 1871. Inspirado ese Gobierno en las ideas jacobinas, las cuestiones políticas son para él todo: reorganización de la máquina del Poder, saneamiento del personal administrativo, separación de la Iglesia y del Estado, libertades cívicas, etcétera, etc.

Cierto es que los clubs obreros no dejan de la mano a los nuevos gobernantes. Y con frecuencia les imponen sus ideas. Pero hasta en esos clubs, sean burgueses o trabajadores los oradores, la idea burguesa predomina. Se habla mucho de cuestiones políticas, pero la cuestión del pan se olvida.

Al producirse la revolución, se para la circulación de los productos, se esconden los capitales y el trabajo padece. No hay peligro para el patrono en esas épocas; vive de sus rentas, si no especula con la miseria pública, más el asalariado se reduce a vivir al día. Aparece la escasez y luego la miseria, una miseria como con el antiguo régimen no se había experimentado.

«Son los girondinos quienes nos matan de hambre», se aseguraba por los arrabales en 1793. Y se guillotina a los girondinos y se entregaba el Poder a la Montaña, al Ayuntamiento de París. El Municipio sí se preocupaba del pan y se esforzaba bravamente para alimentar a París; Fouché y Collot d'Herbois creaban depósitos en Lyon, pero se disponía de ínfima cantidad de grano para llenarlos. Las municipalidades empeñábanse en conseguir trigo; se ahorcaba a los acaparadores del grano, pero el pan seguía sin aparecer.

La emprendían entonces con los realistas, guillotinando a doce, quince diarios, criadas y duquesas, sobre todo criadas, porque las duquesas estaban en Coblenza. Pero aun guillotinando a cien duques y vizcondes cada veinticuatro horas, nada se habría modificado.

En tanto, aumentaba la miseria. Si era preciso cobrar un salario para vivir, y el salario no existía, ¿qué importaban para el caso mil muertos más o menos?

El pueblo empezó a cansarse. «¡Bien va vuestra re-

volución!—murmuraba el reaccionario al oído del trabajador;— ¡nunca sufrísteis tanta miseria!» Lentamente se tranquilizaba el rico, abandonaba su escondite, burlábase de los harapientos con su llamativo lujo, vestíase de currutaco y aconsejaba así a los obreros: «¡Ea, basta de necedades! ¿Qué habéis ganado con la revolución? ¡Ya es tiempo de que concluya!»

Y agotada ya la paciencia, descorazonado, el revolucionario acababa por decirse: «¡Otra vez perdida la revolución!» Y tornando a su tugurio, dejaba obrar a los demás.

Entonces aparecía la reacción más altiva que nunca, realizando su golpe de Estado. Muerta la revolución, podía ya pisotear su cadáver. ¡Y pisoteábalo de firme! Se derramaban olas de sangre, el terror blanco segaba cabezas y poblaba las cárceles. La granjería elevada se entregaba entretanto a la más desenfadada orgía.

Esa es la imagen de nuestras revoluciones. En 1848, el trabajador parisiense ponía «tres meses de miseria» al servicio de la República, y transcurrido el tiempo fijado, no pudiendo ya más, hacía su postrer esfuerzo desesperado, que la matanza ahogaba al fin.

En 1871 se extinguía la Commune por falta de combatientes. No se olvidó de decretar la separación de la Iglesia y del Estado; pero pensó muy tarde en prevenir el pan para todos. Y vióse en París a los gomosos guasearse de los federados, diciéndoles: «¡Imbéciles, id a haceros matar por seis reales, mientras nosotros nos vamos de franchela al restoran de moda!» En los últimos días se notó la falta cometida, pero ya era tarde para toda salvación, a pesar de la sopa comunal. ¡Los versalleses estaban ya dentro de las murallas de París!

«¡La revolución necesita pan! ¡Lancen otros circulares rimbombantes! ¡Pónganse otros en los hombros tantos galones como quieran! Quédese para otros el discursar sobre las libertades políticas!» Nuestra labor consiste en lograr que en los primeros días de la revolución y durante ésta, no exista hombre en el territorio rebelde a quien le falte el pan, ni mujer obligada a formar cola ante la tahona para recoger la bola de salvado que le quieran arrojar de limosna, ni niño a quien le falte lo necesario para su débil cuerpecillo.

II

Nos llaman *utopistas*; ya estamos acostumbrados a ello. Somos, en efecto, tan utopistas, que nuestra utopía llega hasta creer que la revolución debe y puede garantizar a todos el alojamiento, el vestido y el pan. Es indispensable asegurar el pan al pueblo insurreccionado, es preciso que la cuestión del pan se anteponga a todas. Si se obra en interés del pueblo, la revolución marchará por la buena senda.

La próxima revolución estallará indudablemente en medio de una formidable crisis industrial. Hace ya una docena de años que nos hallamos en plena efervescencia, y la situación ha de empeorar aún. Todo lo fomenta la competencia entre las naciones jóvenes que acuden al palenque para conquistar los antiguos mercados, las guerras, los impuestos, mayores cada vez, las deudas de los Estados, lo inseguro del porvenir, las grandes empresas distantes.

En la hora actual falta el trabajo a millones de obreros en Europa. Cuando haya estallado la revolución y se haya propagado como un reguero de pólvora, será peor todavía. El número de obreros sin trabajo se doblará tan pronto como se levanten barricadas en Europa y en los Estados Unidos. ¿Qué se intentará para dar pan a esas masas rebeldes?

No ignoro que se abrieron talleres en 1789 y en 1793; y que de igual medio se echó mano en 1848; no ignoro que Napoleón III logró durante dieciocho años sujetar al proletariado parisiense empleándolo en trabajos que valen hoy a París, su deuda de dos millones de pesetas y su impuesto municipal de noventa pesetas por cabeza; no ignoro que este excelente recurso se usaba en Roma y hasta en Egipto hace cuatro mil años; no ignoro tampoco que déspotas, reyes y emperadores arrojaron siempre un pedazo de pan al pueblo para poder recoger del suelo el látigo... Por eso me parece natural que las gentes *prácticas* preconicen el método de perpetuar el salario. ¡A qué cansarse en pensar si se dispone del método ensayado ya por los Faraones de Egipto!

Mas si la revolución cayese en la tentación de seguir ese camino, puede darse por perdida.

Al abrirse los talleres nacionales el 27 de febrero de 1848, los obreros sin trabajo no eran más que ocho mil en París; quince días más tarde eran ya cuarenta y nueve mil; bien pronto iban a alcanzar la cifra de cien mil, prescindiendo de los que las provincias enviaban a París.

Sin embargo en aquella época, la industria y el comercio no empleaba en Francia la mitad de los brazos que hoy. Y sabido es que durante la revolución lo que más sufre es el tráfico, la industria. Basta fijarse en el número de obreros que trabajan directa e indirectamente para la exportación, en el número de brazos ocupados en las industrias de lujo que tienen por clientela la minoría formada por los burgueses.

Significa la revolución en Europa la suspensión inmediata de la mitad de las fábricas y manufacturas; representa millones de trabajadores y sus familias arrojados a la calle.

De acuerdo con Proudhon, puede afirmarse que el ataque a la propiedad traerá la completa desorganización de todo el régimen fundado en la empresa privada y el salario. La misma sociedad habrá de poner mano en el conjunto de la producción y regimentarla según las *necesidades del conjunto de la población*. Pero como esta reorganización no es factible en un día ni en más, como exige cierto período de adaptación, durante el cual millones de hombres se verían privados de medios de existencia, ¿cómo ha de procederse?

Sólo hay una solución realmente *práctica*, y es reconocer lo arduo de la tarea que se impone, y en vez de remendar una situación insostenible, proceder a reorganizar la producción con arreglo a los nuevos principios.

El pueblo habrá de tomar posesión inmediata de todos los víveres que haya en los Municipios rebeldes, inventariándolos y procurando que, sin derrochar nada, aprovechen todos los recursos acumulados para vencer el período agudo, y durante él ponerse de acuerdo con los obreros de las fábricas, suministrándoles las primeras materias que necesiten y garantizándoles la subsistencia durante algunos meses, para que produzcan lo necesario al cultivador. No debe olvidarse que si Francia fabrica sederías para los banqueros alemanes y las emperatrices de Rusia y de las

islas Sándwich, y que si París hace prodigios de juguetería para los ricos del mundo entero, dos terceras partes de los campesinos franceses carecen de lámparas para alumbrarse y de las herramientas mecánicas que la agricultura exige hoy. Y, en fin, hacer valer las tierras improductivas y mejorar las que no producen ni aun la décima parte de lo que producirán cuando se las someta a un cultivo intensivo.

III

Uno o varios hombres, con el capital necesario, inician una empresa industrial; se encargan de abastecer la manufactura o la fábrica de primeras materias, de ordenar la producción, de vender los productos, de pagar a los obreros un salario fijo, y retienen el exceso de valor o los beneficios, con la excusa de indemnizarse del riesgo a que se aventuran y de las oscilaciones de precios a que en el mercado está sujeta la mercancía.

Para mantener este régimen, los actuales detentadores del capital llegarían a hacer ciertas concesiones, como la de repartir una parte de los beneficios con los obreros o aceptar una escala de salarios que les fuerce a elevarlos en cuanto aumentan las ganancias; esto es, se impondrían ciertos sacrificios con tal que se les dejase el derecho de regir y administrar la industria y de recaudar los beneficios en ella obtenidos.

Como sabemos ya, el colectivismo modifica esencialmente ese régimen, pero sin suprimir el salario. En este régimen, el Estado substituye al patrono, el Gobierno representativo, nacional o comunal. Los representantes de la nación o del Municipio, sus delegados o sus funcionarios, son los encargados de la gerencia de la industria, y al par se confieren el derecho de utilizar en beneficio de todos el exceso de valor de la producción. Además, se hace en este sistema una distinción muy sutil, pero de consecuencias graves, entre el trabajo del peón y el del hombre que ha hecho un aprendizaje previo. El trabajo del peón no es para el colectivista más que un trabajo *simple*, en tanto que el artesano, el ingeniero, el sabio, etc., realizan lo que Marx denomina un trabajo *compuesto*, y tienen opción a un sa-

lario más elevado. Para peones e ingenieros, tejedores y sabios, son asalariados del Estado; «todos funcionarios», decían también, para disimular el hecho.

A pesar de todo ello, el mejor servicio que la próxima revolución prestaría a la Humanidad sería crear una situación que haga imposible e inaplicable todo sistema de salario y establezca el comunismo, negación del sistema del salario, como la única y verdadera solución.

Aun contando que fuera dable la modificación colectivista efectuada durante un periodo próspero y tranquilo, tal evolución será imposible en periodo revolucionario, pues al siguiente día de iniciado éste surgirá la necesidad ineludible de alimentar a millones de seres. Una revolución política puede actuar sin que se trastorne la industria; pero una revolución en la cual el pueblo invada la propiedad, producirá súbitamente la paralización del comercio y de la producción. Los millones del Estado serían insuficientes para asalariar a los millones de hombres faltos de ocupación.

Hay que insistir siempre en este punto: la reorganización de la industria sobre nuevas bases no se realizará en unos cuantos días, y el proletario no abrirá créditos de años de miseria al servicio de los teóricos del salario, y reclamará lo que siempre ha reclamado en tales periodos difíciles: el racionamiento, la comunidad de los víveres.

Si el impulso popular no es bastante fuerte, se fusilará al pueblo. Para que el colectivismo triunfe, requiere, ante todo, *orden*, disciplina, obediencia. Y como los capitalistas notarán en seguida que fusilando al pueblo por medio de los que alardean de revolucionarios es el mejor modo de lograr que la revolución le disguste, apoyarán ciertamente a los defensores del *orden*, incluso a los colectivistas, sin perjuicio de aplazar el aplastamiento de éstos hasta que se juzguen fuertes para hacerlo.

Recordemos el triunfo de la reacción en el siglo pasado. Primero se guillotiné a los hebertistas, a quienes aún denominaba Mignet «los anarquistas». Siguiéronles los dantonianos, y cuando los robespierristas hubieron guillotinado a estos revolucionarios, hubieron de subir ellos también al patíbulo. Todo esto disgustó al pueblo que viendo perdida

la Revolución, dejó que los reaccionarios obrasen a su antojo.

Algo análogo sucederá si «el orden queda restablecido»; los colectivistas guillotinarán a los anarquistas, los posibilistas guillotinarán a los colectivistas, y éstos lo serán por los reaccionarios. La revolución habría, pues, de empezar de nuevo su obra.

Más por los síntomas que ahora se advierten, parece que el empuje del pueblo *será* bastante fuerte, y que llegada la revolución habrá prosperado mucho la idea del comunismo anarquista. Y si el empuje es fuerte las cosas tomarán otro aspecto. En vez de saquear algunas tahonas, para ayunar al siguiente día, el pueblo de las poblaciones rebeldes se posesionará de los graneros de trigo, de los madereros, de los almacenes de comestibles, de todos los víveres, en fin.

Aparecerán hombres de buena voluntad que inventariarán lo que se halle en cada almacén y en cada granero. En un día el Municipio insurrecto sabrá lo que París no sabe aún, no obstante sus juntas de estadística, y lo que nunca supo durante el sitio: cuántas provisiones encierra. En dos días se habrán tirado millones de ejemplares de relaciones ciertas de todos los víveres, de los sitios donde están almacenados y de los medios de repartirlos.

En cada calle y en cada barrio actuarán voluntarios que se acoplarán y pondrán al corriente de sus trabajos. Que no se interpongan las bayonetas jacobinas; que los teóricos pseudo científicos no vengán a embrollarlo todo, o mejor, que enreden a su gusto; con tal de que no tengan derecho a mangonear, y del admirable espíritu organizador que espontáneamente posee el pueblo y que raras veces le consienten ejercitar, saldrá aun en plena efervescencia revolucionaria un gran servicio libremente constituido para suministrar a cada uno los víveres necesarios.

Si al pueblo se le dejan libres las manos, el servicio de víveres se hará en ocho días, con una regularidad notable. Se necesita no haber visto jamás al pueblo laborioso metido en faena; se necesita haberse pasado toda la vida con las narices entre los papelotes para no entenderlo así. ¡Hablad del espíritu organizador de ese gran desconocido,

el pueblo, a los que vieron París en los días de las barricadas, o Londres cuando la última gran huelga!

Aun en el caso de tener que sufrir durante quince días o un mes, cierto desorden parcial y relativo, ello poco importa. Siempre será para las masas mejor que lo existente hoy.

IV

El pueblo de las grandes ciudades se verá movido por la misma fuerza de las cosas a apoderarse de todos los víveres, procediendo de lo sencillo a lo complicado, para satisfacer las necesidades de todos los habitantes. Mas, ¿con qué bases podría organizarse el goce de los víveres en común? Sólo hay una manera de hacerlo práctica y equitativamente; respondiendo a los sentimientos de justicia: el sistema adoptado ya por los Municipios agrarios europeos.

Observemos cualquier Municipio rural. Si posee un monte, y en tanto que no falte leña menuda, todos los vecinos ejercitan su derecho, a coger *cuanto quiera*, sin más reparo que la opinión pública de sus convecinos. Respecto a la leña gruesa, como no abunda, se recurre al racionamiento. Igual pasa con las dehesas boyales o tierras de pastos. Mientras hay de sobra para todo el Municipio, nadie se fija en lo que han pastado las vacas de cada vecino, ni en el número de vacas que van a los pastos. Sólo se acude al reparto o al racionamiento cuando los prados no bastan. Suiza y muchos Municipios de Francia y de Alemania donde hay prados municipales practican el régimen citado.

En la Europa oriental, donde abunda la leña gruesa o no falta suelo, los aldeanos cortan los árboles en los montes con arreglo a sus necesidades, y cultivan tanto terreno como necesitan, sin pensar en racionar la leña gruesa ni parcelar la tierra. No obstante, se racionará la leña gruesa y se repartirá el suelo según las necesidades de cada vecino desde que, como ya sucede en Rusia, una y otro falten.

En resumen, sin tasa lo que abunde; a ración lo que sea preciso medir y repartir. De trescientos cincuenta millones de hombres que habitan Europa, doscientos millo-

nes siguen aún estas prácticas naturales. Igual sistema prevalece en las grandes ciudades, por lo menos para un objeto de consumo allí abundante: el agua a domicilio. En tanto que bastan las bombas para abastecer a las casas sin miedo a que escasee el agua, a ninguna Compañía se le ocurre reglamentar el empleo de aquélla en cada casa. Cuando se teme que falte el agua en París durante los grandes calores, las Compañías saben de sobra que basta una simple advertencia publicada en los periódicos, para que los parisienses disminuyan su consumo de agua y no la derrochen con exceso.

Mas si llegase a faltar el agua, ¿qué pasaría? Se acudiría al racionamiento. Y esta medida es tan lógica, tan natural, que París, en 1871, exigió en dos ocasiones el racionamiento de los víveres durante los dos sitios que padeció.

¿Hay necesidad de entrar en detalles y estadísticas respecto al modo cómo podría funcionar el racionamiento y demostrar que sería mucho más justo que cuanto hoy se hace? Con todos esos detalles y estadísticas no convenceríamos a los burgueses, que definen al pueblo como una aglomeración de salvajes que perderían las narices en cuanto no actuase el Gobierno. Es preciso no haber visto nunca al pueblo deliberar, para poner en duda un solo instante que si estuviese en su mano proceder al racionamiento, lo ejercitaría con arreglo a los más puros principios de justicia y de equidad. Decid en una reunión popular que las perdices deben guardarse para los gastrónomos holgazanes de la aristocracia y el pan negro para los enfermos de los hospitales, y os apalearán.

Pero predicad en esa misma reunión que el alimento más delicado debe guardarse para los débiles, y en primer lugar para los enfermos. Decid que si en París sólo hubiese diez perdices y una sola caja de botellas de Málaga, debían enviarse a los camastros de los convalecientes; decid que el niño sigue en necesidad al enfermo. ¡Para él la leche de las vacas y de las cabras, si no hay bastante para todos! Para el niño y el viejo el último bocado de carne, y para el hombre robusto el pan a secas, caso de verse constreñidos a ese extremo. Decid que si de una substancia alimenticia no hay bastante cantidad y ha de ser raciona-

da, se guardarán las últimas raciones para quien más las necesite, decid esto, y veréis si no conseguís la unánime aprobación.

Ciertos teóricos reclamarán que se instale en seguida la cocina nacional y la sopa de lentejas. Describirán las ventajas de economizar combustible y víveres instalando inmensas cocinas, donde todo el mundo acudiese a tomar su ración de caldo, de pan y de verdura. No negamos esas ventajas. Desde luego sabemos las economías de trabajo y combustible hechas por la Humanidad renunciando al molino a brazo y luego al viejo horno en que cada uno cocía su pan. Sería sin duda, más económico hacer caldo para cien familias a la vez, en vez de encender cien hornillas distintas. También sabemos que hay mil modos de guisar las patatas, y que éstas no serían peores porque se cociesen en una sola olla para cien familias diferentes. Nos damos cuenta de que consistiendo sobre todo la variedad de la cocina en el estilo individual del sazónamiento para cada mujer de su casa, la cocción en común de un quintal de patatas no impediría que cada una las arreglase a su manera. Y sabemos también que con caldo de carne se condimentan cien sopas distintas para satisfacer cien gustos diferentes.

Nada de esto ignoramos, y no obstante, afirmamos que nadie tiene derecho a obligar a la madre de familia a tomar cocidas ya las patatas en el depósito municipal, si prefiere guisarlas ella en su olla y en su hogar. Es más, queremos que cada uno pueda tomar su alimento como quiera, en el seno de la amistad, o con los amigos, o hasta en el restorán si gusta de ello.

Claro que se crearán grandes cocinas en substitución de los restoranes, donde hoy se envenena el consumidor. La parisiense está acostumbrada ya a comprar caldo en la carnicería para condimentar una sopa a su gusto; y la mujer casera de Londres sabe que puede hacer asar la carne y hasta el ave con patatas en la tahona por pocos céntimos, economizando así tiempo y lumbre. Y si la cocina común no defrauda ni falsifica, ni envenena, pronto se implantará la costumbre de dirigirse a ese centro para adquirir preparados ya los elementos fundamentales de la comida, para darles el último toque cada cual a su capricho.

Mas dictar una ley, imponer el deber de adquirir ya cocido el alimento, resultaría tan odioso para el hombre del siglo XIX como las ideas de convento o de cuartel, ideas malsanas nacidas de cerebros pervertidos por el mando militar o la educación religiosa.

¿Quién tendrá derecho a los víveres comunes? Tal será la primera cuestión que se enuncie. En tanto que los trabajos no estén organizados debidamente, y dure el periodo de efervescencia, siendo imposible distinguir entre el haragán perezoso y el desocupado involuntario, las subsistencias disponibles deben ser para todos, sin excepción. Cuantos hayan resistido con las armas a la victoria popular o conspirado contra ella, no tardarán espontáneamente en librar por sí mismos de su presencia al territorio rebelde. Nos parece, sin embargo, que el pueblo magnánimo, enemigo de represalias, partirá el pan con todos los que convivan con él, sean expropiadores o expropiados. Movida de esta idea, la revolución no perderá nada; y cuando se reanude el trabajo se verán juntos, en el mismo taller, a los combatientes de la víspera.

—Al cabo de un mes faltarán los víveres—arguyen irritados los críticos.

—¡Mejor que mejor!—respondemos.—Eso demostrará que por primera vez en su vida el proletario habrá satisfecho su hambre. Respecto a los medios de substituir lo consumido, vamos ahora a hablar de ello.

V

¿Con qué medios proveerá a su alimentación una ciudad en plena revolución social?

Los procedimientos que se empleen han de estar en relación con el carácter de la revolución en las provincias, así como en las naciones limítrofes. Si toda la nación, Europa toda, pudiese hacer de una sola vez la revolución social y erigirse en pleno comunismo, se procedería en consecuencia. Si sólo algunos Municipios en Europa ensayan el comunismo, habrá que recurrir a otros medios.

De desear es que Europa se insurreccione juntamente y que en todas partes se expropie y se obre con sujeción a los principios comunistas. Un levantamiento de esta

índole facilitaría muchísimo la labor de nuestro siglo. Pero todo hace sospechar que no sucederá como decimos. No dudamos de que la revolución abarque toda Europa. Si cualquiera de las cuatro grandes ciudades del continente, París. Viena, Bruselas o Berlín, se insurreccionan y abaten a su Gobierno, es casi seguro que las otras tres harán otro tanto con poco tiempo de diferencia. También es probable que en las penínsulas Ibérica e Italiana y hasta en Londres y Petersburgo, pronto asome la revolución. Mas, ¿aparecerá en todas partes con el mismo carácter? Lo dudamos.

Lo más seguro será que en todas partes se efectúen actos de expropiación en una escala mayor o menor, y estos actos, ejecutados por una de las grandes naciones europeas, influirán en todas las demás. Pero los principios de la revolución presentarán grandes diferencias locales, y su desenvolvimiento no será siempre idéntico en los diferentes países. En 1789-1793, los campesinos franceses tardaron cuatro años en abolir definitivamente los derechos feudales y los burgueses en derribar el trono. Tengámoslo en cuenta y esperemos ver a la revolución emplear cierto tiempo en desarrollarse, y no caminar al mismo paso en todos los lugares.

Ofrece dudas también, sobre todo en el comienzo, que adopte un carácter francamente socialista en todas las naciones de Europa. Alemania aun está en pleno imperio autoritario y sus partidos avanzados piensan en la república jacobina de 1848 y «la organización del trabajo» de Luis Blanc, en tanto que el pueblo francés quiere, si no el Municipio comunista, por lo menos el Municipio libre.

Todo hace pensar que Alemania avanzará más que Francia en la próxima revolución. Al realizar Francia su revolución burguesa del siglo XVIII, llegó más lejos que la Inglaterra del siglo XVII; a la vez que el poder real, abolió el poder de la aristocracia señorial, que todavía es un estamento poderoso entre los británicos. Pero si Alemania es más radical y lo hace mejor que la Francia en 1848, de todos modos obrará inspirada en los comienzos de su revolución por las ideas de 1848, como la idea que inspirará la revolución en Rusia será la de 1789, modificada en parte por el movimiento intelectual del siglo presente.

Ofrecerá la revolución un carácter diferente en las di-

versas naciones de Europa; el nivel alcanzado con respecto a la socialización de los productos, no será igual en todas partes.

¿Ha de inferirse de ello que las naciones más adelantadas hayan de medir su paso por el de las naciones atrasadas y aguardar a que la revolución comunista haya madurado en todas las naciones en las que la civilización impera? ¡Indudablemente no! Y aunque así se quisiera, no se lograría: la Historia no espera a los retardatarios.

Además, no creemos que en un mismo país se obre la revolución con el conjunto que algunos socialistas suponen. Si una de las cinco o seis grandes ciudades de Francia: París, Lyon, Marsella, Lille, Saint-Etienne, Burdeos, proclama la Commune, es casi seguro que las otras les seguirán y varias ciudades populosas harán otro tanto. Quizá también algunas cuencas mineras y ciertos centros industriales no tardarían mucho en constituirse en agrupaciones libres y licenciar a sus patronos.

Sin embargo, en muchos pueblos rurales no llegarán aún a esto; junto a los Municipios rebeldes se mantendrán a la expectativa y seguirán viviendo en régimen individualista. No viendo a los agentes del fisco encargados de reclamar los impuestos, los campesinos no se pondrán en pugna con los insurrectos; aprovechando la situación esperarán dispuestos a ajustarles las cuentas a los explotadores de la localidad. Con el espíritu práctico que distinguió siempre a los movimientos agrarios (recordemos la ardua labor de 1729), se interesarán en cultivar la tierra, con tanto más cariño cuanto que quedará libre de hipotecas y de impuestos.

Respecto al exterior, la revolución estallará por todas partes, pero se presentará con diferentes aspectos: será unitaria en un lado, federalista en otro, más sin uniformidad, pero en todas partes más o menos socialista.

VI

Tornemos a la supuesta ciudad en rebeldía y averigüemos las condiciones en que habrá de proceder a su abastecimiento. ¿Dónde encontrará los víveres precisos si la na-

ción entera no ha aceptado aún el comunismo? En estos términos se plantea el problema.

Fijémonos en una gran ciudad francesa, París. La capital de Francia consume cada año millones de quintales de cereales, 350,000 bueyes y vacas, 200,000 terneras, 300,000 cerdos y más de dos millones de carneros, sin contar otros animales. Consume también París unos ocho millones de kilos de manteca, 172 millones de huevos, y en las mismas proporciones las demás subsistencias.

Los cereales y las harinas llegan de los Estados Unidos, Rusia, Hungría, Italia, Egipto y las Indias. El ganado de Alemania, Italia, España y hasta de Rumanía y Rusia. Respecto a los demás comestibles, no hay país en el mundo que no haga su envío.

Ante todo veamos cómo se podría abastecer de víveres a París, o cualquiera otra gran ciudad, con los productos que se cultivan en los campos franceses y que los agricultores sólo desean llevar al mercado.

La cuestión no ofrece ninguna dificultad para los partidarios de los procedimientos enérgicos y autoritarios. Primero crearían un Gobierno fuertemente centralista, con todas las armas de coerción: policía, ejército, guillotina. Ese Gobierno dispondría la estadística de cuanto se recolecta en Francia; dividiría el país en varios distritos de alimentación, y *ordenaría* que tal alimento y en tal cantidad se transportase a tal sitio, se entregase tal día en tal estación, lo recibiese tal funcionario, se almacenase en tal almacén, etcétera, etc.

Tal estado de cosas puede crearse sobre el papel; pero en la práctica es materialmente imposible; no habría de contarse con el espíritu de independencia de la Humanidad. Además, acarrearía la insurrección general: tres o cuatro Vendées en vez de una, la guerra de las aldeas contra las ciudades, Francia entera frente a la ciudad que tal régimen impusiera.

Ya en 1793 el campo sitió por hambre a las grandes ciudades y mató la Revolución. No obstante, está demostrado que la producción de cereales en Francia no había bajado en 1792-93; hasta parece que había aumentado. Mas después de posesionarse de gran parte de las tierras señoriales y de haber cosechado en esas tierras, los burgue-

ses del campo se negaron a vender su trigo por *asignados*. Esperando el alza de los precios, o el pago en monedas de oro, lo guardaron. Las medidas más enérgicas de los convencionales para *forzar* a los acaparadores a vender el trigo, ni las penas de muerte vencieron esa huelga. Y esto a pesar de que a los comisarios de la Convención les importaba un comino guillotinar a los acaparadores, y el pueblo no titubeaba para ahorcarles de un farol. De todos modos, el trigo permanecía en los almacenes y pasaba hambre el pueblo de las ciudades.

Pero en cambio de sus rudas labores, ¿qué se ofrecía a los cultivadores de los campos? ¡Asignados! Unos papelotes cuyo valor disminuía a diario; unos billetes que nominalmente valían quinientas libras, pero sin valor real. Con un billete de mil libras no se podía comprar un par de botas. Es natural, pues, que el labriego no se aviniese en modo alguno a trocar un año de trabajo por un pedazo de papel que no le permitía comprarse unos malos zapatos.

No es papel lo que ha de ofrecerse al campesino, sino la mercancía cuya inmediata posesión le precisa: la máquina de que ahora se priva con pena; y el vestido que le libra de la intemperie; la lámpara y el petróleo que substituya su cabo de vela; la pala, el arado, todo de lo que hoy carece, y no porque no alcance su utilidad, sino porque en su vida de privaciones y de labor extenuante, mil objetos útiles son inaccesibles para él a causa de su crecido valor.

Si la ciudad produce esas cosas que necesita el campesino, en vez de emplearse en frivolidades para adornos de las burguesas, pronto se notará el resultado. Que las máquinas de coser de París hagan vestidos de trabajo y de fiesta, para los campesinos, en vez de equipos de novia; que la fábrica construya máquinas agrícolas, en vez de aguardar a que los ingleses nos las manden a cambio de nuestro vino. Envíe la ciudad a las aldeas, no comisarios con fajas multicolores para imponer al labriego el decreto de que lleve sus provisiones a un lugar determinado, sino que los visite o haga visitar por amigos, por hermanos, para decirles: «Traednos vuestros productos, y tomad en nuestros almacenes las manufacturas que necesitéis». En-

tonces afluirán de todas partes los víveres. El labriego se quedará con lo que necesite para vivir, pero mandará el resto a los trabajadores de las ciudades, en las cuales—*por vez primera en el curso de la Historia*,—no verá explotadores, sino hermanos.

Tal vez se nos arguya que esto exige una transformación completa de la industria. Claro que sí, en ciertas ramas. Pero otras muchas podrán modificarse con rapidez, para que suministren a los labriegos vestidos, relojes, muebles, aperos y sencillas máquinas, que ahora la ciudad le hace pagar tan caros. Tejedores, sastres, zapateros, ebanistas y tantos otros, no verán dificultad en dejar la producción de lujo por el trabajo de utilidad. Sólo basta penetrarse bien de la necesidad de esta transformación; que ésta se considere como un acto de justicia y de progreso, que no se deje arrastrar por ese engaño, tan caro a los teóricos, de que la revolución debe limitarse a posesionarse del exceso de valores, y que la producción y el comercio pueden continuar siendo lo que al presente.

En nuestra opinión, en eso estriba todo; en ofrecer al cultivador, a cambio de sus productos, no papeles mojados, sino *los mismos objetos* de consumo precisos para el cultivador. De procederse de esta suerte, los víveres afluirán a las ciudades; de lo contrario, el hambre con todas sus consecuencias se apoderaría de éstas.

VII

Todos los grandes centros de población adquieren el trigo, la harina y la carne, no sólo en el propio país, sino también en el extranjero. Este envía a París las especias, el pescado y los comestibles de lujo, aparte considerables cantidades de carne y de trigo.

Cuando la revolución estalle, habrá que contar lo menos posible, o nada, con el extranjero. Si el trigo ruso, el arroz italiano o indio y los vinos de España y de Hungría acuden hoy a los mercados de la Europa occidental, no es porque los países productores tengan con exceso esos productos. En Rusia trabaja el labriego hasta diez y seis horas diarias y ayuna de tres a seis meses al año, para exportar el trigo con que paga al señor y al Estado. Hoy se instala

el fisco en las aldeas rusas en cuanto está entrojada la miés, y embarga y vende la última vaca y la última caballería del campesino para cobrar los atrasos de contribuciones y de rentas a los señores, si el labrador no se presta a malvender el trigo a los exportadores. Tanto es así, que sólo se reserva el trigo para nueve meses y vende el restó con el fin de que no le malbaraten la vaca por quince pesetas. Para llegar hasta la nueva cosecha, tres meses si el año es bueno, o seis cuando ha sido malo, mezcla corteza de álamo blanco a su harina, en tanto que en Londres saborean los bizcochos hechos con su trigo.

Mas cuando la revolución se reproduzca, el labrador ruso guardará su pan para él y sus hijos. De igual modo procederán los aldeanos italianos y húngaros; hasta el indostánico aprovechará estos buenos ejemplos, así como los trabajadores de los *Bonanzafarms* en América, a menos de que estos dominios no estén ya revueltos por la crisis. No habrá, pues, que contar con las importaciones de trigo y maíz procedentes del extranjero.

Cimentada nuestra civilización burguesa en la explotación de las razas inferiores y de los países atrasados en la industria, el primer provecho de la revolución será amenazar esta *civilización*, favoreciendo para emanciparse a las denominadas razas inferiores. Tan grande será este beneficio que se manifestará por una disminución importante y efectiva de las entradas de víveres que concurren en las grandes ciudades de Occidente.

En cuanto al interior, no es tan fácil prever la marcha de los negocios. De un lado el cultivador utilizará seguramente la revolución para enderezar su espalda encorvada sobre el suelo. En lugar de las catorce o diez y seis horas que trabaja hoy, trabajará sólo la mitad, lo que influirá en el descenso de la producción de los principales víveres: la carne y el trigo.

Mas, de otro lado, habrá aumento de producción tan pronto como el cultivador ya no esté obligado a trabajar para mantener ociosos. Se roturarán nuevos terrenos y funcionarán máquinas más perfectas. «Jamás hubo labor tan vigorosa como la de 1792, cuando el campesino hubo recobrado de los señores la tierra que desde tanto tiempo apetecía», escribe Michelet acerca de la gran Revolución.

Pronto será accesible a cada agricultor el cultivo intensivo, cuando la comunidad disponga de la maquinaria perfeccionada y los abonos químicos. Sin embargo, todo inclina a creer que al principio podrá bajar la producción agrícola en Francia y fuera de ella.

Es necesario que las grandes ciudades cultiven la tierra, como lo hacen los pueblos rurales. Hay que llegar a lo que la biología denominaría la «integración de las funciones». Una vez dividido el trabajo, es preciso *integrar*: así ocurre en la Naturaleza.

No falta tierra. En las proximidades de las grandes ciudades se agrupan los parques y jardines de los señores, millones de hectáreas que sólo aguardan el trabajo inteligente del cultivador para transformar, por ejemplo, los alrededores de París en llanuras mucho más fértiles y productivas que las estepas cubiertas de mantillo, pero desecadas por el sol del Sur de Rusia.

Tampoco faltarán brazos. ¿A qué han de dedicarse los dos millones de parisienses del uno y del otro sexo cuando no hayan ya de vestir y recrear a los príncipes rusos, a los boyardos rumanos y a las señoras de la banca judía?

Contando con toda la maquinaria del siglo, con la inteligencia y saber técnico del trabajador, acostumbrado ya a la herramienta perfeccionada, teniendo a su servicio los inventores, los químicos y los botánicos, los profesores del Jardín de Plantas, los hortelanos de Gennevillers, así como los instrumentos indispensables para aumentar las máquinas y ensayar otras nuevas; teniendo, además, el espíritu organizador del pueblo de París, su buen humor, su empuje, la agricultura del Municipio anarquista de París será muy diferente que la de los cavadores de Ardenes.

Se utilizaría el vapor, la electricidad, el calor solar y la fuerza del viento. La cavadora y la limpiadora de vapor ejecutarían lo más duro del trabajo de preparación, y la tierra, bien preparada, no esperaría más que los cuidados inteligentes del hombre, y sobre todo de la mujer, para cubrirse de plantas bien cuidadas, que se renovarían al año varias veces.

Practicando la horticultura con los hombres del oficio; ensayando en parcelas especiales los diversos modos de cultivo; rivalizando unos con otros para lograr las mejores co-

sechas; encontrando en el ejercicio físico, sin cansancio ni trabajos excesivos, las fuerzas que faltan con frecuencia en las grandes ciudades, hombres, mujeres y niños se dedicarían con gusto a las labores del campo, que dejarán de ser un trabajo de presidario para transformarse en un placer, en una fiesta, en una primavera del hombre.

«¡No hay tierras estériles! ¡La tierra vale lo que valga el hombre!» He ahí la última palabra de la agricultura moderna. La tierra da lo que le piden; siempre que no se le pida nada descabellado.

Una región—aunque sea tan pequeña como los dos departamentos del Sena y del Sena y Oise, y haya de alimentar a una gran ciudad como París—llenaría prácticamente los vacíos que la revolución pudiera hacer en torno suyo.

La unión de la agricultura con la industria, el hombre agricultor e industrial al par: a esto nos llevará necesariamente el Municipio comunista, si es el camino de la explotación el que adopta francamente.

LA VIVIENDA

I

Cuantos atentamente observan el estado de ánimo de los trabajadores, habrán notado ya que se va formando casi imperceptiblemente un acuerdo sobre la importante cuestión del alojamiento. Un hecho lo demuestra: en las grandes ciudades de Francia, y en muchas pequeñas, los proletarios poco a poco convienen en la conclusión de que las viviendas no son, en manera alguna, propiedad de aquellos a quienes el Estado reconoce por propietarios.

En efecto, la casa no ha sido edificada por el propietario; ha sido construida, ornada y empapelada por centenares de obreros, a quienes el hambre llevó a las canteras y la necesidad de vivir les obligó a aceptar un mezquino salario.

Además, el dinero empleado por el supuesto propietario no era producto de su propio trabajo. Lo había acumula-

do, como todas las riquezas, pagando a los trabajadores los dos tercios o la mitad de lo realmente justo.

El valor actual de la vivienda se debe al beneficio que de ella pueda sacar el propietario. Este beneficio nace de las circunstancias de estar la casa edificada en una ciudad con empedrado, gas, comunicaciones con otras ciudades, con establecimientos de industria, comercio, ciencias y artes; de que esa ciudad tiene puentes, malecones, monumentos arquitectónicos, y ofrece al habitante atractivos y comodidades que no existen en las pequeñas poblaciones; y de que muchas generaciones de habitantes trabajaron para hacerla habitable, embellecerla e higienizarla.

En ciertos barrios de París el valor de una casa es de un millón de pesetas, no porque represente un millón de trabajo, sino porque, de luengos siglos, los obreros, los artistas, los pensadores, los sabios y los literatos coadyuvaron a hacer de París lo que es hoy: un centro industrial, comercial, político, artístico y científico; porque posee un pasado; porque por la literatura son conocidas sus calles lo mismo en provincias que en el extranjero; porque es la concreción del trabajo de dieciocho siglos, de toda la nación francesa, en fin.

¿Quién puede, pues, apropiarse con justicia de la más pequeña parte de ese suelo o del último de los edificios? ¿Quién tiene derecho a tocar ni la menor parte del patrimonio común y enajenarla?

El pensamiento de la vivienda gratuita se exteriorizó ya durante el sitio de París, cuando se demandaba la anulación de los alquileres reclamados por los propietarios.

También se exteriorizó durante la Commune de 1871, cuando el París proletario esperaba del Consejo de la Commune la abolición de los alquileres.

Haya o no revolución, el trabajador necesita el alojamiento. Pero éste, por malo y antihigiénico que sea, es de un propietario que puede expulsar del local al inquilino. Cierto es que con la revolución el casero no hallará curiales ni alguaciles para efectuar los embargos y lanzamientos. Mas ¿quién sabe si el Gobierno de mañana por revolucionario que se llame, no echará mano de la fuerza, reorganice ésta y azuce la jauría policiaca contra los pobres!

Debe saber, sin embargo, el trabajador, que no pagar al casero es beneficiarse de la desorganización del Poder. Debe saber que la vivienda gratuita está reconocida en principio y sancionada por el asentimiento popular y que el alojamiento gratuito es un derecho que el pueblo ha proclamado.

¿Es de esperar que esta medida, tan en armonía con el sentimiento de justicia de todo hombre honrado, la acogan los socialistas que se mezclan con los burgueses en un Gobierno provisional? ¡Podríamos esperar sentados!

Los revolucionarios de verdad trabajarán con el pueblo para que se consuma la expropiación de las casas. Trabajarán para crear una corriente de ideas en esta dirección; para llevarla a la práctica; y cuando haya madurado esta labor, el pueblo expropiará las casas, prescindiendo de las teorías, que no dejarán de predicarle sobre indemnización a los propietarios y otros despropósitos por el estilo.

II

Si la idea de la expropiación cuaja, su ejecución no se estrellará contra los insuperables obstáculos interpuestos en su camino.

Verdad es que los señores de vistosos uniformes que se instalan en las poltronas vacantes de los Ministerios y del Ayuntamiento cuidarán de acumular los obstáculos. Hablarán de conceder indemnizaciones a los propietarios, de redactar estadísticas e informes, tan largos, que podrían durar hasta el instante en que el pueblo, ahogado por la miseria del paro forzoso, no vislumbrando solución y perdiendo la fe en el movimiento revolucionario, dejaría libre el campo a los reaccionarios y concluiría por hacer que la expropiación oficinesca fuese odiosa a todo el mundo.

Mas si el pueblo no se deja deslumbrar con huecos sofismas; si comprende que a vida nueva corresponden procedimientos nuevos, y ejecuta la obra por sus propias manos, entonces podrá hacerse la expropiación sin graves cortapisas.

«¿Cómo podría hacerse?», preguntáis. No nos gusta trazar con sus menores detalles planes de expropiación. Prevemos que todo lo que un hombre o un grupo puedan proyectar hoy, será superado por la vida humana. Hemos afirmado ya que

ésta lo hará todo mejor y con más sencillez que cuanto se haya previsto para el caso.

De ahí que, al bosquejar el método según el cual *podieran* realizarse sin intervención del Gobierno, la expropiación y distribución de las riquezas expropiadas, sólo contestamos a los que consideran imposible que ello ocurra. Pero volvemos a recordar que de ningún modo preconizamos tal o cual método de organización. Lo único que nos importa es demostrar que la expropiación *puede* hacerse por la iniciativa popular, y que *no puede* hacerse por otro camino.

Desde los primeros actos de expropiación, es de creer que surgirán en el barrio, en la calle, en la manzana de casas, ciudadanos de buena voluntad que se informarán del número de cuartos desalquilados, del de habitaciones en que se amontonan familias numerosas, de las viviendas malsanas y de las casas que, excesivamente espaciosas para sus ocupantes, podrían ser cedidas en parte a aquellos a quienes les falta aire en sus cuchitriles. Rápidamente esos voluntarios formarían de cada calle y de cada barrio listas completas de los cuartos saludables y malsanos, estrechos y espaciosos, de las habitaciones infectas y de las moradas ricas.

Reuniendo estas listas, se tendrían en pocos días estadísticas completas. La estadística mentirosa y amañada puede fabricarse en las oficinas; la estadística verdadera y exacta no puede provenir más que del individuo.

Dado el primer paso y sin esperar nada de nadie, dichos ciudadanos irán en busca de sus camaradas que habitan los tugurios, y les dirán simplemente: «Esta vez, compañeros, la revolución va de veras. Venid esta tarde a tal sitio; todo el barrio estará allí para el reparto de las habitaciones. Si no os convienen vuestros casucos, elegiréis una de las habitaciones de cinco piezas que hay disponibles. Y en cuanto coloquéis allí los muebles, negocio concluído. ¡El pueblo armado se las entenderá con quien quiera echaros de casa!»

«Pero todo el mundo querrá tener un cuarto de veinte piezas», nos dirán.

Nosotros respondemos con la más absoluta negativa. El pueblo no sueña con tener la luna dentro de un cubo de agua. Por el contrario, siempre que los igualitarios han debido reparar una injusticia, ha aparecido inmediate-

te el buen sentido y el instinto justiciero que poseen las masas. ¿Se ha visto nunca reclamar lo imposible? ¿Se ha visto nunca al pueblo de París zurrarse la badana cuando iba a buscar su ración de pan o de leña durante los dos sitios? Formábase cola con una resignación que admiraban los corresponsales de los periódicos extranjeros, y no obstante, los llegados últimamente sabían que habrían de pasar el día sin fuego y sin pan.

Hay instintos egoístas en los individuos aislados de nuestras sociedades; esto es indudable; pero también lo es que el mejor modo de despertar y alimentar esos instintos radica en confiar la cuestión de los alojamientos a una oficina cualquiera. Entonces sí que obrarían las malas pasiones, dándose todo por influencia. La más pequeña desigualdad haría poner el grito en las nubes; la menor ventaja concedida a alguien haría ¡y con razón! hablar de soborno.

No sucedería esto si el pueblo mismo, reunido por calles, por barrios, por distritos, se encarga de la mudanza de los habitantes de los zaquizamis a las habitaciones burguesas. Entonces se acogerían con benignidad los pequeños inconvenientes y las pequeñas desigualdades. Nunca se apela en vano a los buenos instintos de las masas. Algunas veces se ha hecho así durante las revoluciones, cuando se trataba de salvar el peligro, y jamás fué error el hacerlo. El trabajador ha respondido siempre cuando su abnegación lo ha exigido.

No obstante la buena voluntad, habrá sin duda injusticias. En nuestra sociedad viven individuos a quienes ningún gran acontecimiento les sacará de su frío egoísmo. Pero la cuestión no es saber si habrá o no injusticias, sino de averiguar cómo se podrá limitarlas. Lo mismo la Historia que la experiencia de la Humanidad y la psicología de las sociedades dicen que el medio más equitativo es encargar la solución a los propios interesados en ella. Sólo ellos tendrán en cuenta y regularizarán los mil detalles que se omitirían en todo reparto burocrático.

III

Cuando los *constructorés*, esto es, los albañiles, los canteros, etc., se convenzan de que tienen segura la subsistencia, reanudarán con mucho gusto, por pocas horas diarias, el trabajo a que están acostumbrados. Distribuirán de otra guisa las grandes habitaciones que requieren un estado mayor de servidumbre doméstica. Y en pocos meses habrá casas mucho más sanas que las actuales. Y a los que no estén bien instalados, podrá decirles el Municipio ácrata:

«¡Paciencia, compañeros! Palacios saludables, cómodos y hermosos, superiores a cuanto edificaban los capitalistas, van a levantarse en el suelo de la ciudad libre. Serán para los que más lo necesiten. El Municipio anarquista no edifica con la mira de las rentas. Los monumentos que erija para sus ciudadanos, producto del espíritu colectivo, servirán de modelo a la Humanidad entera y serán vuestros».

Si el pueblo en rebeldía expropia las casas y decreta la vivienda gratis, la comunidad de las habitaciones y el derecho de cada familia a un alojamiento sano, la revolución revestirá, desde sus comienzos un aspecto comunista y no será fácil hacerla retroceder en el camino emprendido. Habrá dado un golpe de muerte a la propiedad individual.

El germen de toda la revolución social se halla en la expropiación de las casas. De cómo se haga dependerá el giro de los acontecimientos. O abrimos un camino amplio y grande al comunismo anarquista, o nos quedamos pataleando entre el cieno del individualismo autoritario y absurdo.

Ya que se tratará de sostener a todo trance la iniquidad, es seguro que en nombre de la justicia nos dirán: «¿No es una infamia que los parisienses se adjudiquen las hermosas casas y dejen las chozas para los campesinos?» No nos dejemos engañar. Esos fanáticos partidarios de la justicia olvidan la gran desigualdad de que se hacen defensores. Olvidan que en París mismo el trabajador se asfixia en su zahurda—él, su mujer y sus hijos,—en tanto que desde su ventana ve el palacio del potentado. Olvidan que generaciones enteras mueren en los barrios po-

pulosos por falta de aire y de sol, y que reparar esa injusticia ha de ser el primer deber de la revolución.

No perdamos el tiempo ocupándonos de estas reclamaciones interesadas. La desigualdad que realmente existirá entre París y las aldeas ha de disminuir paulatinamente. La aldea también edificará alojamientos más sanos que los de hoy, cuando el labrador deje de ser la bestia de carga del propietario, del fabricante, del usurero y del Estado. Para evitar una injusticia temporal y reparable, ¿hay que apoyar la injusticia triunfante y tradicional?

Quizá se nos arguya también: «Ahí tenéis un pobre diablo, que en fuerza de privaciones ha conseguido adquirir una casa lo bastante grande para que en ella quepa su familia. ¿La expropiaréis también?»

¡Claro que no! Si su casa apenas basta para su familia, que la habite. ¡Que cultive el huertecito al pie de sus ventanas! Si fuese preciso, nuestros jóvenes irán a ayudarlo. Pero si en su casa hay un cuarto alquilado a otra persona, el pueblo irá a buscarle y le dirá: «Compañero, ¿sabes que ya no debes nada al casero? Quédate en el cuarto y no des un céntimo. ¡Triunfó la Revolución Social y no has de temer a los alguaciles en lo sucesivo!»

Y si el dueño de una finca ocupa él solo veinte piezas y hay en el barrio una madre con cinco hijos embutidos en un camaranchón, el pueblo mirará si entre las veinte piezas hay alguna que después de arreglada, proporcione buen alojamiento a la madre de los cinco hijos. ¿No será eso más justo que dejar a la madre y los cinco niños en el tabuco y al señor en el palacio? Además, el señor se acostumbrará pronto; cuando ya carezca de criadas que cuiden las veinte piezas, su burguesa, al verse libre de la mitad de sus habitaciones, se sentirá muy complacida.

«Eso será un trastorno absoluto—clamarán los defensores del orden.—¡Una de mudanzas sin fin! ¡Igual sería echar a todo el mundo a la calle y sortear las habitaciones!»

Creemos a pie juntillas que si no mangonea ningún Gobierno y se encarga la transformación a los grupos formados espontáneamente para esa tarea, las mudanzas se-

rán menos numerosas que las producidas en un solo año por efecto de la rapacidad de los caseros.

En todas las ciudades importantes hay desde luego tan gran número de habitaciones vacías, que casi bastarían para alojar a buena parte de los habitantes de los cuchitriles. Respecto a los palacios y pisos suntuosos muchas familias proletarias no los querrían, porque no valen para nada si se carece de un gran número de criados que los cuiden. Por eso los ocupantes de ahora veríanse entonces forzados a buscar habitaciones menos lujosas, donde las señoras banqueras oficiaran de guisanderas. Y así, poco a poco, sin que hubiese que acompañar al banquero con un piquete a una buhardilla, y al habitante de la buhardilla al palacio del banquero, la población se distribuiría en buena armonía las habitaciones que hubiese.

¿En los Municipios rurales, no se reparten los campos, molestando tan poco a los poseedores de parcelas, que sólo elogios merece el buen sentido y la sagacidad de procedimientos empleados? El *mir* ruso hace menos mudanzas de un campo a otro que la propiedad individual con sus pleitos ante la curia. ¡Cómo creer, pues, que los habitantes de una gran ciudad europea hayan de ser más brutos o menos organizadores que los aldeanos indios o rusos!

Toda revolución produce inevitablemente cierto trastorno de la vida ordinaria, y los que esperan atravesar una gran crisis sin que a las burguesas se las aparte de su olla, corren peligro de quedarse chasqueados.

No cabe duda de que el pueblo comete disparate sobre disparate cuando ha de elegir en las urnas entre los necios que aspiran al honor de representarlo y se encargan de hacerlo todo, de saberlo todo, de organizarlo todo. Mas cuando se halla en el caso de organizar lo que conoce, lo que le importa directamente, lo hace mejor que todos los representantes y negociados posibles. ¿No se ve todos los días en cada Municipio agrario? ¿No se ha visto durante la Commune y en la última huelga de Londres?

LA ROPA

No basta con considerar las casas como patrimonio común de la ciudad y con proceder al racionamiento de los víveres; hay que avanzar más. Necesariamente, hay que preocuparse del vestido, y para esto la mejor solución será la de apoderarse de todos los bazares de ropas, en nombre del pueblo, y abrir los almacenes a todos para que cada cual pueda procurarse las ropas que necesita. La comunidad de los vestidos y el derecho de cada cual a tomarlo que le haga falta en los almacenes municipales o pedirlo a los talleres de confección, se practicará tan pronto como se haya aplicado a las casas y a los víveres el principio comunista.

Para ello no habremos de despojar de sus gabanes a todos los ciudadanos, colocar en montón todos los trajes y sortearlos, como auguran algunos críticos ingeniosos. Cada cual conservará su gabán, si lo tiene y hasta quizá si posee diez, nadie intente quitárselos. Se preferirá el vestido nuevo al que el burgués haya usado ya, y habrá suficientes vestidos nuevos para no requisar los usados.

Si se practicara un inventario de las ropas acumuladas en los almacenes de las grandes ciudades, sabríamos que en París, Lyon, Burdeos y Marsella sobran existencias para que el Municipio pueda dar un vestido nuevo a cada ciudadano y a cada ciudadana. Por otra parte, si no todo el mundo hallara ropa de su gusto, los talleres municipales salvarían pronto la dificultad. Conocida es la prontitud con que trabajan nuestros talleres de confección, provistos de máquinas perfeccionadas y organizados para la producción al por mayor.

A esto refunfuñan nuestros adversarios: «Pero todo el mundo querrá un abrigo de marta cibelina, y todas las mujeres pedirán un vestido de terciopelo».

En nuestra opinión, no todo el mundo prefiere el terciopelo, ni sueña con un abrigo de marta cibelina. Si a las parisienses se les propusiera ahora mismo que eligiesen cada una un vestido, habría muchas que escogerían un vestido sencillo y prescindirían de todos los adornos costosos que a nuestras cortesanas seducen.

Las modas y los gustos cambian con las épocas, y los que predominen durante la revolución serán muy sencillos seguramente. La sociedad, como el individuo, tiene sus horas de cobardía, pero también sus minutos de heroísmo. Por miserable que se sea, al encanallarse en la persecución de los intereses mezquinos y personales, se cambia en las grandes épocas de la Humanidad.

No exageramos el papel probable de esas buenas pasiones, ni fundamentamos en ellas nuestro ideal social. Pero tampoco exageramos al suponer que nos ayudarán a pasar los primeros momentos, los más difíciles. No podemos confiar en la continuidad de esos sacrificios en la normalidad, pero sí en los principios, y esto basta.

De hacerse la revolución con el espíritu que invocamos, la libre iniciativa de los individuos hallará un vasto campo de acción para soslayar los manejos de los egoístas. En cada calle y cada barrio podrán organizarse grupos que se encarguen de lo referente al vestido. Harán el inventario de lo que posea la ciudad sublevada, y sabrán muy aproximadamente los recursos de que dispone. Y hasta quizá adopten los ciudadanos acerca del vestir, el mismo principio que respecto al comer: «Tomar del montón lo que abunde; repartir lo que esté en cantidad limitada.»

En la imposibilidad de dar a cada ciudadano un abrigo de marta cibelina y a cada ciudadana un traje de terciopelo, la sociedad distinguirá lo superfluo de lo necesario, colocando entre lo primero el terciopelo y la marta, sin perjuicio de probar si lo que hoy es superfluo puede vulgarizarse mañana. Garantizando lo preciso a cada habitante de la ciudad anarquista, se podrá encomendar a la actividad privada el cuidado de facilitar a los débiles y enfermos o menos robustos, lo que provisionalmente se considere como objeto de lujo y lo que no entre en el consumo diario y normal de todos.

«¡Pero eso es la nivelación, el hábito gris del fraile, la desaparición de todos los objetos de arte, de todo lo que embellece la vida!», nos dirán.

¡No, y no! Basándonos siempre en lo que ya existe, vamos a demostrar cómo una sociedad anarquista satisfaría los gustos más artísticos de sus ciudadanos sin pagar por ello fortunas de millonario como al presente.

REGIMEN Y PROCEDIMIENTOS

I

Para asegurar a todos sus miembros lo preciso, la sociedad se verá forzada a apoderarse de todo lo indispensable para producir: suelo, máquinas, fábricas, medios de transporte, etc. Expropiará también a los actuales detentadores del capital, para devolvérselo a la comunidad.

Al sistema burgués no sólo se le acusa de que el capitalista acapara una gran parte de las ganancias de cada empresa industrial y comercial, con las que vive sin trabajar. El cargo principal contra él es que la producción sigue una dirección absolutamente falsa, y eso es lo que le condena, puesto que no se realiza con el fin de asegurar el bienestar de todos.

La producción mercantil no se hace para todos. Desearlo, sería pedir al capitalista que prescindiese de sus atribuciones y llenase una función que *no puede* llenar sin dejar de ser lo que es: un particular que busca su enriquecimiento. La organización capitalista, fundada en el interés personal de cada negociante, ha proporcionado a la sociedad cuanto podía esperarse de ella; ha elevado la fuerza productiva del trabajador utilizando la revolución obrada en la industria por el vapor, el inopinado desarrollo de la química y de la mecánica y de los inventos del siglo; el capitalista se ha dedicado, por su propio interés, a aumentar el rendimiento del trabajo humano, y lo ha logrado en grandes proporciones. Darle otra misión sería en absoluto irracional. Querir que utilice ese superior beneficio del trabajo en provecho de toda la sociedad, sería pedirle filantropía, caridad, y en ésta no se cimenta ninguna empresa capitalista.

Ahora le incumbe a la sociedad generalizar esa productividad superior, limitada hoy a ciertas industrias, y aplicarlas en interés general.

Mas para garantizar a todos el bienestar, la sociedad debe tomar posesión de todos los medios de producción.

Nos hablarán los economistas del bienestar relativo de cierta categoría de obreros, jóvenes, fuertes, diestros, en

ciertas ramas especiales de la industria. Siempre nos señalan con orgullo esa minoría. Pero ese bienestar que sólo unos pocos poseen, ¿lo tienen seguro? En el porvenir, el descuido, la imprevisión o la codicia de sus amos arrojarán quizá esos privilegiados a la calle, y pagarán entonces con meses y años de penurias o miseria el periodo de bienestar que habían gozado. ¡Cuántas grandes industrias efímeras, hemos visto extinguirse, ya por efecto de especulaciones, ya por cambios naturales de lugar del trabajo, ya por competencias promovidas por los mismos capitalistas! Todas las industrias principales de tejidos y de mecánica han sufrido recientemente por tales crisis. ¿Qué diremos, pues, de aquellas cuyo distintivo peculiar es la periodicidad de los paros? ¿Qué diremos también del precio a que se compra el relativo bienestar de ciertas categorías de trabajadores? ¿Qué se ha logrado a costa de la ruina de la agricultura, por la infame explotación del campesino y por la miseria de las muchedumbres? Frente a la pequeña minoría de trabajadores que gozan de cierto bienestar, ¡cuántos millones de hombres viven al día, sin salario fijo, dispuestos a presentarse donde los reclamen! ¡Cuántos campesinos trabajarán catorce horas diarias por una mísera comida! El capital despuebla los campos, explota las colonias y las comarcas donde la industria está poco desarrollada y obliga a la inmensa mayoría de los obreros a carecer de educación técnica, a ser siempre trabajadores medianos hasta en su propio oficio. El florecimiento de una industria se obtiene siempre por la ruina de otras varias.

Y este caso no es accidental, es una *necesidad* del régimen capitalista. Para que se retribuyan regularmente algunas categorías de obreros, es *preciso* hoy que el labrador sea la bestia de carga de la sociedad; es *preciso* que las ciudades despueblen los campos; es *preciso* que los pequeños oficios se encierren en los barrios inmundos de las grandes ciudades y fabriquen casi por nada los mil objetos de poco valor, poniendo así los productos de las grandes manufacturas al alcance de los compradores de poco numerario. Para que el mal paño pueda despacharse vistiendo a los trabajadores pobremente retribuidos, es necesario que el sastre se reduzca al salario del pordiosero. Es

necesario que los países atrasados del Oriente sean explotados por los del Occidente, para que en excepcionales industrias tenga el trabajador una especie de bienestar, que el régimen capitalista limita siempre.

No está pues, el mal del régimen actual en que el «exceso de valor» de la producción quede en manos del capitalista, como han dicho Rodbertus y Marx, reduciendo así el concepto socialista y las miras de conjunto sobre el régimen capitalista. El mismo exceso de valor es producto de causas más graves. El mal está en que pueda haber un «exceso de valor», en vez de un simple exceso de producto no gastado por cada generación, porque para que exista «exceso de valor» hombres, mujeres y niños han de verse obligados por el hambre a enajenar su fuerza de trabajo por una parte mínima de lo que esa fuerza produce, y es capaz de producir.

Este mal durará mientras lo indispensable para la producción pertenezca sólo a unos cuantos. Mientras el hombre haya de pagar un tributo al amo para tener derecho a cultivar el suelo o utilizar una máquina y en tanto que el propietario sea dueño absoluto de producir aquello de que obtenga mayores beneficios en vez de la mayor suma de objetos precisos para la existencia, sólo incidentalmente gozará de bienestar un cortísimo número de trabajadores. No basta dividir en partes iguales los beneficios que una industria realice, si al par hay que explotar a otros millares de obreros. Lo que ha de procurarse es *producir, con la menor pérdida posible de fuerza humana, la mayor suma posible de los productos necesarios para el bienestar general.*

II

Preguntémosnos ahora: ¿Cuántas horas diarias de trabajo ha de invertir el hombre para asegurar a su familia una alimentación nutritiva, una casa sana y las ropas precisas? Los socialistas admiten generalmente que bastarán cuatro o cinco horas diarias, con la condición de que todo el mundo trabaje. Al finalizar el siglo pasado, Benjamín Franklin fijaba el límite de cinco horas; y si la necesidad de co-

modidades ha crecido desde entonces, también ha crecido con mucha más rapidez la fuerza de producción.

En las colonias agrícolas del Oeste americano, que cuentan por docenas las leguas, pero cuyo suelo es mucho más pobre que el de los países civilizados, sólo se recogen de doce a diez y ocho hectólitros por hectárea, esto es, la mitad del producto de las granjas de Europa y de los Estados del Este americano. No obstante, gracias a las máquinas, dos hombres labran en un día dos hectáreas y media, y cien hombres en un año laboran lo necesario para entregar a domicilio el pan de diez mil personas durante todo un año.

Si un hombre trabajase en las mismas condiciones durante treinta horas, o sea *seis medias jornadas de cinco horas cada una*, tendría suficiente para comer pan todo el año, y treinta medias jornadas para asegurárselo a una familia de cinco personas. Si se emplease el cultivo intensivo, menos de sesenta medias jornadas de trabajo asegurarían a toda la familia el pan, la carne, las hortalizas y hasta las frutas.

Si nos fijamos en los precios que cuestan hoy las casas de obreros edificadas en las grandes ciudades, puede afirmarse que para poseer en una gran ciudad inglesa una casita aislada, como las edificadas para los trabajadores, bastarían de mil cuatrocientas a mil ochocientas jornadas de trabajo de cinco horas. Y como una casa como la indicada dura unos cincuenta años, se deduce que de veintiocho a treinta y seis medias jornadas por año bastan para que la familia posea un alojamiento sano y con todas las comodidades necesarias, en tanto que alquilando el mismo alojamiento, el obrero lo paga al patrono con setenta y cinco a cien jornadas de trabajo al año. Hemos de observar que estas cifras significan el máximo de lo que vale hoy el alojamiento en Inglaterra, dada la viciosa organización imperante. En Bélgica se han edificado ciudades obreras mucho más económicas.

Respecto al vestido, es casi imposible hacer el cálculo, por no poderse apreciar debidamente los beneficios realizados sobre los precios por una nube de intermediarios. Si nos fijamos en el paño, por ejemplo, habría de sumarse todo lo que han ido cobrándose el propietario del prado, el

dueño de carneros, el comerciante en lanas y todos los intermediarios, hasta las Compañías de ferrocarriles, los hiladores y tejedores, comerciantes de ropas hechas, detallistas para la venta y comisionistas. Así nos imaginaríamos aproximadamente lo que se paga por un vestido a una catterva de burgueses. Es, pues, absolutamente imposible calcular las jornadas de trabajo que representa un gabán por el que se pagan cien pesetas, por ejemplo.

Lo evidente es que con las máquinas actuales se fabrican cantidades verdaderamente extraordinarias. Algunos ejemplos lo demostrarán:

En los Estados Unidos, 751 manufacturas de algodón (hilado y tejido), con 175,000 obreros y obreras, producen 1.939,400,000 metros de telas de algodón, y una grandísima cantidad de hilados. Las telas sólo dan un promedio superior a 11,000 metros en trescientas jornadas de trabajo de nueve horas y media cada una, o sea 40 metros en diez horas. Suponiendo que una familia use 200 metros por año, lo que sería mucho, equivale esto a cincuenta horas de trabajo, o sea *diez medias jornadas de cinco horas cada una*. Y además se tendrían los hilados, o sea hilo para coser e hilo para tramar el paño y fabricar telas de urdimbre de lana y trama de algodón.

Respecto a los resultados de tejido solo, la estadística oficial de los Estados Unidos nos muestra que si en 1870 un obrero, trabajando trece o catorce horas diarias, hacía 9,500 metros de tela blanca de algodón por año, trece años después tejía 27,000 metros trabajando nada más que cincuenta y cinco horas por semana. Hasta en las telas estampadas (incluso el tejido y la estampación) se obtenían 29,150 metros en dos mil seiscientos sesenta y nueve horas al año, o sea unos 11 metros por hora. De modo que, para tener los 200 metros de telas de algodón, blancas y estampadas, con menos de *veinte horas de trabajo por año* habría bastante.

Hay que tener en cuenta que la primera materia se recibe en esas manufacturas casi tal como viene de los campos, y que la serie de las transformaciones para obtener la tela acaba en ese periodo de veinte horas por pieza. Pero para *comprar* esos 200 metros en el comercio, un obrero bien pagado ha de emplear, *como minimum*, de diez a quince

jornadas de diez horas de trabajo cada una, o sea de ciento a ciento cincuenta horas. El campesino inglés habría de trabajar un mes o algo más para proporcionarse esa satisfacción.

Lo dicho demuestra que con cincuenta medias jornadas de trabajo por año, en una sociedad bien ordenada se podría vestir mejor de lo que hoy se visten los burgueses de poco fuste.

Nos han bastado sesenta medias jornadas de cinco horas de trabajo para obtener los productos de la tierra, cuarenta para la habitación y cincuenta para el vestido, que en junto no suma más que medio año, puesto que, deduciendo las fiestas, el año tiene trescientas jornadas de trabajo. Quedan otras ciento cincuenta medias jornadas útiles, que podrían dedicarse a las otras necesidades de la vida: vino, azúcar, café o té, muebles, etcétera.

Si contamos dentro de las naciones civilizadas el número de los que nada producen, de los que trabajan en industrias nocivas que deben desaparecer y de los que actúan como intermediarios inútiles, se saca en consecuencia que en cada nación podría doblarse el número de los verdaderos productores. Y si en vez de diez personas fuesen veinte las empleadas en producir lo necesario, y si la sociedad economizase mejor las fuerzas humanas, esas veinte personas no habrían de trabajar más que cinco horas diarias, sin que la producción bajase. Con reducir el despilfarro de la fuerza humana al servicio de las familias ricas, o de esa administración que tiene un funcionario por cada diez habitantes, e invertir esas fuerzas en el aumento de productividad nacional, se conseguiría limitar las horas de trabajo a cuatro y aun a tres, no excediendo de la producción presente.

Supongamos una sociedad de varios millones de hombres dedicados a la agricultura y a diferentes industrias, y que todos los niños aprendan a trabajar física e intelectualmente. Supongamos que todos, excepto las mujeres empleadas en educar a los niños, trabajan *cinco horas diarias* desde la edad de veinte o veintidós años hasta la de cuarenta y cinco a cincuenta y que se ejerciten en cualquiera de los trabajos humanos considerados como *necesarios*. Esta sociedad podría garantizar el bienestar de todos sus miem-

bros, proporcionarles unas comodidades mucho más reales que las de la clase media actual. Y cada trabajador de esta sociedad dispondría de estas cinco horas diarias para dedicarlas a las ciencias, a las artes y a las necesidades individuales que no sean *imprescindibles*, salvo incluir más adelante en esta categoría, al aumentar la productividad del hombre, todo lo que aún se designa hoy como inaccesible o de lujo.

LO SUPERFLUO

I

El hombre no vive exclusivamente para comer, beber y dormir. Cumplidas las exigencias materiales, surgirán con más ímpetu las necesidades que puede decirse ofrecen un carácter artístico. Tantos individuos representan otros tantos deseos, los cuales son más variados cuanto más civilizada está la sociedad y más educado el hombre.

En la actualidad hay hombres y mujeres que se privan de lo indispensable para adquirir una frustería o proporcionarse un goce intelectual o material. Un cristiano, un asceta, reprobaban esas ansias de lujo, pero, en verdad, esas frivolidades hacen agradable la existencia y rompen su monotonía.

El trabajador, forzado a dura lucha para vivir, no conoce nunca de esos altos goces de la ciencia, sobre todo del descubrimiento científico y de la creación artística. Para que todos gusten esos goces, reservados hoy a la minoría, para que el trabajador tenga espacio y posibilidad de desarrollar sus capacidades intelectuales, la revolución ha de asegurar a cada uno el pan diario. Tiempo libre después del pan: he ahí el supremo ideal que perseguimos.

Ahora, cuando a centenares de miles de seres humanos les falta pan, carbón, ropa y casa, el lujo es un crimen: para que exista, el hijo del trabajador carece de pan. Pero en una sociedad donde se desconozca el hambre, se sentirán las necesidades de lo que hoy denominamos lujo. Y como no pueden ni deben parecerse todos los hombres, siempre habrá, y es de desear que los haya, hombres y mujeres cuyas necesidades alcancen una esfera superior.

Todo el mundo no necesita un telescopio, pues aun siendo la instrucción general, hay personas que optan por los estudios microscópicos en vez de estudiar el cielo estrellado. Otros gustan de las estatuas o de los lienzos de los maestros; quién sólo ambiciona un excelente piano, al paso que tal otro se contenta con una guitarra. Al presente, quien siente necesidades artísticas no puede llenarlas, a menos de poseer una gran fortuna; pero «trabajando de firme» y apropiándose de un capital intelectual que le permita ejercer una profesión liberal, siempre tiene la *esperanza* de lograr algún día sus gustos. Por eso, a nuestras ideales sociedades comunistas, suelen tildárselas de perseguir como único objetivo la vida material de individuo, y se nos dice: «Tal vez tengáis pan para todos, pero en vuestros almacenes municipales no habrá hermosas pinturas, instrumentos de óptica, muebles de lujo; en una palabra, esas mil cosas que satisfacen la infinita variedad de los gustos humanos. Y así suprimís toda posibilidad de alcanzar sea lo que fuere, menos el pan y la carne que el Municipio comunista pueda ofrecer a todos, y la tela gris con que vistáis a todas vuestras mujeres».

Esta objeción es la que comúnmente se dirige contra todos los sistemas comunistas, objeción que jamás entendieron los fundadores de todas las nuevas sociedades que se establecían en los desiertos americanos. Creían que todo está dicho si la comunidad ha podido adquirir bastante paño para vestirse todos los asociados y una sala de conciertos donde los «hermanos puedan ejecutar trozos de música o representar de vez en cuando una piecilla teatral». No tenían en cuenta que el sentido artístico se halla lo mismo en el cultivador que en el burgués, y que si varían las formas del sentimiento según la diferencia de cultura, es siempre el mismo su fondo.

¿Recorrerá igual camino el Municipio anarquista? Evidentemente que no, siempre que comprenda e intente satisfacer todas las manifestaciones del espíritu humano, al par que asegure la producción de todo lo preciso para la materialidad de la vida.

II

Francamente declaramos que al pensar en los abismos de miseria y sufrimiento de que estamos rodeados, al escuchar las quejas desgarradoras de los proletarios que recorren las calles en demanda de trabajo, nos duele discutir esta cuestión: en una sociedad donde se desconozca el hambre, ¿cómo satisfaremos el deseo de tal o cual persona que quiera poseer una porcelana de Sévres o un vestido de terciopelo?

Nos inclinamos a manifestar por única respuesta: «Aseguremos lo primero el pan, y después ya hablaremos de la porcelana, y el terciopelo». Mas ya que es preciso admitir que además de los alimentos el hombre tiene otras necesidades, y puesto que la fuerza del anarquismo radica precisamente en que abarca *todas* las facultades humanas y *todas* las pasiones, sin ignorar ninguna, digamos brevemente cómo podrían satisfacerse todas las necesidades intelectuales y artísticas del ser humano.

Antes hemos dicho que trabajando cuatro o cinco horas diarias hasta la edad de cuarenta y cinco a cincuenta años, el hombre podría fácilmente producir *todo* lo preciso para garantizar el bienestar general. Sin embargo, la jornada del hombre habituado al trabajo y empleando máquinas, no es de cinco horas, sino de diez. Así destruye su salud y embota su inteligencia. Cuando varía en el género de ocupación, y sobre todo al alternar la labor manual con el trabajo intelectual, trabaja con gusto y sin fatiga diez y doce horas. Asociándose a otros, esas cinco o seis horas le proporcionarían sin duda alguna cuanto quisiera, además de lo preciso asegurado a todos.

Así se constituirían grupos compuestos de escritores, cajistas, impresores, grabadores y dibujantes, animados todos ellos de un propósito común: la propagación de sus ideas peculiares.

El escritor sabe hoy que hay una bestia de carga, el obrero, a quien por tres o cuatro pesetas diarias puede confiar la impresión de sus libros; pero no trata de saber qué es una imprenta. Si el cajista se envenena con el polvillo de plomo, si el chico que da al volante de la máquina mue-

re de anemia, ¿no hay otros miserables que los substituyan?

Al no existir ya hambrientos prontos a vender sus brazos por una ruín recompensa, cuando el explotado de ayer haya recibido instrucción y pueda dar a luz *sus* ideas en el papel y comunicárselas a los demás, los literatos y los sabios habrán de asociarse entre sí para imprimir sus obras.

Mientras el escritor considere la blusa y el trabajo manual como rasgo de inferioridad, hallará incomprendible eso de que un autor componga él mismo su libro con caracteres de plomo. Pero cuando haya desaparecido el sentido despectivo que se da al trabajo manual; cuando todos hayan de usar de sus brazos, por carecer de uno sobre quien descargarse de ese deber, entonces los escritores y sus admiradores de uno y otro sexo aprenderán muy pronto a manejar el componedor; gustarán los apreciadores de la obra que se componga, el gozo de acudir todos juntos a imprimirla y verla salir hermosa, con su virginal pureza, de la máquina rotativa. Esas hermosas máquinas—instrumento de suplicio para él que las maneja hoy desde la mañana a la noche—llegarán a ser una fuente de goces para quienes las empleen en dar vida real al pensamiento de sus autores favoritos.

Algunos libros serán quizá menos voluminosos, pero se imprimirán menos páginas para decir más. Acaso se publique menos papel manchado, pero lo que se imprima será mejor leído y más apreciado. El libro encontrará un vasto círculo de lectores más instruidos y más aptos para entenderlo.

De otra parte, la imprenta, que ha progresado tan poco desde Gutenberg, está aún en la infancia. Todavía se emplean dos horas en componer con letra movable lo que se escribe en diez minutos; y se buscan procedimientos más rápidos para multiplicar el pensamiento. Se hallarán.

Si cada escritor hubiese de coadyuvar en la impresión de sus libros, ¡cuántos progresos habría hecho ya la imprenta!

III

¿Es una fantasía acaso el concebir una sociedad en la que, siendo todos productores, recibiendo todos una instrucción que les consienta cultivar las ciencias o las artes y teniendo todos tiempo para hacerlo, se asocien entre sí para realizar el trabajo manual que implica la publicación de sus obras?

Se cuentan ya por miles y miles las sociedades científicas y literarias. Estas entidades son agrupaciones voluntarias de personas aficionadas a tal o cual rama del saber, asociadas para publicar sus trabajos. Los autores que colaboran en las colecciones científicas no reciben remuneración. Dichas colecciones no se venden; se remiten gratuitamente a todo el mundo, a otras sociedades que cultivan las mismas ramas del saber. Algunos miembros de la sociedad insertan una breve nota resumiendo tal o cual observación; otros publican trabajos extensos, producto de largos años de estudio, otros, en fin, se limitan a consultarlos para iniciar nuevas investigaciones. Son asociaciones entre autores y lectores para la producción de los trabajos que a todos interesa.

Cierto es que la sociedad científica (igual que el periódico de un banquero) emplea al editor, que embauca obreros para efectuar el trabajo material. Los que ejercen profesiones liberales *menosprecian* el trabajo manual que, sin duda, se halla hoy en condiciones embrutecedoras. Mas una sociedad que facilite a cada uno de sus miembros la instrucción general, filosófica y *científica*, organizará el trabajo corporal de modo que sea orgullo de la Humanidad, y la sociedad sabia llegará a ser una asociación de investigadores, de aficionados y de obreros, los cuales se interesen por la ciencia al par que conozcan un oficio manual.

De esta guisa, si se dedican a la geología, todos coadyuvarán a explorar las capas terrestres, y aportarán su parte de investigaciones. Diez mil observadores en lugar de ciento lograrán más en un año que hoy se consigue en veinte. Y cuando se quieran publicar los diversos trabajos, diez mil hombres y mujeres, versados en las diferentes mecánicas, podrán trazar los mapas, grabar los dibujos, com-

poner el texto e imprimirlo. Con satisfacción dedicarán todos juntos sus ocios, en verano a la exploración y en invierno al trabajo de taller. Y cuando aparezcan sus trabajos no hallarán ya solo cien lectores, sino que encontrarán diez mil, que en la obra común se interesan.

Al presente, cuando Inglaterra ha intentado hacer un gran diccionario de su idioma, no ha aguardado a que naciese un Littré para dedicar su vida a esa labor. Ha pedido ayuda a los voluntarios, y mil personas se han ofrecido espontánea y gratuitamente para registrar las bibliotecas y acabar en pocos años un trabajo para el cual no habría bastado la vida entera de un hombre. En todos los aspectos de la actividad inteligente se muestra igual tendencia, y habría de conocerse muy poco a la Humanidad para no advertir que el porvenir aparece ya en esas tentativas de trabajo colectivo.

En lo futuro, cuando un hombre tenga que decir algo superior a las ideas de su siglo, no buscará un editor que quiera adelantarle el capital preciso para ello. Buscará colaboradores entre los que conozcan el oficio y hayan comprendido el alcance de la nueva obra, y juntos publicarán ésta.

El periodismo y la literatura dejarán de ser un medio de hacer fortuna y de vivir a expensas de otro. ¿Hay alguien que conozca la literatura y el periodismo y no desee una época en que aquélla pueda libertarse de los que la protegían en otro tiempo, de los que la explotan hoy y de la multitud que, con pocas salvedades, la paga en razón directa de su vulgarismo y de la facilidad con que se acomoda al mal gusto de la mayoría?

IV.

Los servidores de la literatura, la ciencia y el arte deben ser voluntarios. Sólo así conseguirán libertarse del yugo del Estado, del capital y de la medianía burguesa.

¿De qué medios dispone hoy el sabio para ejecutar sus investigaciones? ¡Pedir el auxilio del Estado, que no puede darse sino al uno por ciento de los aspirantes, y que ninguno logra, más que comprometiéndose a marchar por caminos trillados y por sobre los viejos carriles. Recordemos al Instituto de Francia condenando a Darwin, a la Aca-

demia de San Petersburgo rechazando a Mendéléef, y a la Sociedad Real de Londres negándose a publicar, como «poco científica», la Memoria de Joule, sobre la determinación del equivalente mecánico del calor.

Todas las grandes investigaciones, todos los movimientos revolucionarios de la ciencia se han realizado fuera de las Universidades, ya por gentes suficientemente ricas para ser independientes, como Darwin y Liell, ya por hombres que comprometían su salud trabajando en la penuria, si no en la miseria, faltos de laboratorio, malgastando tiempo y no pudiendo proporcionarse los instrumentos o los libros indispensables para seguir sus investigaciones, pero perseverantes por la esperanza y muchas veces muriendo de pena. Su número es enorme.

Además, es tan malo el sistema de auxilios del Estado, que en todo tiempo ha tratado la ciencia de sustraerse a ellos. Por ello están Europa y América llenas de sociedades sabias, organizadas y sostenidas por voluntarios. Algunas han adquirido un desarrollo tan grande, que todos los recursos de las sociedades subvencionadas y todas las riquezas de los banqueros no bastarían para adquirir sus tesoros. Ninguna institución oficial es tan rica como la Sociedad Zoológica de Londres, que sólo está sostenida en la forma dicha.

No adquiere por dinero los animales que pueblan sus instalaciones, sino que se los envían otras sociedades y coleccionistas del mundo entero; un día recibe un elefante, regalo de la Sociedad Zoológica de Bombay; otro día un rinoceronte y un hipopótamo, ofrecidos por naturalistas egipcios; y esos importantes obsequios se renuevan de continuo. Tales envíos comprenden a menudo animales que no se hallarían con todo el oro del mundo; algunos de ellos fueron capturados con riesgo de la vida por un viajero, y se los da a la Sociedad porque está seguro de que los guiarán allí bien. El precio de entrada pagado por los visitantes basta para el mantenimiento de la inmensa colección zoológica.

De los inventores puede decirse en general lo mismo que de los sabios. Nadie desconoce los sufrimientos que han costado todas las grandes invenciones. Noches en blanco, pri-

vación de pan para la familia, falta de instrumentos y primeras materias para las experiencias: esta es la historia de cuantos han dotado a la industria de lo que constituye para nuestra civilización su más legítimo orgullo.

Sin embargo, ¿qué es menester para evadir esas condiciones que todo el mundo está conforme en reputar por malas? Se ha ensayado la patente y sus resultados son conocidos. El inventor hambriento la enajena por un puñado de pesetas, y el que no ha hecho más que prestar el capital, disfruta los beneficios del invento. Además, el privilegio aísla al inventor; le obliga a tener secretas sus investigaciones, que muchas veces sólo conducen a un tardío aborto, en tanto que la indicación más sencilla procedente de otro cerebro menos sugestionado por la idea fundamental, basta en ocasiones para fecundar la invención y hacerla práctica. Como todo lo autoritario, el privilegio de invención entorpece los progresos de la industria.

Lo indispensable para favorecer el genio inventor es, en primer lugar, despertar las ideas, la audacia para concebir, que con nuestra educación languidece; el saber derramado a manos llenas, que centuplica el número de los investigadores, y, además, la convicción de que la Humanidad dará un paso hacia adelante, porque casi siempre el entusiasmo o la ilusión del bien ha inspirado a todos los grandes benefactores.

Al realizarse la revolución social, se organizarán vastos talleres con fuerza motriz e instrumentos de todas clases, inmensos laboratorios industriales abiertos para todos los investigadores. Allí trabajarán en sus ensueños, después de haber cumplido sus deberes para con la sociedad; allí emplearán sus cinco o más horas libres; allí harán sus experimentos; allí hallarán otros camaradas, peritos en otras ramas de la industria y podrán ayudarse unos a otros, ilustrarse mutuamente, hacer brotar al choque de las ideas y de su experiencia la solución deseada. ¡Y esto no es una fantasía! Solanoy Garadok, de Petersburgo, lo ha efectuado ya en parte, al menos desde el punto de vista técnico. Es un taller admirablemente provisto de herramientas y abierto a todos; en él se dispone gratuitamente de los instrumentos y de la fuerza motriz; sólo la madera y los metales hay que pagarlos al precio de coste. Pero los obreros

van allí por la noche, descaecidos por diez horas de trabajo. Y ocultan sus invenciones a todas las miradas, cohibidos por la patente y por el capitalismo, maldición de la sociedad actual, obstáculo con que se tropieza en el camino de todo progreso.

V

En todas partes oímos quejas acerca de la decadencia del arte. Son justas; distamos mucho de los grandes maestros del Renacimiento. La técnica del arte ha progresado mucho, sin embargo, millares de personas dotadas de cierto talento cultivan todas sus manifestaciones; pero el arte parece escabullirse del mundo civilizado. La técnica progresa, pero la inspiración se apaga.

Pero, ¿cómo habría de brillar y lucir? Sólo una gran idea puede inspirar el arte. En nuestro ideal, el arte es sinónimo de creación y debe mirar hacia adelante. Salvo raras excepciones, el artista de profesión permanece siendo harto ignorante, demasiado burgués para adivinar los nuevos horizontes. La inspiración no sale de los libros: ha de tomarse de la vida, y por consiguiente, en la sociedad actual no puede hallarse.

Rafael y Murillo, pintaban en una época en que la persecución del ideal nuevo se acomodaba todavía con tradiciones religiosas. Pintaban para decorar grandes iglesias, obra piadosa de muchas generaciones. Y con su aspecto misterioso y su grandeza, que las ligaban a la vida misma de la ciudad, podían inspirar al artista. Este trabajaba para un monumento popular; se dirigía a la muchedumbre y recibía de ella la inspiración. El honor más grande a que aspira hoy el pintor es ver su lienzo con un marco de madera dorada colocado en un museo—especie de prendería,—donde se verá, como se ve en el Museo del Prado, la *Ascensión*, de Murillo, junto al *Mendigo*, de Velázquez, y los *Perros*, de Felipe II. ¡Pobre Velázquez y pobre Murillo! ¡Pobres estatuas griegas que *vivían* en las acrópolis de sus ciudades, y que se asfixian hoy bajo los paños rojos del Louvre!

El escultor griego, al cincelar el mármol, intentaba expresar el espíritu y el corazón de la ciudad. Todas las pa-

siones, todas las tradiciones de gloria de la ciudad debían revivir en la obra de arte. Mas al presente, la ciudad *una* no existe: no hay comunión de ideas. La ciudad es sólo un revoltijo casual de gentes que no se conocen, que no sienten el interés general, salvo el de enriquecerse unos a expensas de otros; no existe la patria... ¿Qué patria común pueden tener el banquero internacional y el basurero?

Hasta que una ciudad, un territorio, una nación o un grupo de naciones hayan recobrado su unidad en la vida social, el arte no beberá su inspiración en la *idea común* de la ciudad o de la federación. Cuando esto suceda, el arquitecto concebirá el monumento de la ciudad, que ya no será un templo, una cárcel ni una fortaleza; el pintor, el escultor, el cincelador, etc., sabrán donde colocar sus lienzos, sus estatuas y sus decoraciones, inspirando sus obras en las mismas fuentes de vida y caminando al unísono hacia el porvenir. El arte se limitará a vegetar en tanto que tal evolución no se verifique.

Actualmente los mejores lienzos de los pintores son los que reproducen la Naturaleza. Pero, ¿cómo expresará el pintor la poesía del trabajo de los campos, si sólo la ha contemplado o imaginado, y nunca la ha experimentado él mismo; si sólo la conoce como el ave de paso conoce los países sobre los cuales se cierne en sus emigraciones; si en el vigor de su juventud no ha caminado desde el alba tras del arado; si no gustó el goce de segar las hierbas con la hoz junto a robustos mocetones, rivalizando en bríos con risueñas muchachas que llenan los aires con sus cantos? El amor a la *tierra* y a lo que vive sobre la tierra no se infiltra con los estudios a pincel; sólo nace poniéndose al servicio de ella. Y sin amarla, ¿cómo pintarla? De ahí que lo que en este sentido han reproducido los mejores pintores es imperfecto, y con frecuencia falso; mero sentimentalismo: allí no hay *fuerza* ni vida.

Es necesario haber contemplado la puesta del sol a la vuelta del trabajo. Es necesario haber trabajado con el labriego para guardar en la retina los esplendores de aquella. Es necesario haber estado en el mar con el pescador a todas horas del día y de la noche, haber pescado uno mismo, luchando contra las olas, arrostrando la tempestad, y después de ruda labor, haber gozado la alegría de sacar

una red bien llena o el sentimiento de regresar de vacío para sentir la poesía de la pesca. Es necesario haber estado en la fábrica, experimentando las fatigas, los sufrimientos y los goces del trabajo creador; haber forjado el metal en los altos hornos; es necesario haber sentido *vivir* la máquina, para saber lo que es la fuerza del hombre y traducirla en una obra de arte. En fin, para reproducir la existencia popular es necesario sumirse en ella.

El desarrollo del arte reclama su relación con la industria por mil transiciones intermedias, de modo que, por decirlo así, queden confundidos, como tan bien lo han probado Ruskin y el gran poeta socialista Morris. Cuanto rodea al hombre en su casa, en la calle, en el interior y el exterior de los monumentos públicos, debe ser de pura forma artística. Pero ésta concretará más en una ciudad donde todos gocen de bienestar y tiempo libre. Entonces nacerán asociaciones de arte, en las cuales pueda cada uno dar prueba de sus capacidades; porque el arte necesita de una infinidad de trabajos complementarios manuales y técnicos. Estas asociaciones artísticas se encargarán de embellecer los hogares de sus miembros, como lo han hecho los pintores jóvenes de Edimburgo, decorando las paredes y los techos del gran hospital de los pobres.

El artista que haya creado una obra de sentimiento personal e íntimo, la ofrecerá a la mujer a quien ama o a un amigo. ¿Será por eso inferior su obra a las que llenan hoy la vanidad de los burgueses y de los banqueros porque han costado caras?

Lo propio acaecerá en todos los goces que se desean fuera de lo indispensable. Quien apetezca un piano de cola, se afiliará a la asociación de los fabricantes de instrumentos de música. Y aplicándole parte de sus medias jornadas libres, muy pronto tendrá el piano que ambiciona.

Si le gustan los estudios astronómicos, ingresará en la asociación de astronomía, con sus filósofos, sus observadores, sus calculadores, sus artistas en instrumentos astronómicos, y logrará el telescopio que desea suministrando una parte de trabajo en la obra común, ya que un observatorio astronómico requiere trabajo de albañil, de carpintero, de fundidor, de mecánico, etc.

En resumen, las cinco o siete horas diarias de que dis-

pondrá cada uno, luego de haber dedicado algunas a la producción de lo necesario, sobrarán para llenar todas las necesidades de lujo. Millares de asociados se ocuparían de ello. Lo que ahora es privilegio de una ínfima minoría, sería para todos accesible.

El lujo se convertiría en una satisfacción artística, dejando de ser aparatoso boato de los burgueses.

«UTILE DULCI»

I

Al afirmar los socialistas que una sociedad emancipada del capital lograría hacer agradable el trabajo y evitaría todo servicio repugnante y antihigiénico, se les ríen en sus narices. No obstante, son ya pasmosos en la actualidad los progresos realizados en tal sentido, y doquiera se han manifestado dichos progresos, los patronos se han felicitado de la economía de fuerza conseguida por ese medio.

No cabe duda de que la fábrica podría hacerse tan sana y tan agradable como un laboratorio científico y que se obtendría con ello gran ventaja. En una fábrica espaciosa y bien aireada es mejor el trabajo, se aplican allí con más facilidad las pequeñas mejoras, cada una de las cuales significa una economía de tiempo y de mano de obra. Y si la mayoría de las fábricas siguen siendo los lugares infectos y antihigiénicos que conocemos, es porque al proletario no se le encomienda misión alguna en la organización de las fábricas, y porque el rasgo característico de ellas es el más absurdo derroche de las fuerzas del hombre.

Como raras excepciones, se hallan ya, de vez en cuando, algunos talleres fabriles tan bien arreglados que se trabajaría en ellos con gusto si el trabajo durase sólo de cuatro a cinco horas diarias y si cada cual tuviese facilidad de variar lo a su capricho.

Existe una fábrica—dedicada, por desgracia, a útiles de guerra—admirable desde el punto de vista de la organización sanitaria y sagaz. Abarca veinte hectáreas de terreno, quince de las cuales tienen cubierta de vidrio. El

el pavimento, de ladrillo refractario, es limpio; una brigada de obreros cuida de limpiar esmeradamente la techumbre acristalada. Allí se forjan barras de acero hasta de veinte toneladas de peso, y estando a treinta pasos de un inmenso horno, cuyas llamas dan una temperatura de más de 1,000 grados, no se advierte su presencia sino cuando la inmensa boca del horno deja paso a un monstruo de acero. Y ese monstruo lo manejan sólo tres o cuatro trabajadores por medio de potentes mecanismos.

Se cree al entrar en la fábrica que lo llenará todo el ensordecedor ruido de los mazos colosales, y en seguida se ve que no hay mazo ninguno. Los inmensos cañones de cien toneladas y los ejes de los vapores trasatlánticos se forjan por la presión hidráulica, y el obrero no ha de hacer más que girar la llave de un grifo para comprimir el acero, prensándolo en vez de forjarlo, lo cual da un metal mucho más homogéneo, sin quebrajas, cualquiera que sea el espesor de las piezas. Se ven máquinas que cortan masas de acero de diez metros de longitud sin hacer más ruido que el preciso para cortar un queso.

Cuando expresábamos nuestra admiración al ingeniero que nos acompañaba, nos respondía:

«¡Si es una simple cuestión de ahorro! Esta máquina que cepilla el acero lleva cuarenta y dos años de servicio. No hubiera servido ni diez si sus elementos, mal ajustados o débiles, a cada golpe del cepillo rechinaran o chocaran.

¿Los altos hornos? Sería un gasto inútil dejar irradiar afuera el calor, en vez de emplearlo. ¿Por qué tostar a los fundidores, cuando el calor perdido por irradiación representa toneladas de combustible?

¿Para qué los mazos de pilón, que hacían retemblar los edificios en cinco leguas a la redonda? Se forja mejor por presión que por choque, y cuesta menos.

El espacio destinado a cada taller, a la luz de la fábrica, su limpieza, todo es una cuestión de ahorro. Se trabaja mejor cuando se ve claro y con desembarazo.

Cierto es que estábamos muy estrechos antes de venir aquí. Y es que el terreno vale muy caro en los alrededores de las grandes ciudades. ¡Son tan rapaces los propietarios!»

Algo análogo acontece con las minas. Ya se sabe lo

que la mina es hoy. Pues bien; la mina del porvenir estará bien ventilada, con una temperatura normal como la de un gabinete de trabajo, haciéndose la tracción subterránea por medio de un cable automotor puesto en marcha desde la boca del pozo; los ventiladores funcionarán siempre y nunca ocurrirán explosiones. Como esta mina de que hablamos, se ven ya en Inglaterra. Nosotros hemos visitado una. También se trata de una simple cuestión de economía. La mina que visitamos, a pesar de su profundidad, 430 metros, suministra diez mil toneladas diarias de hulla con doscientos obreros solamente, o sea cinco toneladas por día y por trabajador en tanto que el promedio en los dos mil pozos de Inglaterra es de unas trescientas toneladas por año y por obrero.

Esta cuestión ha sido tratada ya por los periódicos socialistas, y se ha formado opinión sobre ella. La fábrica, el taller, la mina, *pueden* ser tan sanos, tan buenos como los mejores laboratorios de las modernas Universidades, y cuanto mejor organizados, más productivo será el trabajo del hombre.

¿En una sociedad de iguales, en que los *brazos* no estén obligados a venderse, no será realmente un placer y una distracción el trabajo? La labor repugnante o malsana ha de desaparecer, porque es nociva para la sociedad en general. Podían entregarse a ella los esclavos; el hombre libre aspira a un trabajo agradable e infinitamente más productivo. Las excepciones de hoy serán la regla en lo porvenir.

II

Regenerada por la revolución la sociedad, hará que desaparezca la esclavitud doméstica, esa postrera forma de la esclavitud, la más arraigada quizá, porque también es la más vieja. El cambio no se operará del modo soñado por los falansterianos, ni como lo imaginan los comunistas.

Millones de seres humanos no están conformes con el falansterio. El hombre más retraído siente la necesidad de reunirse con sus semejantes para un trabajo común, que atraerá tanto más cuanto más se capacite uno de que forma parte del inmenso todo. Mas no ocurre así en las horas de descanso e intimidad. El falansterio, y aun el familisterio,

olvidan esto o bien tratan de responder a esta necesidad con agrupaciones antinaturales.

En realidad, el falansterio es un inmenso hotel, que agrada a algunos y aun a todos en ciertas épocas de la vida, pero la gran mayoría prefiere la vida de familia; de la familia del porvenir, se entiende; prefiere la habitación aislada, y los normandos anglosajones aman la casita de cuatro, seis u ocho piezas, en la cual pueden vivir separadamente la familia o una reunión de amigos.

Hay socialistas que rechazan el falansterio, y cuando se les pregunta respecto al régimen del trabajo doméstico, responden. «Cada cual hará su propio trabajo; mi mujer desempeña bien el de la casa; las burguesas harán otro tanto». Y si es un burgués dado al socialismo quien habla, dirá a su mujer con una sonrisa graciosa: «¿No es verdad, querida, que te pasarías con gusto sin criada en una sociedad socialista? ¿No es cierto que harías lo mismo que la mujer de nuestro excelente amigo Pablo o la de Juan el carpintero?» A lo que la mujer responde con una sonrisa agridulce y un «Vaya que sí, querido», pensando desde luego que afortunadamente no se verá obligada tan pronto al sacrificio.

También la mujer reclama su puesto en la emancipación de la Humanidad. Protesta de ser la bestia de carga de la casa. Tiene suficiente con dedicar tantos años de su vida a la crianza de sus hijos. ¡Ya no quiere ser más la cocinera y la barrendera de la casa! Las americanas han iniciado esta obra de reivindicación y ya son generales las quejas en los Estados Unidos por la falta de mujeres que prefieran los trabajos domésticos. La dama gusta del arte, la política, la literatura o el salón de juego; la obrera la imita, y ya no se encuentran criadas. En los Estados Unidos son raras las solteras y casadas que admitan la esclavitud casera.

De fijo que habéis hallado ridículo más de una vez el trabajo de sacar lustre a los zapatos. ¿Puede haber nada más estúpido que frotar veinte o treinta veces un zapato con el cepillo? Y, sin embargo, es necesario que una décima parte de la población europea se venda por un jergón y alimento insuficiente, para prestar ese servicio bestial; es preciso que la misma mujer se conceptúe como una es-

clava, para que cada mañana docenas de millones de brazos se apliquen a esa operación.

Los peluqueros usan máquinas para cepillar los cráneos lisos y las cabelleras crespas. ¿Por qué no aplicar el mismo principio a la extremidad inferior? Eso es lo que se ha hecho. Hoy, la máquina de lustrar el calzado es de uso general en las grandes fondas americanas y europeas. También se difunde fuera de ellas. En las grandes escuelas de Inglaterra, divididas en secciones de cincuenta a doscientos colegiales internos, se ha montado un solo establecimiento que todas las mañanas embetuna los mil pares de zapatos; así se ahorra un centenar de criadas dedicadas especialmente a esa operación estúpida. El establecimiento recoge por la noche los zapatos y los devuelve a domicilio por la mañana limpios a máquina.

¿Qué mujer no tiene horror a fregar la vajilla, ese trabajo, largo y sucio, que se hace a mano, sólo porque el trabajo de la esclava doméstica, no se tiene en cuenta para nada?

Algo bueno se ha hecho ya en América. En cierto número de ciudades el agua caliente se envía a domicilio. Contando con esto, el problema era sencillo y lo ha resuelto una mujer, la señora Cockrane. Su máquina lava veinte docenas de platos, los enjuaga y los seca en menos de tres minutos. Una fábrica de Illinois construye esas máquinas, que se expenden a un precio accesible a las familias. Las casas modestas, enviarán su vajilla al establecimiento lo mismo que los zapatos. Hasta quizá una misma empresa preste los dos servicios: el de fregar y el de embetunar.

La mujer sigue siendo esclava, pero su esclavitud comienza a desaparecer, por efectuarse ya todas esas funciones infinitamente mejor a máquina, y las máquinas de todas clases penetrarán en el domicilio privado cuando la distribución domiciliaria de la fuerza consienta usarlas sin emplear esfuerzo muscular alguno.

No cuestan mucho las máquinas, y si las pagamos tan caras aún, es porque no se ha generalizado su empleo, y sobre todo, porque un 75 por 100 de su valor lo han cobrado los que especulan con el sueldo, las primeras materias, la fabricación, la venta, la patente, el impuesto, etc., etc., porque a todos ellos les urge pasear en coche.

Lo esencial para el porvenir no es que haya en cada casa una máquina de limpiar el calzado, otra para fregar los platos, otra para lavar la ropa blanca, y demás. El porvenir es del calorífero común, que envíe el calor a cada cuarto de todo un barrio y evite encender fuego. Ya se practica esto en algunas ciudades americanas. Una gran casa central suministra agua caliente a todas las casas y pisos. El agua circula por los tubos, y puede regularse a voluntad la temperatura.

Si además se quiere tener fuego en una habitación determinada, puede encenderse el gas especial de calefacción enviado desde un depósito central.

La vela, el quinqué y hasta el mechero de gas han pasado ya. Hay ciudades enteras donde basta apretar un botón para que la luz se produzca, y en último caso, es cuestión de economía y de saber vivir el lujo de la lámpara eléctrica.

En fin, y también en América, se intenta ya formar sociedades para suprimir la casi totalidad del trabajo doméstico. Al efecto se crearían servicios caseros para cada manzana de casas. Un carro que iría a recoger a domicilio los cestos de calzado para embetunar, de vajilla para fregar, de ropa blanca para lavar, de menudencias para remendar, de alfombras, devolvería la labor encargada. Horas más tarde, aparecerían en vuestra mesa el café caliente y los huevos cocidos en su punto. Entre las doce y las dos de la tarde hay más de veinte millones de americanos y otros tantos ingleses comiendo todos ellos buey o cordero asado, cerdo cocido, patatas cocidas y verduras de la estación. Hay una cifra mínima de ocho millones de fuegos encendidos durante dos o tres horas para asar esa carne y cocer esas hortalizas; ocho millones de mujeres pasando el tiempo en preparar esa comida, que probablemente no consta de más de diez platos distintos.

«¡Cincuenta hornillos encendidos, cuando bastaría uno!», exclamaba cierta americana ha algún tiempo. Comed en familia en vuestra mesa; pero, ¿para qué esas cincuenta mujeres empleando la mañana en hacer algunas tazas de café y en condimentar aquel sencillito almuerzo? ¿Por qué esos cincuenta hornillos, cuando con uno solo y dos personas bastaría para cocer esos trozos de carne y esas hor-

talizas? Elegid vuestro asado de buey o de carnero; sazónad las verduras a vuestro gusto, si preferís tal o cual salsa, pero usad sólo una cocina.

Conceder la emancipación a la mujer no es abrirle las puertas de la Universidad, del foro y del Parlamento. La mujer manumitada descarga siempre en otra mujer el peso de los trabajos domésticos. Emancipar a la mujer es librarla del embrutecedor trabajo de la cocina y del lavadero: es constituirse de modo que pueda ella si quiere criar y educar a sus hijos, con tiempo de sobra para intervenir en la vida social.

LA LIBERTAD DEL COMUN ACUERDO

Por hereditarios prejuicios, por una educación y una instrucción falsas por completo, estamos acostumbrados a no ver más que gobierno, legislación y magistratura por todas partes y llegamos a creer que los hombres se destrozarían unos a otros como fieras el día en que el polizonte dejase de vigilarnos, y que si la autoridad desapareciera imperaría el caos. A pesar de ello, pasamos junto a mil agrupaciones humanas que se forman libremente, sin intervección alguna de la ley, y que consiguen ejecutar cosas infinitamente mejores que las efectuadas bajo la tutela de los Gobiernos.

Unos trescientos cincuenta millones de europeos se aprecian o se odian, trabajan o viven de sus rentas, disfrutan o padecen. Pero su existencia y sus actos, aparte de la literatura, del teatro y del *sport*, quedan ignorados por los periódicos si los Gobiernos no han intervenido de uno u otro modo.

En la Historia ocurre lo mismo. Conocemos al pormenor la vida de un rey o de un Parlamento; se han guardado todos los discursos, buenos y malos, pronunciados en los mentideros parlamentarios, «discursos que jamás han influido en el voto de un solo miembro», como aseguraba un antiguo diputado. Las visitas de los reyes, el buen o mal humor de los politicastos, sus juegos de palabras y sus intrigas,

toda esa balumba se ha conservado cuidadosamente para la posteridad. Ello no obstante, sólo con grandes fatigas puede reconstituirse la vida de una ciudad de la Edad Media, entender el mecanismo del inmenso comercio de cambio que se verificaba entre las ciudades anseáticas o averiguar cómo edificó su catedral la ciudad de Rouen. Si algún sabio pasó su vida estudiando, sus obras se ignoran; en cambio, las historias «parlamentarias», esto es, falsas, ya que sólo hablan de un aspecto de la vida de las sociedades, su multiplican, se compran y venden, se enseñan a los escolares.

Entretanto, ¡ni siquiera notamos la fecunda tarea que realiza diariamente la agrupación espontánea de los hombres, obra capital del siglo XIX!

Es de meridiana evidencia que en la sociedad presente, fundada en la propiedad individual, en la expoliación y en el individualismo, corto de alcances y por tanto estúpidos, las acciones de este género son necesariamente escasas; en la sociedad actual, el común acuerdo no es libre, y a menudo se dirige, si no a un fin execrable, mezquino por lo menos.

Lo que nos interesa no son ejemplos que seguir a ciegas y que tampoco hallaríamos en la sociedad actual. Lo que nos conviene es manifestar que, a pesar del individualismo autoritario que nos asfixia, existe siempre en el conjunto de nuestra vida una porción grande donde no se obra más que por libre acuerdo común, y que es mucho más fácil de lo que se piensa el prescindir de Gobiernos y gobernantes.

Europa posee una red ferroviaria de 280,000 kilómetros, y por esa red se circula hoy sin detenciones y hasta sin cambiar de vagón (cuando se viaja en tren expreso) de Norte a Sur, de Poniente a Levante, de Madrid a Petersburgo y de Calais a Constantinopla. Más aún: una mercancía facturada en una estación ferroviaria irá a poder del destinatario, así esté en Turquía o en el Asia central, sin más formalidad por parte del remitente que la de escribir en un pedazo de papel el punto de destino.

Podía llegarse a este resultado de dos maneras. Un Napoleón, un Bismarck, un potentado cualquiera, conquista Europa y desde París, Berlín o Roma traza en el mapa la dirección de las vías férreas y regula la marcha de los trenes. El idiota coronado Nicolás I pensó hacerlo así. Al presentarle unos proyectos de caminos de hierro entre Moscou y

Petersburgo, tomó una regla, trazó en el mapa de Rusia una línea recta entre sus dos capitales, y dijo: «He aquí el trazado». Y el camino se construyó en línea recta, terraplenando abismos y elevando puentes vertiginosos, línea que fué preciso abandonar al cabo de algunos años, pues costaba el quilómetro dos o tres millones de pesetas en promedio.

En otras partes se ha procedido de otro modo. Los ferrocarriles se han construido a trozos, enlazándolos luego entre sí, y más tarde, las cien diversas compañías explotadoras concertáronse para hacer concordar sus trenes a la llegada y a la salida y para hacer circular por sus carriles coches de todas procedencias, sin descargar las mercancías al pasar de una a otra red.

Esto se ha hecho de común acuerdo libre, por medio de cartas y proposiciones, de congresos adonde iban los delegados a discutir o a acordar sobre determinada cuestión especial. Concluidos los congresos, los delegados volvían a sus Compañías, no con una ley, sino con un proyecto de contrato para que se aprobase o rechazase.

La enorme red de ferrocarriles enlazados entre sí, y el tráfico grandioso que sirven, son, de seguro, el rasgo más notable de nuestro siglo, rasgo que se debe al libre acuerdo. Si cincuenta años atrás alguien lo hubiera previsto y predicho, nuestros abuelos le habrán considerado loco o necio, y hubiesen afirmado: «¡Nunca lograréis que se entiendan cien Compañías de accionistas! Eso es una utopía. Sólo podría imponerlo un Gobierno central con un director enérgico».

Sin embargo, lo más interesante de todo es que no existe ningún Gobierno central europeo de los ferrocarriles! ¡No hay ministro de los caminos de hierro, no hay dictador, ni siquiera un Parlamento continental, o una junta directiva! Todo se efectúa por contrato mutuo.

¿Cómo pueden prescindir de ese Gobierno y de ese ministro los ferrocarriles de Europa? ¿Cómo logran que viajen millones de pasajeros y montañas de mercancías por todo un continente? Si las Compañías propietarias de los caminos de hierro han podido concertarse, ¿por qué no se han de entender de modo análogo los trabajadores al incautarse de los ferrocarriles? Si la Compañía de Petersburgo a Varsovia

y la de París a Belfort obran de acuerdo sin el lujo de crear un gerente de ambas a un tiempo, ¿por qué en nuestras sociedades, formadas cada una por un grupo de trabajadores libres, necesitarían de un Gobierno para el conjunto de ellas?

II

Los citados ejemplos ofrecen un flaco, porque es imposible citar un solo organismo en el que no aparezca la explotación del débil por el fuerte, del pobre por el rico. De ahí que los *estadistas* no dejarán de argüirnos con su lógica especial: «¡Ya veis que se necesita la intervención del Estado para acabar esa explotación!»

Pero dando al traste con las lecciones de la Historia, no nos dirán el grado de intensidad con que el propio Estado ha coadyuvado a agravar tal situación, creando el proletariado y poniéndolo en manos de los explotadores. Y olvidarán también decirnos si es posible que cese la explotación mientras existan sus causas primeras que son el capital individual y la miseria, creada artificialmente en sus dos tercios por el Estado.

Respecto al perfecto acuerdo entre las Compañías ferroviarias, quizás nos digan: «¿No veis cómo las Compañías de ferrocarriles estrujan y maltratan a sus empleados y a los viajeros? ¡Preciso es que intervenga el Estado para proteger al público y a los obreros de las Compañías!»

Ya hemos repetido hasta la saciedad que mientras haya capitalistas existirán abusos de poder. El Estado, el pretendido protector es quien ha otorgado a las Compañías la hegemonía que usufructúan. ¿No ha dictado las concesiones y las garantías? ¿No ha enviado sus tropas contra los empleados de los caminos de hierro huelguistas? Y en los comienzos de esa industria (todavía se ve en Rusia), ¿no amplió el privilegio concedido hasta el extremo de prohibir a la Prensa la publicación de los siniestros ferroviarios para que no bajase la cotización de las acciones que él garantizaba? ¿No ha favorecido el monopolio que ha consagrado «reyes de la época» a los Vanderbilt, a los Polyakoff, a los directores del París-Lyon-Mediterráneo y a los del San Gotardo?

Si hemos citado como ejemplo el mutuo acuerdo entre las Compañías de ferrocarriles, no lo hemos hecho como el de un ideal de gobierno económico, ni ideal de organización técnica. Hemos querido demostrar que si capitalistas guiados por el propósito de aumentar sus rentas a costa de los demás pueden explotar las vías férreas sin fundar una oficina internacional, podrán efectuar lo mismo, hasta mejorándolo, sociedades de trabajadores, sin designar un ministerio de los caminos de hierro de Europa.

Se nos dirá también que el común acuerdo a que nos referimos no es enteramente *libre*: que las grandes Compañías esclavizan a las pequeñas. Citaríase, por ejemplo, tal rica Compañía que obliga a los viajeros de Berlín a Basilea a pasar por Colonia y Francfort, en vez de continuar por el camino de Leipzig; tal otra que somete las mercancías a rodeos de cientos y cientos de kilómetros en largos trayectos para favorecer a importantes accionistas; en fin, tal otra que arruina líneas secundarias. En los Estados Unidos, viajeros y mercancías se hallan a veces en el caso de recorrer inverosímiles trazados, para que afluayan los dólares al bolsillo de un Vanderbilt o un Morgan.

A esta objeción responderíamos lo dicho antes. En tanto que exista el capital, siempre podrá oprimir el grande al pequeño. Pero la opresión no la ejerce sólo el capital. Por el apoyo del Estado, por el monopolio que el Estado les concede, es por lo que ciertas grandes Compañías oprimen a sus inferiores.

Que la legislación inglesa ha tratado de arruinar la pequeña industria, reducir al campesino a la miseria y entregar a los grandes industriales masas de famélicos obligados a trabajar a bajo precio, esto lo ha demostrado Marx perfectamente. Lo mismo sucede con la legislación referente a los caminos de hierro. Líneas estratégicas, líneas subvencionadas, líneas monopolizadoras del correo internacional: todo se ha puesto en juego en favor de los grandes agiotistas. Si Rotschild—acreedor de todos los Estados de Europa—compromete su capital en un camino de hierro, sus fieles vasallos los ministros, se las arreglarán para que gane más de lo que se proponía.

La democracia que los autoritarios nos citan como ideal

—los Estados Unidos—son teatro del fraude más escandaloso en lo concerniente a ferrocarriles. Si tal o cual Compañía revienta a sus competidores con una tarifa muy baja, es porque se reembolsa de otro lado con los terrenos que le ha concedido el Estado mediante ciertas concesiones monetarias.

Allí también el Estado duplica, centuplica la fuerza del gran capital. Y cuando vemos a los Sindicatos de ferrocarriles, otro resultado del común acuerdo libre, lograr en ocasiones que se proteja a las pequeñas Compañías contra las grandes, hemos de asombrarnos de la fuerza intrínseca del convenio libre, a pesar de la omnipotencia del gran capital que el Estado apoya.

Lo demuestra que las pequeñas Compañías viven a pesar de la parcialidad del Estado; y si en Francia—país de centralización—sólo vemos cinco o seis grandes Compañías, en Inglaterra hay más de ciento diez, que se entienden bien y que con seguridad están mejor organizadas para el rápido transporte de mercancías y viajeros que los ferrocarriles alemanes y franceses.

Pero esta no es la cuestión precisamente. El gran capital, auxiliado por el Estado, puede siempre aplastar al pequeño, *si le conviene*. Lo que nos ocupa es esto: el común acuerdo entre los centenares de Compañías ferroviarias dueñas de los caminos de hierro de Europa, *se ha establecido directamente, sin la intervención de un Gobierno central* que imponga la ley a las distintas sociedades y se ha conservado por medio de congresos de delegados que discuten entre sí y someten a sus comitentes *proyectos* y no *leyes*. Este es un principio nuevo, distinto por completo del principio gubernamental, monárquico o republicano, absoluto o parlamentario. Es una innovación que tímidamente se introduce en las costumbres de Europa; pero que imperará en lo porvenir.

III

En los escritos de los socialistas de Estado se pregunta muchas veces: «¿Y quién se encargará en la sociedad futura de regularizar el tráfico en los canales? Si a uno de

vuestros *compañeros* anarquistas se le ocurriese atravesar su barca en un canal e impedir el tránsito a millares de barcas, ¿quién le obligaría a ceder?»

La suposición es un poco caprichosa y a ella se podría añadir: «Y si, por ejemplo, tal o cual Municipio o grupo voluntario intentara hacer pasar sus barcas antes que las otras, obstruyendo el paso del canal para acarrear tal vez piedras, mientras que el trigo destinado a otro Municipio no podría circular, ¿quién regularizaría, si no el Gobierno, el paso de las barcas?»

Los canales en Holanda son sus caminos. El tráfico que se hace por esos canales es intenso: Lo que se transporta entre nosotros por carretera o por ferrocarril, se transporta en Holanda por los canales. Allí es donde podría suceder el caso indicado. ¡Allí tendría que intervenir el Gobierno para regularizar el tráfico!

No ocurre nada de esto, sin embargo. Más prácticos, los holandeses, desde hace largo tiempo se arreglan de otra manera, creando *ghildas*, Sindicatos de barqueros, asociaciones libres, hijas de las necesidades mismas de la navegación. El paso de las barcas se hacía según cierto orden de inscripción, por turno, sin adelantarse, so pena de ser excluidas del Sindicato. Ninguna demoraba más de cierto número de días en los puertos de embarque, y si en ese tiempo no hallaba mercancías que transportar, salía de vacío y dejaba el puesto a las recién llegadas. Impedíase así la aglomeración, sin tocar la competencia entre los empresarios, consecuencia de la propiedad individual. Suprimid ésta, y el común acuerdo sería más equitativo y más cordial aún.

Desde luego, el propietario de cada barca podía adherirse o no al Sindicato: eso era asunto suyo; pero la mayor parte se afiliaba. Los Sindicatos ofrecen además tan grandes ventajas, que se han difundido por el Rhin, el Weser y el Oder, hasta Berlín. Los barqueros no han esperado a que Bismarck anexionara la Holanda a la Alemania y nombre un *Ober Haupt General Stats, Canal Navigations Rath* con un número de galones en relación a la longitud del título. Se han concertado internacionalmente. Más aún: gran número de barcos de vela que prestan servicio entre los puertos alemanes y los de Escandinavia y Rusia, se han

adherido a esos Sindicatos, para establecer cierta armonía en el servicio. Habiendo surgido libremente esas asociaciones y siendo voluntaria la adhesión a ellas, los Gobiernos carecen de intervención en ellas.

Es muy probable que también aquí el gran capital oprima al pequeño; quizás el Sindicato tienda a erigirse en monopolio, sobre todo con el patronato del Estado, que no dejará de actuar para ello. Pero no olvidemos que esos Sindicatos son una asociación cuyos miembros no tienen más que intereses personales; pero si cada armador, por la socialización de la producción, del consumo y del cambio hubiera de formar parte de otras cien asociaciones indispensables para satisfacer sus necesidades, otro sería el cantar. El grupo de los bateleros poderoso en el agua, sentiríase débil en tierra firme y moderaría sus pretensiones, para concertarse con los ferrocarriles, las manufacturas y demás asociaciones en actuación.

Y ya que hablamos de buques y barcas, citemos una de las mejores organizaciones de nuestro siglo, una de las que con más justos títulos pueden enorgullecernos: es la *Life-boat Associations*, Asociación inglesa de Salvamento de naufragos.

Todos los años naufragan más de mil buques en las costas de Inglaterra. En alta mar, un buen barco rara vez teme la tempestad. Junto a las costas están los peligros: mar agitado que rompe el codaste, rachas de viento que destrozan mástiles y velas, corrientes, arrecifes y bajíos donde encalla.

En otros tiempos los habitantes de las costas encendían fogatas para atraer los buques hacia los escollos y apoderarse de su cargamento, pero aun así, siempre se trató en lo posible de salvar a las tripulaciones. Al advertir a un buque en mal trance, dirigíanse en socorro de los naufragos, para hallar frecuentemente ellos mismos la muerte entre las olas.

Algo se ha hecho para disminuir el número de los siniestros. Los faros, las señales, los mapas, las advertencias meteorológicas, han reducido el número, pero aun así un millar de embarcaciones y muchos miles de vidas humanas corren cada año el peligro de perecer.

Algunos hombres de buena voluntad se dedicaron a la

obra del salvamento. Ellos mismos imaginaron un bote de salvamento que pudiese desafiar la tormenta, e iniciaron campañas para interesar al público en la empresa, encontrar el dinero necesario, construir barcos y situarlos en las costas, allí donde su servicio fuese rápido y útil.

No se dirigieron al Gobierno esas buenas gentes. Se dieron cuenta de que para realizar bien su empresa necesitaban el concurso, el entusiasmo de los marinos, su conocimiento de los lugares y su abnegación. Y para hallar hombres que a la primera señal se lancen de noche al abismo de las olas, hombres dispuestos a jugarse la vida para salvar la de los demás, es indispensable el sentimiento de solidaridad, el espíritu de sacrificio que no se compra con honores.

Hubo, pues, un movimiento espontáneo, producto del acuerdo libre y de la iniciativa individual. Centenares de grupos locales funcionaron a lo largo de las costas. Los iniciadores tuvieron el buen sentido de no erigirse en dómínes. Buscaron consejos en las chozas de los pescadores. Un lord envió veinticinco mil pesetas para construir un bote de salvamento a un pueblo de la costa; aceptóse el donativo, pero dejando a elección de los pescadores y marinos de aquella zona la designación del lugar desde donde actuaría el bote.

Los planos de las nuevas embarcaciones no se hicieron en el Almirantazgo. «Puesto que importa—leemos en el informe de la Asociación—que los salvadores tengan plena confianza en la embarcación que tripulen, la Junta se impone ante todo el deber de dar a los botes la forma y los pertrechos que puedan desear los salvadores mismos». De ahí que cada año se introduzca un nuevo perfeccionamiento.

¡Todo por la ayuda mutua y por el común acuerdo! ¡Qué anarquistas! Por eso no reclaman nada a los contribuyentes, y el año pasado recaudaron 1.076,000 pesetas de cuotas voluntarias.

La Asociación poseía en 1871 doscientos noventa y tres botes de salvamento. El mismo año salvó seiscientos un naufragos y treinta y tres buques. Desde su fundación ha salvado treinta y dos mil seiscientos setenta y un naufragos.

En 1886 perecieron tres botes de salvamento con todos sus hombres, y entonces se presentaron centenares de voluntarios a inscribirse, a constituirse en grupos locales, lo que dió por resultado la construcción de veinte botes suplementarios.

La Asociación envía cada año a los pescadores y marinos excelentes barómetros a un precio tres veces menor que su valor real, propaga los datos meteorológicos y tiene a los interesados al corriente de las variaciones bruscas del tiempo.

Insistimos en que las pequeñas juntas o grupos locales carecen de orden jerárquico, y se componen únicamente de voluntarios para el salvamento y de personas que fomentan la obra. La Junta central no interviene de ningún modo, siendo más bien un centro de correspondencia.

Cuando en el Municipio se trata de votar acerca de un asunto de educación o de impuesto local, dichas juntas no toman parte como tales en las deliberaciones—modestia que no imitan los municipales. — Pero, en cambio, esas gentes no admiten que quienes no han arrostrado nunca las tormentas les dicten fórmulas para el salvamento.

¿Qué habrías dicho si hace veinticinco años hubiérase proclamado?: «Tan capaz como es el Estado para que se mantengan veinte mil hombres en un día y se hieran otros cincuenta mil, es incapaz de prestar socorro a sus propias víctimas. Por consiguiente, mientras exista la guerra, es preciso que intervenga la iniciativa privada y que los hombres de voluntad se organicen internacionalmente para esa obra humanitaria».

¡Cómo os habrías burlado de quien se hubiera atrevido a emplear este lenguaje! En primer lugar, le habrías llamado utópico, y hasta quizás le habrías respondido: «Precisamente faltarán voluntarios allí donde más se deje sentir su necesidad. Vuestros hospitales libres estarán centralizados en sitio seguro, mientras se carecerá de lo indispensable en las ambulancias. Las rivalidades nacionales harán que los pobres soldados mueran sin socorro». ¡Quién de nosotros no ha oído perorar en ese sentido!

No obstante, se han organizado libremente sociedades de la Cruz Roja en cada país, en miles de localidades y al estallar la guerra de 1870-71 pusieron a la obra los vo-

luntarios. Hombres y mujeres ofrecieron sus servicios. Organizáronse a millares los hospitales y las ambulancias, circularon trenes con víveres, ropas y medicamentos para los heridos. Las comisiones inglesas mandaron convoyes enteros de alimentos, vestidos, herramientas, grano para sembrar, animales de tiro, ¡hasta harados de vapor para la labranza de los departamentos devastados por la guerra!

La obra de los voluntarios de la Cruz Roja ha sido superior a todo encomio. Sólo pedían como recompensa ocupar los puestos de más peligro. Y en tanto que los médicos asalariados por el Estado huían con su Estado Mayor al acercarse los prusianos, los voluntarios de la Cruz Roja trabajaban bajo las balas, aguantando las brutalidades de los oficiales bismarckistas y napoleónicos, prodigando iguales cuidados a los heridos de todas nacionalidades; holandeses e italianos, suecos y belgas, hasta japoneses y chinos, se entendían perfectamente y distribuían sus hospitales y ambulancias según las necesidades del momento. ¡Cuántos franceses hablan aún con profunda gratitud de los tiernos cuidados que recibieron en las ambulancias de la Cruz Roja!

Al fanático de la autoridad nada le importa esto. Su ideal es el médico del regimiento, el asalariado del Estado. ¡Perezca, pues, la Cruz Roja con sus hospitales higiénicos, si no son funcionarios los enfermeros!

Tenemos, pues, una organización nacida ayer y que cuenta ya sus miembros por centenas de millar; que posee ambulancias, hospitales, trenes, emplea procedimientos nuevos para tratar las heridas, y que se debe a la iniciativa de unos cuantos hombres de buena voluntad.

¿Se nos argüirá quizás que los Estados también suponen algo en esa organización? Sí; los Estados han intentado apoderarse de ella. Las juntas directivas las presiden esos a quienes los lacayyos llaman príncipes de sangre real. Emperadores y reinas otorgan su patronato a las juntas nacionales. Pero no se debe el triunfo de esa organización a ese patronazgo, sino a las mil juntas locales de cada nación, a la actividad de sus individuos, a la abnegación de todos los que quieren aliviar a las víctimas de la guerra. ¡Y si el Estado no se metiese absolutamente en nada, aún sería mucho mayor esa abnegación!

De todos modos, no fué por órdenes de ninguna junta directiva internacional por lo que ingleses y japoneses, suecos y chinos enviaron socorros a los heridos de 1871. Los hospitales se instalaban en el territorio invadido, y las ambulancias iban a los campos de batalla, no por mandato de ningún ministerio internacional, sino por iniciativa de los voluntarios de cada país. Ya en el teatro de la guerra, no anduvieron a la greña: todos se pusieron a la obra, sin distinción de países.

Si quisiéramos multiplicar los ejemplos sacados del arte de exterminar a los hombres, no acabaríamos nunca. Baste, pues, citar las sociedades innumerables a que sobre todo debe el ejército alemán su fuerza. Esas sociedades abundan en Alemania y su objetivo es popularizar los conocimientos militares. En uno de los últimos Congresos de la Alianza militar alemana (*Kriegerbund*) se reunieron delegados de dos mil cuatrocientas cincuenta y dos sociedades federadas entre sí, con ciento cincuenta y un mil setecientos doce miembros.

En las sociedades de tiro, de juegos militares, de juegos estratégicos, de estudios topográficos, están los talleres donde se elaboran los conocimientos técnicos del ejército alemán, y no en las escuelas regimentales. Es una red formidable de sociedades de todas clases, que engloban militares y paisanos, geógrafos y gimnastas, cazadores y técnicos; sociedades que espontáneamente se organizan, se federan y discuten. Estas asociaciones voluntarias y libres son las que dan al ejército alemán su verdadera fuerza.

Su fin es detestable: el sostenimiento del Imperio. Pero lo que nos conviene anotar es que el Estado, con su *grandísima* misión, que es la organización militar, ha advertido que su desenvolvimiento sería tanto mayor cuanto más se deje al libre acuerdo e iniciativa de los grupos e individuos.

Se acude hoy hasta en materia de guerra al libre acuerdo común, y para prueba a nuestro aserto baste mencionar los trescientos mil voluntarios ingleses, la Asociación nacional inglesa de Artillería y la sociedad que está organizándose para la defensa de las costas de Inglaterra, que si se constituye será mucho más activa que el ministerio de Marina.

El Estado abandona sus funciones sacrosantas a los particulares y va ya abdicando en todas partes. La organización libre le substituye. Pero todos los hechos que acabamos de citar, apenas permiten entrever lo que nos reserva en lo venidero, cuando ya no haya Estado, el común acuerdo libre.

REPAROS

I

No hemos de ocuparnos en contestar las objeciones hechas al comunismo autoritario: es más, levantamos acta de ellas. Demasiado han sufrido las naciones civilizadas en la lucha que había de terminar por la manumisión del individuo para renegar de su pasado y consentir un Gobierno que se impusiese hasta en los menores detalles de la vida del ciudadano, aunque ese Gobierno se preocupase sólo del bien de la comunidad. Si se llegase a constituir una sociedad comunista autoritaria; no duraría, y pronto el descontento general la obligaría a disolverse o a reorganizarse sobre principios liberales.

Trataremos, pues, de una sociedad comunista anarquista, de una sociedad, que acate la libertad plena y absoluta, de cada individuo, que no admita autoridad y no ejerza violencia para forzar al hombre al trabajo.

El primer reparo que a esto se opone es el siguiente: «Si cada cual tiene segura la existencia, y si la necesidad de ganar un salario no fuerza al hombre a trabajar, nadie trabajará, cada uno descargará en los otros los trabajos que no quiera realizar». Hagamos constar, ante todo, la increíble ligereza con que se formula esta objeción, sin atender a que en realidad la cuestión estriba en saber si por una parte se consiguen, en efecto, con el trabajo asalariado los resultados que se de desean, y si, por otra parte, el trabajo voluntario no es ya en la actualidad, muchísimo más productivo que el trabajo remunerado, cuestión que exigiría profundo estudio. Y al paso que en las ciencias exactas nadie falla sobre asuntos infinitamente menos graves y complicados sino después de serias investigaciones, ana-

lizando con esmero los hechos y sus relaciones, respecto del asunto de que se trata, se contentan con un hecho cualquiera, como el fracaso de una asociación de comunistas de América, para fallar sin apelación. Por esta razón no avanza el estudio de la base fundamental de toda la economía política: el estudio de las mejores condiciones para dar a la sociedad la mayor suma de productos con la menor pérdida de fuerzas humanas.

Es tanto más chocante esta ligereza cuanto que hasta en la economía política capitalista hay algunos escritores que por la fuerza de las cosas ponen en duda el axioma de los fundadores de su ciencia, axioma según el cual el hambre es el mejor estimulante del hombre para el trabajo productivo. Ya empiezan a notar que en la producción entra cierto elemento colectivo, muy descuidado hasta nuestros días, y que pudiera ser mucho más importante que la perspectiva de la ganancia individual. La calidad inferior de la labor asalariada, la enorme pérdida de fuerza humana en los trabajos de la agricultura y de la industria modernas, el número siempre en aumento de los gandules que hoy tratan de descargar su faena sobre los hombros de los demás, la carencia de cierto atractivo en la producción, que se revela más cada vez, todo esto preocupa ya hasta a los economistas de la escuela *clásica*. Algunos de ellos piensan ya si han equivocado el camino al razonar acerca de un ser imaginario, a quien se suponía movido sólo por el cebo de la ganancia o del salario. Esta herejía invade ya las Universidades y se aventura en los libros de ortodoxia economista. Pero ello no impide que un gran número de reformadores socialistas sigan siendo partidarios de la remuneración individual y defiendan la vetusta ciudadela del asalariamiento, cuando sus antiguos defensores la entregan ya piedra por piedra al enemigo.

Se sospecha, pues, que sin obligarla a ello, la masa no quiera trabajar. Pero ¿no hemos oído expresar esas mismas aprensiones por los esclavistas de los Estados Unidos antes de la manumisión de los negros, y por los señores rusos antes de la manumisión de los siervos? «Sin el látigo no trabajará el negro», decían los esclavistas. «Lejos de la vigilancia del amo, el siervo dejará incultos los campos», decían los boyardos rusos. Cantilena de los señores franceses

de 1789, cantilena de la Edad Media, cantilena tan vieja como el mundo, la oímos siempre que se trata de reparar una injusticia en la Humanidad.

Mas la realidad se encarga de desmentir esa cantilena. El campesino redimido en 1792 labraba con fiera energía jamás empleada por sus antecesores; el negro liberto trabajaba más que sus padres, y el labriego ruso, después de haber honrado la luna de miel de la manumisión, volvió con tanta más ansia cuanto más completa ha sido su libertad. Donde no le falta tierra, labra con encarnizamiento, y no exageramos.

A los propietarios de esclavos convendrá el estribillo esclavista. En cuanto a los esclavos mismos, saben lo que vale y su por qué.

Además, ¿quién sino los economistas afirman que si el asalariado realiza de cualquier manera su labor, en cambio el trabajo intenso y productivo es obra del hombre que aumenta su bienestar en proporción de sus esfuerzos? Todas las alabanzas entonadas en loor de la propiedad se reducen precisamente a este axioma. Porque—cosa rara—cuando, al celebrar los beneficios de la propiedad, nos enseñan los economistas como una tierra inculta, un pantano o un pedregal se cubren de ricas mieses con el sudor del campesino propietario, no demuestran mucho ni poco su tesis en pro de la propiedad. Al admitir que la única garantía para no ser despojado de los frutos del trabajo, es poseer el instrumento de trabajo—lo cual es cierto,—sólo demuestran que el hombre no produce sino cuando trabaja con libertad, cuando sus ocupaciones son en cierto modo electivas, cuando carece de vigilante que le moleste, y cuando ve que su trabajo le beneficia, igual que a otros como él, y no a un haragán cualquiera. Eso es todo lo que prueba su argumentación, y es lo que también nosotros sostenemos.

Respecto a la forma de posesión del instrumento de trabajo, sólo interviene indirectamente en su demostración para asegurar al cultivador que nadie le quitará el beneficio de sus mejoras ni de sus productos. Y para defender su tesis en pro de la *propiedad* contra otra forma de *posesión*, ¿no debieran probarnos los economistas que la tierra nunca da tan ricas mieses bajo la forma de posesión comunista que co-

mo cuando la posesión es individual? Nos demuestra, sin embargo, lo contrario.

Fijémonos en un Municipio del cantón de Vaud, cuando todos los hombres del pueblo van en invierno a cortar leña en el bosque comunal. Precisamente en esas fiestas del trabajo es donde se advierte más ardor en la tarea y mayor empleo de fuerza humana. Ningún trabajo asalariado, ningún esfuerzo de propietario ganarian en la comparación.

Ved una aldea rusa donde todos sus habitantes van a dallar un prado perteneciente al Municipio o arrendado por él; allí os daréis cuenta de lo que el hombre *puede* producir cuando trabaja en común para una obra común. Es otra fiesta del trabajo, en la cual cien personas juntas hacen en pocas horas lo que individualmente habría requerido algunos días de trabajo. ¡Qué triste contraste ofrece a su lado el trabajo del propietario personal!

A millares pudieran citarse los ejemplos entre los roturadores de América, en las aldeas de Suiza, Alemania, Rusia y cierta parte de Francia; los trabajos hechos por las cuadrillas de albañiles, carpinteros, barqueros, pescadores, etc., que emprenden una labor para distribuirse directamente los productos o la remuneración, sin sujetarse al contratista intermediario.

La satisfacción de las necesidades físicas, artísticas y morales, y la seguridad de esa satisfacción, fueron siempre el más poderoso estímulo para el trabajo. Y cuando el mercenario apenas produce lo preciso, el trabajador libre, que ve crecer para él y para los demás el bienestar y el lujo en relación con sus esfuerzos, emplea mucha más energía e inteligencia y consigue productos de primer orden y abundantes. El uno es víctima de la miseria, y el otro puede esperar el bienestar y sus goces en lo porvenir.

II

Quienes hallan ocasión propicia de descargar en otros la labor indispensable para la existencia se apresuran a hacerlo hoy, y que siempre sucederá así es lo que se considera corrientemente.

El trabajo indispensable para vivir es esencialmente manual. Por más artistas y sabios que seamos, ninguno puede

prescindir de los productos obtenidos por el trabajo de los brazos: pan, vestidos, caminos, barcos, luz, calor, etc. Más todavía, por artísticos o sutilmente metafísicos que sean nuestros goces, ni uno deja de fundarse en el trabajo manual. Y de esa labor, base de la vida, es de la que cada cual trata de librarse.

Así debe ser hoy, sin duda: porque ejecutar un trabajo manual representa, al presente, vivir diez o doce horas diarias en un taller malsano y estar diez, treinta años, toda la vida, sujeto a igual labor. Eso significa condenarse a un salario mezquino, padecer la incertidumbre del mañana, el paro forzoso, la miseria, y la muerte en un hospital, después de haber trabajado cuarenta años en alimentar, vestir, recrear e instruir a otros que nada nos importan.

Representa eso ostentar toda la vida a los ojos de los demás el estigma de la inferioridad y tener una conciencia de esa inferioridad. Porque digan lo que quieran los buenos señores, al trabajador manual se le considera siempre como inferior al trabajador del pensamiento, y el que ha permanecido diez horas en el taller carece de tiempo y de medios para suministrarse los altos goces de la ciencia y del arte y para prepararse a apreciarlos: ha de contentarse con las migajas que caen de la mesa de los poderosos.

Realmente, ¿qué interés ha de ofrecer ese trabajo embrutecedor para el obrero que prevé su suerte, que desde la cuna al sepulcro vivirá en la medianía, en la pobreza, en la inseguridad del mañana? Por eso, cuando se ve a la inmensa mayoría de los hombres reanudar cada mañana la triste labor sorprende su perseverancia, su adhesión al trabajo, la costumbre que como una máquina obediente al impulso dado, les hace tolerar esa vida de miseria sin esperanza de que algún día ellos, o sus hijos, integrarán la Humanidad rica con todos los tesoros de la libre Naturaleza, con todas las dulzuras del saber y de la creación científica y artística de que sólo algunos privilegiados gozan hoy.

Ya es hora de analizar seriamente esa leyenda de trabajo superior que se pretende conseguir con el látigo del salario.

Visitando, no la manufactura y la fábrica modelos que existen por excepción, sino los vulgares talleres, se comprende el inmenso despilfarro de fuerza humana que distingue

a la industria actual. Para una fábrica relativamente bien organizada, hay cien o más que derrochan el trabajo del hombre, sin otra causa que rendir diariamente diez céntimos más al patrono.

En un lado veréis jóvenes de veinte a veinticinco años todo el día en un banco, hundido el pecho, moviendo febrilmente el cuerpo para anudar con velocidad de prestidigitador los dos cabos de una hilacha de algodón. ¿Qué generación saldrá de esos cuerpos raquíticos? Pero... «¡ocupan tan poco sitio en la fábrica, y me producen cada uno media peseta diaria!», afirmará el patrono.

En una noche de cierzo encontraréis a la puerta de una casa rica, un niño dormido, descalzo, con su fajo de periódicos entre los brazos. El trabajo infantil vale tan poco que se emplea cada tarde al chico en vender por valor de una peseta de periódicos, con lo cual ganará el pobrecillo diez o quince céntimos. Ved, en fin, un hombre robusto que se pasea con los brazos caídos; sufre paro forzoso durante meses enteros, en tanto que su hija se agosta entre los vapores recalentados del taller de aprestar tejidos, y que su hijo llena tarros de betún o pasa horas enteras en la esquina de la calle a que un transeunte le emplee en un mandado.

El director de una fábrica bien organizada, os dirá cándorosamente que no es fácil hallar hoy un obrero hábil, vigoroso, enérgico, con empuje para la labor. «Si se presenta alguno de éstos entre los veinte o treinta que acuden cada lunes en demanda de trabajo, esté seguro de ser recibido, aunque estuviésemos resueltos a rebajar el número de brazos. Se le reconoce en seguida y se le acepta siempre, a reserva de despedir un operario viejo o menos activo». Y ese a quien se ha de despedir, como todos lo serán mañana, engruesan el inmenso ejército de reserva del capital, los obreros sin trabajo, al que sólo se recurre en las prisas o contra la resistencia de los hueguistas. Ese desecho de las fábricas ese trabajador mediano, se junta al formidable ejército de los obreros viejos o poco hábiles que circula de continuo en las fábricas secundarias, las que apenas cubren gastos y salen del paso con timos y añagazas.

El mismo trabajador os dirá que la regla general de los talleres es que el obrero jamás haga todo lo que es

capaz de ejecutar. ¡Desgraciado del que al entrar en una fábrica inglesa no practique este consejo que le dan sus compañeros. ¡De sobra saben los obreros que si en un rasgo de generosidad ceden a las instancias de un patrono y hacen intensivo el trabajo para concluir encargos apremiantes, ese trabajo se exigirá en lo sucesivo como regla en la escala de los salarios. De ahí que, en nueve fábricas de cada diez, no produzcan tanto como podrían. En algunas industrias se limita la producción, para mantener altos los precios, y entonces... «¡A mala paga, mal trabajo!»; esta es la consigna.

III

Cuantos han estudiado profundamente la cuestión, no niegan ninguna de las ventajas del comunismo, a condición de que sea anarquista. Reconocen que el trabajador pagado en dinero o *bonos* en las asociaciones obreras gobernadas por el Estado, conservaría el sello del asalariamiento y todos sus inconvenientes. Reconocen que no tardaría en quebrantarse el sistema entero, aun cuando la sociedad se posesionara de los instrumentos para producir. Admiten que, por la educación integral dada a todos los niños, por los hábitos laboriosos de las sociedades civilizadas, con la libertad de elegir y variar las ocupaciones y el atractivo del trabajo hecho por iguales para bien de todos, no se carecería en una sociedad comunista de productores que pronto triplicarían y decuplicarían la fecundidad del suelo y mejorarían la industria.

«Pero el mal—afirman nuestros contradictores—está en la minoría de perezosos que no querrán trabajar, o que lo harán sin regularidad ni constancia. La perspectiva del hambre fuerza hoy a los más refractarios a caminar al paso de los otros. Además, la remuneración según el trabajo, ¿no es el único régimen que consiente ejercer esa fuerza sin menoscabar los sentimientos del trabajador? Porque cualquier otro medio engendraría la intervención de una autoridad, que el hombre libre no toleraría.»

Este reparo figura en la categoría de los razonamientos, con los que se trata de justificar el Estado, la ley penal,

el juez y el carcelero. «Puesto que—dicen los autoritarios—hay gentes que no admiten las costumbres sociales, habrá de mantenerse el Estado, por costoso que sea, y la autoridad, el tribunal y la cárcel, aun cuando estas mismas instituciones sean fuente de nuevos males de todo género».

Podríamos ceñirnos a responder lo que tantas veces hemos repetido a propósito de la autoridad en general: «Para evitar un mal posible, recurrís a un mal más grande y origen de esos mismos abusos que queréis remediar. Porque no olvidéis que el asalariamiento—la imposibilidad de vivir de otro modo que vendiendo la fuerza de trabajo—es el que ha creado el sistema capitalista, cuyos vicios reconocéis ya».

Hariamos notar que este razonamiento sólo defiende lo que existe. El asalariamiento actual no se ha instituido para subsanar los inconvenientes del comunismo. Es diverso su origen, como el del Estado y el de la propiedad. Procede de la esclavitud y de la servidumbre impuestas por la fuerza, y es la modernización de aquéllas. Por esta razón semejante argumento no tiene más valor que los empleados para excusar el Estado y la propiedad.

¿No es cierto que si una sociedad basada en el principio del trabajo libre se viese amenazada por los holgazanes, podría ponerse en guardia contra ellos sin recurrir al asalariamiento o crear una organización autoritaria?

Si en un grupo de voluntarios unidos para una empresa cualquiera, todos extreme su celo, excepto uno de ellos, ¿se deberá por esto disolver el grupo, nombrar un presidente que imponga multas o repartir como en la academia, fichas de asistencia? Claro que no se hará ni lo uno ni lo otro, sino que un día se le dirá al camarada que amenaza estropear la empresa: «Amigo, nos gustaría que trabajases con nosotros, pero como descuidas tu tarea, debemos separarnos. ¡Vete en busca de otros compañeros que se conformen con tu gandulería».

En general, se quiere que el patrono omnisciente y sus vigilantes conserven la regularidad y la calidad del trabajo en la fábrica. En verdad, en una empresa, por poco complicada que sea, cuya mercancía pase por muchas manos antes de estar lista, la misma fábrica, el conjunto de los obreros, es el que vela por las buenas condiciones del trabajo. De ahí que las mejores fábricas británicas de la

industria privada sostengan pocos contra maestros, en promedio muchos menos que las fábricas francesas y muchos menos aun que las fábricas del Estado inglés.

Si una Compañía de ferrocarriles federada con otras Compañías no cumple sus compromisos, retrasa sus trenes y detiene las mercancías en sus estaciones, las otras compañías amenazan con rescindir los contratos, y generalmente basta la amenaza.

Generalmente se considera, o por lo menos se enseña, que el comercio no cumple sus compromisos sino por temor a los tribunales; no hay nada de eso. De diez veces nueve, el comerciante delinquir no comparecerá ante un juez. Donde el comercio es muy activo, como en Londres, el hecho de que un deudor haya obligado a litigar, es suficiente para que la mayoría de los comerciantes se abstengan en lo sucesivo de realizar negocios con quien les ha obligado a recurrir a un letrado.

Una asociación que estipulase con cada uno de sus miembros el contrato siguiente no tendría gandules:

«Estamos dispuestos a garantizarte el goce de nuestras casas, de nuestros almacenes, calles, medios de transporte, escuelas, museos, etc., a condición de que de veinticinco a cuarenta y cinco o cincuenta años de edad, dediques cuatro o cinco horas diarias a uno de los trabajos que se consideran necesarios para vivir. Elige tú mismo cuando quieras los grupos de que has de formar parte o constituye uno nuevo, con tal de que se produzca lo necesario. Y para el resto de tu tiempo, reúnete con quien quieras con la mira de cualquier recreo de arte, de ciencia a gusto tuyo.

«Mil doscientas o mil quinientas horas de trabajo anual, en uno de los grupos que producen el alimento, el vestido y la vivienda, o se emplean, en la salubridad pública, los transportes, etc., es cuanto te pedimos para garantizarte cuanto produzcan o han producido estos grupos. Pero si ninguno de los millares de grupos de nuestra federación quiere acogerte, cualquiera que sea el motivo, si eres incapaz de producir nada útil o te niegas a hacerlo, ¡vive como un aislado o como los enfermos! Si poseemos lo suficiente para no negarte lo preciso, con mucho gusto te lo daremos; eres hombre y tienes derecho a vivir. Puesto que quieres colocarte en condiciones especiales y salir de las filas, es

más que probable que en tus relaciones diarias con los otros ciudadanos te resientas de ello. Te mirarán como un aparecido de la sociedad burguesa, a menos que tus amigos, considerándote como un genio, se apresuren a libertarte de toda obligación moral para con la sociedad, haciendo por ti el trabajo necesario para tu existencia. Y, en fin, si eso no te agrada, vete por el mundo en busca de otras condiciones. O bien, busca partidarios y constituye con ellos otros grupos que se organicen con nuevos principios. Nosotros preferimos los nuestros».

IV

Los trabajadores dicen frecuentemente de los burgueses que son unos holgazanes. En efecto, hay muchos, pero aún constituyen la excepción. A la inversa, en cada empresa industrial se encuentra seguramente uno o varios burgueses que trabajan bastante. Ciertamente es que la mayoría de los burgueses utilizan su situación privilegiada para reservarse los trabajos menos penosos, y que trabajan en condiciones higiénicas de alimento, aire, etc., que les consienten la tarea sin exceso de fatiga. Esas son precisamente las condiciones que demandamos para todos los trabajadores. También ha de decirse, que gracias a su posición privilegiada, los ricos realizan frecuentemente un trabajo inútil y hasta nocivo para la sociedad. Emperadores, ministros, jefes de oficinas, directores de fábricas, comerciantes, banqueros, etc., se comprometen a efectuar durante algunas horas diarias un trabajo que hallan más o menos aburrido, pues todos preferirían sus horas de vagar a esa labor forzosa. Y si en el 90 por 100 de los casos esa labor es funesta, no la hallan por eso menos dura. Pero porque los burgueses aplican la mayor energía a hacer el mal consciente o inconscientemente y en defender su privilegiada posición, es por lo que han derrotado a la nobleza señorial y dominan a la masa del pueblo. Si fuesen gandules, ha tiempo que, como los aristócratas de raza, no existirían.

En una sociedad que pidiera cuatro o cinco horas diarias de trabajo útil, agradable e higiénico, llenarían perfectamente su tarea y no soportarían las horribles condiciones en

que mantienen hoy el trabajo. Si un Pasteur pasara cinco horas nada más en las alcantarillas, pronto hallaría el medio de sanearlas como su laboratorio bacteriológico.

De la gandulería de la mayoría de los trabajadores, sólo hablan los economistas y los filántropos. Un industrial inteligente os dirá que si a los trabajadores se les antojara holgar, no habría más remedio que cerrar todas las fábricas, pues nada podría remediar el mal. Véase si no el terror provocado entre los industriales ingleses el invierno último, cuando algunos agitadores predicaron la teoría del *co-canny*, «a mala paga, mal trabajo; hacer que hacemos, no echar el bofe y estropear todo lo que se pueda». «¡Desmoralizan al trabajador, quieren matar la industria!», vociferaban los mismos que antes tronaban contra la inmoralidad del obrero y la mala calidad de su trabajo. Pero, si el obrero fuese lo que pintan los economistas, el perezoso a quien hay que amenazar constantemente con despedirlo del taller, ¿que significaría la palabra *desmoralización*? De modo y manera que cuando se habla de haraganería, ha de entenderse que se trata de una ínfima minoría. Y antes de legislar contra esa minoría, ¿no es perentorio averiguar su origen?

El buen observador sabe muy bien que el niño reputado como perezoso en la escuela, es quizás aquel que entien-de mal lo que le enseñan mal. Mucho más frecuentemente aún, su caso proviene de anemia cerebral, nacida de la pobreza y de una educación nociva.

Se ha dicho que el polvo es la materia que no está en su sitio. Igual definición se aplica a los nueve décimos de los denominados perezosos. Esos son personas extra-aviadas en una senda reñida con su temperamento y su capacidad. Leyendo las biografías de los grandes hombres, choca el número de «perezosos que hay entre ellos». Perezosos en tanto que no hallaron su verdadero camino, y laboriosos tenaces después. Darwin, Stéphenson y muchos otros eran de esos perezosos. El perezoso por lo general es simplemente un hombre a quien repugna hacer toda su vida la décimaoctava parte de un alfiler o la centésima parte de un reloj, sobrándole una exuberancia de energía que quisiera emplear en otra cosa.

A veces, es un rebelde contra la idea de estar toda

su vida trabajando para proporcionar mil goces al patrono, sabiendo que es mucho menos estúpido que éste, y sin otra razón que la de haber nacido en un sotabanco en vez de haber venido al mundo en un lindo hotelito.

Por último, gran número de *perezosos* no saben el oficio en que han de ganarse la vida. Al ver la obra imperfecta que sale de sus manos, se esfuerzan en balde para mejorarla y comprendiendo que nunca lo conseguirán, por los malos hábitos de trabajo, toman odio a su oficio y hasta al trabajo general, por ignorancia de otro. Millares de obreros y de artistas se malogran así.

A la *pereza* se han achacado toda una serie de resultados procedentes de distintas causas, cada una de las cuales pudiera transformarse en una fuente de bienes en vez de ser un mal para la sociedad. En esto, como en la criminalidad y en todas las cuestiones relativas a las facultades humanas, se han agrupado hechos sin relación entre sí. Se dice pereza o crimen, sin molestarse en analizar sus causas. Se castigan con prisa, sin preguntarse siquiera si el castigo no significa una prima a la *pereza* o al *crimen*.

Por esta razón una sociedad libre, al observar que aumenta en su seno el número de holgazanes, trataría de investigar las causas de su pereza para intentar suprimirlas antes de emplear los castigos. Cuando se trata, según hemos indicado, de un simple caso de anemia, dad al niño sangre artes de rellenar de ciencia su cerebro; fortalecedle para que no pierda el tiempo, llevadle al campo y a orillas del mar. Allí educadle al aire libre y no en los libros; allí aprenderá las ciencias naturales cogiendo flores y pescando en el mar; la física, construyendo el bote en que irá de pesca. Pero no llenéis su cerebro de frases y de lenguas muertas. ¡No le convirtais en perezoso!

¿No os percatáis de que con vuestros métodos de enseñanza, dispuestos por un ministerio para ocho millones de escolares, que significan ocho millones de capacidades diferentes, no hacéis más que imponer un sistema imaginado por un promedio de medianías y bueno sólo para medianías? Vuestra escuela es una Universidad de pereza, como vuestra prisión es una Universidad del crimen. Haced libre la escuela, suprimid los grados universitarios, requerid a los vo-

luntarios de la enseñanza, principiad por ahí y no dictéis contra la pereza leyes que no harán sino regularla.

Conceded al trabajador que puede ceñirse a fabricar una mínima parte de un artículo cualquiera, que se ahoga junto a una máquina de taladrar, que acaba por aborrecer; concededle la probabilidad de cultivar la tierra, abatir árboles en el bosque, surcar el mar contra la tormenta, devorar el espacio en una locomotora. Pero no le convertáis en un perezoso forzándole toda la vida a vigilar una maquinilla de punzonar la cabeza de un tornillo o de agujerear el ojo de una aguja.

EL ASALARIADO COLECTIVISTA

I

Los colectivistas al planear la reconstrucción de la sociedad, incurren a nuestro juicio en dos errores. Hablan de suprimir el régimen capitalista y sin embargo querrían sostener dos instituciones que son base de ese régimen: el Gobierno representativo y el asalariado.

Respecto al Gobierno que se dice representativo, bastante hemos dicho. Es incomprensible para nosotros que hombres inteligentes—y no faltan en el partido colectivista—continúen siendo partidarios de los Parlamentos nacionales o municipales, después de todas las lecciones que la Historia nos ha dado sobre ese particular en Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza y Estados Unidos.

Si por todas partes húndese el régimen parlamentario y surge la crítica *de los principios mismos* del sistema, y no sólo de sus aplicaciones, ¿cómo, pues, socialistas revolucionarios defienden ese régimen, condenado a muerte?

Edificado por la burguesía frente a la realeza y para consagrar y aumentar al par su dominio sobre los trabajadores, el régimen parlamentario es la concreción exacta del régimen burgués. Los defensores de ese sistema nunca han sostenido abiertamente que un Parlamento o un Municipio represente a la nación o a la ciudad. Saben que eso es imposible. Con el régimen parlamentario, la burguesía ha querido oponer un dique a la realeza, sin proporcionar la li-

bertad al pueblo. Pero conforme el pueblo se percata de sus intereses y se multiplica la variedad de éstos, el sistema, funciona difícilmente. Por eso los demócratas de todos los países buscan en vano diferentes paliativos. Se ensaya el *referendum* y se ve que no sirve para nada; se habla también de otras utopías parlamentarias como la representación proporcional y la representación de las minorías.

En una palabra: buscan lo inhallable; pero ha habido que reconocer que se ha seguido un mal camino, y que la confianza en un Gobierno representativo desaparece.

Otro tanto sucede con el asalariado; porque después de abolir la propiedad privada y proclamar la posesión en común de los instrumentos de trabajo, ¿cómo puede reclamarse bajo una u otra forma que se conserve el asalariado? Y no obstante, eso es lo que hacen los colectivistas al recomendar los *bonos de trabajo*.

Se justifica que los socialistas ingleses de principios de este siglo inventaran los bonos de trabajo. Trataban sólo de poner de acuerdo el capital y el trabajo, rechazando toda idea de tocar con violencia la propiedad del capital.

También se comprende que más tarde hiciera suyo ese invento Proudhon. En su sistema mutualista quería hacer menos ofensivo el capital, a pesar del mantenimiento de la propiedad individual, que aborrecía en el fondo del alma, pero que conceptuaba necesaria como garantía contra el Estado y en favor del individuo.

No es de extrañar tampoco que economistas más o menos burgueses también pasen por los bonos de trabajo, ya que les importa poco que el trabajador cobre en bonos del trabajo o en monedas con el cuño de la República o del Imperio. Lo que se empeñan en salvar de la próxima catástrofe es la propiedad individual de las viviendas, del suelo y de las fábricas. Y los bonos de trabajo desempeñarían muy bien su papel para conservar esa propiedad.

Con que el bono de trabajo sea cambiable por joyas y carruajes, el propietario de casas lo aceptará gustoso en pago del alquiler. Y en tanto que la vivienda, el campo y la fábrica sean de propietarios individuales, siempre habrá que pagarles por trabajar en sus campos o en sus fábricas y habitar sus casas. Además, se habrá de pagar al trabajador

en oro, papel-moneda o bonos cambiables por toda clase de artículos útiles.

¿Cómo, pues, puede defenderse esta nueva forma del asalariado—el bono de trabajo—si convenimos en que la casa, el campo y la fábrica ya no son propiedad privada, sino del Municipio o de la nación?

II

Analicemos este sistema de remunerar el trabajo, sistema ensalzado por los colectivistas franceses, alemanes, italianos e ingleses.

En resumen se reduce a esto; todo el mundo trabaja en los campos, fábricas, escuelas, hospitales, etc.; la jornada de trabajo la regula el Estado, dueño de la tierra, de las fábricas, de las vías de comunicación, etc. Cada jornada de trabajo equivale a un *bono de trabajo* (que supongamos lleva impresas estas palabras: *ocho horas de trabajo*). Con el *bono* un obrero adquiere en los almacenes del Estado o de las diversas corporaciones toda clase de mercancías. El *bono* es divisible; de modo que se puede comprar una hora de carne, diez minutos de cerillas o media hora de tabaco. Después de la revolución colectivista, en lugar de decir veinte céntimos de jabón, se diría: cinco minutos de jabón.

La mayoría de los colectivistas, partidarios de la distinción fijada por los economistas burgueses (y por Marx) entre el trabajo *calificado* y el trabajo *simple*, afirman además que el trabajo *calificado* o profesional deberá pagarse cierto número de veces más que el trabajo *simple*. De modo que una hora de trabajo de médico será equivalente a dos o tres horas de trabajo de la enfermera o a tres horas del labriego. «El trabajo profesional o calificado será un múltiplo del trabajo simple—nos dice el colectivista Groenlund,—porque ese trabajo exige un aprendizaje de cierta duración».

Hay también colectivistas, como los marxistas franceses, que no hacen esa distinción. «Proclaman la igualdad de los salarios.» El doctor, el maestro de escuela y el profesor serán pagados (en bonos de trabajo) por igual tarifa que el labriego. Ocho horas de visita del hospital equivaldrán a ocho horas de trabajos de campo, de mina o de fábrica.

Todavía hacen algunos otra concesión: admiten que el trabajo desagradable o malsano se pague con sujeción a una tasa superior a la del trabajo agradable. «Una hora de servicio en la alcantarilla—proponen—valdrá como dos horas de trabajo del profesor». Añadamos que ciertos colectivistas se conforman con el pago en conjunto, por corporaciones. Así una corporación diría: Aquí hay cien toneladas de acero. Para elaborarlas hemos sido cien trabajadores, y hemos empleado diez días. Habiendo sido nuestra jornada de ocho horas, suman ocho mil horas de trabajo para cien toneladas de acero, o sean ocho horas la tonelada». Después de esto, el Estado les pagaría ocho mil bonos de trabajo de una hora cada uno, y esos ocho mil bonos se repartirían entre los miembros de la fábrica como tuvieran por conveniente.

Además, habiendo tardado cien mineros veinte días para extraer ocho mil toneladas de carbón, el carbón costaría dos horas la tonelada, y los diez y seis mil bonos de una hora cada uno, recibidos por la corporación de los mineros, se distribuirán entre ellos según su albedrío.

En el caso de que los mineros protestasen y afirmasen que la tonelada de acero no debe costar más que seis horas de trabajo en vez de ocho, o si el profesor intentara hacerse pagar su jornada doble que la enfermera, el Estado, como buen componedor, intervendría para arreglar las diferencias.

Esta es, resumida, la organización que los colectivistas proyectan sacar de la revolución social. Como se ve, sus principios son: propiedad colectiva de los instrumentos de trabajo y jornal según el tiempo empleado en producir, y la productividad de su trabajo. Respecto al régimen político, sería el parlamentario, modificado por el mandato imperativo y el *referendum*.

Vaya por delante nuestra afirmación de que este sistema nos parece en absoluto impracticable.

Empiezan los colectivistas por proclamar un principio revolucionario, la abolición de la propiedad privada, y lo niegan en seguida de proclamarlo conservando un derivado de la propiedad privada, que es la organización de la producción y del consumo.

Implantan un principio revolucionario e ignoran las consecuencias que inevitablemente traerá. Olvidan que el acto

mismo de abolir la propiedad individual de los instrumentos de trabajo ha de lanzar a la sociedad por vías completamente nuevas; que ha de trastornar toda la producción, lo mismo en su fin que en sus medios; que todas las relaciones cotidianas entre individuos han de variarse tan pronto como la tierra, la máquina y todo lo demás se consideren como posesión común.

Dicen: «No hay propiedad privada», y a seguida conservan la propiedad privada en sus manifestaciones normales. «Seréis una comunidad en cuanto a la producción; los campos, las herramientas, las máquinas, todo lo que se ha hecho hasta hoy, manufacturas, ferrocarriles, puertos, minas, todo es vuestro. No se hará distinción acerca de la parte que toca a cada uno en esa propiedad colectiva. Pero desde el día siguiente, discutiréis minuciosamente la parte que vais a tomar en la creación de nuevas máquinas, en la explotación de nuevas minas. Pesaréis con exactitud la parte que corresponda a cada uno en la nueva producción. Contaréis vuestros minutos de trabajo y vigilaréis para que un minuto de vuestro vecino no pueda comprar más productos que un minuto vuestro.

»Y como la hora no mide nada, ya que en cierta manufactura un trabajador vigila seis telares a la vez en tanto que en otra sólo vigila dos, pesaréis la fuerza muscular, la energía cerebral y la energía nerviosa que hayais gastado. Determinaréis estrictamente los años de aprendizaje para evaluar la parte de cada uno en la producción futura. Todo ello después de declarar que no contáis la participación que pueda haber tenido en la producción anterior.»

A esto hemos de decir que, para nosotros, es evidente que una sociedad no puede constituirse con sujeción a dos principios contradictorios. Y la nación o el Municipio que lo intentasen retrogradarían a la propiedad privada o habrían de convertirse inmediatamente en sociedad comunista.

III

Ciertos autores colectivistas quieren que se haga una distinción entre el trabajo *calificado* o profesional y el trabajo *simple*. Entienden que la hora de trabajo del ingeniero, del arquitecto o del médico debe valer dos o tres horas del

trabajo del herrero, del albañil o de la enfermera. Igual distinción hacen entre los oficios que exijan un aprendizaje más o menos largo y los simples jornaleros o peones.

Creemos que establecer esa diferencia es conservar todas las desigualdades de la sociedad presente, es trazar de antemano una línea divisoria entre los trabajadores y los que desean gobernarlos, es dividir la sociedad en dos clases bien definidas: la aristocracia del saber y la plebe de manos callosas; la una al servicio de la otra; la una trabajando con sus brazos para alimentar y vestir a los que utilizan el tiempo que les sobra para aprender a dominar a quienes les dan de comer.

Este procedimiento recoge además uno de los rasgos distintivos de la sociedad actual y lo sanciona en la revolución social; erige en principio un abuso que se condena hoy hasta en la vieja sociedad.

De memoria sabemos los reparos que se nos van a oponer. Nos hablarán del «socialismo científico». Nos citarán los economistas burgueses, incluso Marx, para probar que la escala de los salarios tiene su fundamento, y que «la fuerza de trabajo» del ingeniero ha costado más a la sociedad que la «fuerza de trabajo» del peón. Cierto, ¿no han tratado los economistas de demostrarnos que si al ingeniero se le remunera veinte veces más que al peón es porque los gastos *necesarios* para hacer un ingeniero son mayores que los precisos para hacer un peón? ¿Y no ha pretendido Marx que la misma diferencia es igualmente lógica entre distintas ramas del trabajo manual? Debía encluir así puesto que había aceptado la doctrina de Ricardo respecto del valor y afirmado que los productos se cambian en proporción de la cantidad de trabajo socialmente necesario para su producción. También estamos al cabo de la calle acerca de este asunto. Sabemos que si al ingeniero, al sabio y al doctor se les remunera hoy diez o cien veces más que al labriego y diez veces más que a la obrera de una fábrica de cerillas, no es por sus «gasto de producción», sino por un monopolio de educación o por el monopolio de la industria. El ingeniero, el sabio y el doctor explotan un capital—su título—como el burgués explota una fábrica o el noble sus pergaminos.

Respecto al patrono que remunera al ingeniero veinte ve-

ces más que al obrero, lo hace en virtud de este fácil cálculo: si el ingeniero puede economizarle cien mil pesetas al año en la producción, le paga veinte mil pesetas. Si un contraamaestre, hábil en hacer sudar a los obreros, le economiza diez mil pesetas en la mano de obra, le dan dos o tres mil pesetas anuales. Cede un millar de pesetas allí donde cuenta ganar diez; esta es la esencia del régimen capitalista. Igual pasa con los distingos entre los diferentes oficios manuales.

Y no se nos hable de «gastos de producción que cuesta la fuerza de trabajo», y que un estudiante que ha pasado su juventud alegremente en la Universidad tiene *derecho* a un salario diez veces mayor que el hijo del minero que se ha consumido en la mina desde la edad de once años, o que un tejedor tiene *derecho* a un salario tres o cuatro veces mayor que el labriego. Los gastos necesarios para producir un tejedor no son cuatro veces más considerables que los gastos necesarios para producir un labriego. El tejedor se aprovecha de las ventajas en que se halla la industria en Europa con relación a los países que carecen de aquélla.

Esos *gastos de producción* jamás se han calculado. Y si un holgazán cuesta más a la sociedad que un obrero, falta averiguar si contándolo todo—mortalidad de los niños obreros, anemia que los destruye y muertes prematuras—no cuesta más a la sociedad que un artesano un robusto jornalero.

¿Acaso el salario de peseta y media que se paga a la obrera parisiense, los treinta céntimos de la campesina de Auvernia, que se queda ciega haciendo encajes, o las dos pesetas diarias del campesino encarnan sus *gastos de producción*? A menudo se trabaja por menos de eso; pero sabemos también que se hace exclusivamente porque, gracias a nuestra magnífica organización, hay que morir de hambre sin esos salarios irritantes.

Se afirmará que la escala colectivista de los salarios sería un avance. Más valdrá que ciertos obreros cobrasen una suma dos o tres veces mayor que la de la generalidad, que ver a los ministros embolsarse en un día lo que el trabajador no logra ganar en un año. Siempre sería eso un paso hacia la igualdad.

En nuestra opinión ese paso representaría un progreso

al revés. Aceptar la distinción entre el trabajo simple y el trabajo profesional, conduciría a sancionar por la revolución y erigir en principio un hecho brutal que sufrimos hoy, hallándolo injusto. Sería imitar a los que en 4 de agosto de 1789 proclamaban con frases relumbrantes la abolición de los derechos feudales, pero el día 3 de agosto sancionaban esos mismos derechos imponiendo a los labriegos foros para entregárselos a los señores, a quienes ponían bajo la salvaguardia de la Revolución. Sería imitar al Gobierno ruso, al proclamar, cuando la emancipación de los siervos, que la tierra fuera en lo sucesivo de los señores, en tanto que antes era un abuso el disponer de tierras de los siervos.

Cuando la Commune de 1871 acordó pagar a los miembros de su Consejo quince pesetas diarias, en tanto que los federados que defendían las murallas sólo cobraban peseta y media, el acuerdo fué aplaudido como un acto de alta democracia igualitaria. Con ello lo que en verdad hizo la Commune fué ratificar la vieja desigualdad entre el funcionario y el soldado, el Gobierno y el gobernado. En una Cámara oportunista, tal decisión hubiera podido parecer admirable; pero la Commune faltaba así a su principio revolucionario y lo desacataba por ende.

Ahora, cuando vemos a un ministro cobrar cien mil pesetas al año, mientras que el trabajador ha de contentarse con mil o menos: cuando vemos al contramaestre remunerado dos o tres veces más que el obrero, y que entre los mismos obreros existen gradaciones, desde diez pesetas diarias hasta los treinta céntimos de la campesina, reprobamos el salario del ministro, pero también condenamos la diferencia entre las diez pesetas del obrero y los treinta céntimos de la pobre mujer, y exclamamos: «¡Abajo los privilegios de la educación y los del nacimiento!» Porque esos privilegios nos sublevan, somos anarquistas. De ahí que, comprendiendo ciertos colectivistas la imposibilidad de conservar la escala de los salarios en una sociedad movida por el soplo de la revolución, proclaman ya que los salarios serán iguales. Pero se estrellan contra nuevas dificultades, y su igualdad de los salarios es como la escala de los otros colectivistas, una utopía tan irrealizable.

La sociedad que se apodere de toda la riqueza social

y proclame que *todos* tienen derecho a ella—cualquiera que sea la participación que en crearla hayan tenido,—habrá de abandonar toda idea de asalariado, sea en moneda, sea en bonos de trabajo, o en cualquier otra forma que adopte.

IV

Los colectivistas dicen: «A cada uno según sus obras», esto es, según su parte de servicios a la sociedad. ¡Y este principio se recomienda para llevarlo a la práctica cuando la revolución se haya posesionado de los instrumentos de trabajo y todo lo preciso para la producción!

Si la revolución social proclamase desgraciadamente tal principio, imposibilitaría el desarrollo de la Humanidad; abandonaría sin resolverlo, el inmenso problema social que nos han legado los siglos pasados.

En una sociedad como la nuestra, donde a quien más trabaja menos se le retribuye, ese principio parecerá de momento una aspiración de justicia. Pero en el fondo, es sólo la consagración de las injusticias del pasado. Por ese principio comenzó el asalariado para ir a parar a las odiosas desigualdades y abominaciones del presente. Desde el día en que se evaluaron en moneda o en cualquier otra especie de salario los servicios prestados; desde el día en que se dijo que cada uno poseería lo que consiguiese por sus obras, estaba encerrada en germen en este principio, toda la historia de la sociedad capitalista que el Estado apoya.

Sean trabajos en los campos o en las fábricas, sean morales los servicios prestados a la sociedad, *no pueden* valorarse en unidades monetarias, no existe medida exacta del valor de lo que impropriamente se ha llamado valor de cambio, ni del valor de la utilidad, con respecto a la producción. Si dos individuos trabajan uno y otro durante años cinco horas diarias, en provecho de la comunidad y en diferentes trabajos que les agraden lo mismo, podemos afirmar en resumen que sus trabajos son casi equivalentes. Pero no puede dividirse el trabajo y enunciar que el producto de cada jornada, hora o minuto de trabajo del uno vale por el producto de cada minuto y hora de otro hombre.

A ojo de buen cubero, puede decirse que el hombre que durante su vida se ha privado de descanso diez horas

diarias, ha entregado a la sociedad mucho más que quien sólo se ha privado de descanso cinco horas diarias o de ninguna. Pero no se ha de considerar lo que ha hecho durante dos horas y manifestar que ese producto vale dos veces más que el producto de una hora de trabajo de otro individuo y pagarlo en relación.

Entremos en una mina de carbón. Ved aquel hombre junto a la máquina que hace subir y bajar la jaula. Tiene en la mano la palanca que detiene e invierte la marcha de la máquina; la baja, y la jaula retrocede en su camino, lanzándola arriba o abajo con una velocidad vertiginosa. Sigue con la vista en la pared un indicador que le muestra el lugar del pozo en que se encuentra la jaula a cada instante de su marcha; y en cuanto el indicador llega a cierto nivel, detiene de pronto el impulso de la jaula, ni un metro más arriba o más abajo de lo preciso. Y apenas han descargado los recipientes llenos de carbón y colocado los vacíos, invierte la palanca y envía de nuevo la jaula al espacio. Su atención se emplea así durante ocho o diez horas seguidas. Si se distrae un momento, la jaula se estrellará y romperá las ruedas, destrozará el cable, aplastará a los hombres y paralizará todo el trabajo de la mina. Que pierda tres segundos por cada golpe de palanca, y la extracción se reducirá en veinte o cincuenta toneladas cotidianamente.

¿Quién presta el mayor servicio en la mina? ¿El mozo que da desde abajo la señal de que suba el ascensor? ¿El minero que a cada instante expone la vida en el fondo del pozo y que un día quedará muerto por el *grisú*? ¿El ingeniero que por un error de suma en sus cálculos perdiese el filón e hiciese arrancar piedra? ¿El propietario que ha comprometido todo su dinero y que quizás ha dicho, contra todas las previsiones: «Cavad aquí, encontraréis excelente carbón»?

Cuantos trabajan interesados en la mina coadyuvan en la medida de sus fuerzas, de su energía, de su saber, de su inteligencia y de su habilidad, a la extracción del carbón. Todos tienen derecho a *vivir*, a llenar sus necesidades y hasta sus antojos después de asegurar para todos lo preciso. Pero, ¿cómo evaluar sus *obras*?

Y, esto aparte, ¿es obra *suya* el carbón que extraen? ¿No lo es también de quienes han construido el ferrocarril que

conduce a la mina y los caminos que irradian de todas sus estaciones? ¿No lo es también de los que han labrado y sembrado los campos, extraído el hierro, cortado la madera en el bosque, fabricado las máquinas donde se quemará el carbón, etc.?

No cabe distinguir entre las obras de cada uno. Medirlas por el resultado, conduce al absurdo; fraccionarlas y medirlas por las horas de trabajo, conduce al absurdo igualmente. Sólo queda una cosa: poner las *necesidades* por encima de las *obras* y reconocer el derecho a la vida en primer lugar, al bienestar después, para todos los que contribuyan a la producción.

Ved cualquiera otra rama de la actividad humana, ved el conjunto de las manifestaciones de la vida. ¿Quién puede reclamar una retribución más cuantiosa por sus obras? ¿El médico que ha diagnosticado la enfermedad, o la enfermera que asegura la curación con sus cuidados?

¿Es el inventor de la primera máquina de vapor, o el chico que, fatigado un día de tirar de la cuerda que entonces se usaba para hacer entrar el vapor bajo el pistón, amarró la cuerda a la palanca de la máquina y se fué a jugar, sin pensar que había inventado la válvula automática, el mecanismo esencial de toda máquina moderna?

¿Es el inventor de la locomotora, o el obrero de Newclastle que ideó reemplazar por traviesas de madera las piedras que antiguamente se ponían debajo de los carriles y que hacían descarrilar los trenes por carencia de elasticidad? ¿Es el maquinista de la locomotora? ¿El hombre que con señales detiene los trenes? ¿El guardaaguja que les da paso a las vías?

¿A quién atribuir el cable trasatlántico? ¿Al ingeniero que afirmaba que el cable transmitía los despachos, al paso que los sabios electricistas lo creían imposible? ¿Al sabio Maury, que aconsejó abandonar los cables gruesos por otros tan delgados como una caña? ¿O a esos hombres que pasaban noche y día sobre cubierta inspeccionando minuciosamente cada metro de cable para arrancar los clavos que los accionistas de las Compañías marítimas hacían colocar en la capa aisladora del cable para inutilizar éste?

«¡Las obras de cada uno!» Las sociedades humanas no

pasarían dos generaciones, desaparecerían dentro de cincuenta años si cada uno no contribuyese con más de lo que se le paga en moneda en *bonos* o en recompensas honoríficas. Se extinguiría la raza si la madre no invirtiese su vida en conservar la de sus hijos, si el hombre no diese algo sin interés, sobre todo donde no espera recompensa alguna.

Si efectivamente decae la sociedad burguesa, si nos hallamos hoy en un callejón sin salida del que no saldremos sin acometer a fuego y hierro las viejas instituciones, es precisamente por sobra de cálculos, por habernos dejado conducir a no *dar* sino para *recibir*; es por haber querido hacer de la sociedad una Compañía comercial basada en el *debe* y *haber*.

Lo saben los colectivistas. Conciben vagamente que no podría existir sociedad ninguna si se aplicase rigurosamente el principio de «a cada uno según sus obras». Conciben que las *necesidades* del individuo no siempre responden a sus *obras*. Por eso nos dice de Paepe:

«Este principio—eminentemente individualista—se *atemperaría* por la intervención social para la educación de los niños y jóvenes (incluso la manutención), y por la organización social de la existencia de los achacosos y enfermos, del retiro para los trabajadores ancianos, etc.»

Conciben que el hombre de cuarenta años y con tres hijos siente otras necesidades que el joven de veinte años. Conciben que la mujer que amamanta a su criatura no puede hacer tantas *obras* como el hombre que ha dormido tranquilamente. Conciben que el hombre y la mujer, consumidos quizás a fuerza de haber trabajado por la sociedad, se sientan incapaces de realizar tantas *obras* como los que invirtieron sus horas en divertirse y embolsar sus *bonos* en situaciones privilegiadas.

Y *atemperan* su principio declarando: «¡Sí; la sociedad criará y educará a sus hijos! ¡Sí; asistirá a los viejos e inválidos! ¡Sí; las *necesidades* serán la norma de los gastos que la sociedad se impondrá para atemperar el principio de las *obras*!»

Así es que, luego de haber negado el comunismo y burldose a sus anchas de la fórmula: «A cada uno según sus necesidades», resulta que a los grandes economistas se

les han olvidado las necesidades de los productores. Y las reconocen. Sólo que al Estado le incumbirá apreciarlas y comprobar si las necesidades y las obras están proporcionadas.

Esto quiere decir que el Estado dará limosna. De ahí a la ley de pobres y al *wor-khouse* inglés sólo hay un paso, porque esta sociedad madrastra, contra la cual nos sublevamos, *atemperando* su principio de individualismo, ha hecho concesiones en sentido comunista y hasta en la forma de caridad, pues distribuye comidas de a perra chica para evitar el saqueo de sus tiendas. También construye hospitales para precaver los estragos de las enfermedades contagiosas. También, después de no pagar las horas de trabajo, recoge los hijos de aquellos a quienes ha reducido a la última de las miserias. También, por la caridad, tiene en cuenta las necesidades.

Hemos afirmado ya que la miseria fué la causa inicial de las riquezas, quien creó al primer capitalista; porque antes de acumular el «exceso de valor», era necesario que existieran miserables que consintieran en vender su fuerza de trabajo para no perecer de hambre. La miseria ha producido los ricos. Y si los avances fueron rápidos en el curso de la Edad Media, débese a que las invasiones y las guerras que siguieron a la creación de los Estados y al enriquecimiento por la explotación en Oriente, desataron los lazos que unían en otros tiempos a las comunidades agrícolas y urbanas y las llevaron a proclamar, en vez de su antigua solidaridad, el principio del asalariado, que los explotadores hallan tan de su gusto.

Y ese principio ¿había de salir de la revolución, y atreverse a llamarla con ese nombre tan grato a los hambrientos a los que sufren, a los oprimidos, el nombre de «revolución social?»

No pasará semejante cosa, porque el día en que las caducas instituciones caigan bajo el hacha de los proletarios, se oirán voces que griten: «¡Pan, casa y bienestar para todos!»

Y esas voces serán oídas. El pueblo dirá: «Empecemos por satisfacer la sed de vida, de alegría, de libertad, que nunca hemos apagado. Y cuándo todos hayamos probado esa dicha, demoleremos los últimos vestigios del régimen

burgués, de su moral sacada de los libros de contabilidad, de su filosofía del «debe y haber», de sus instituciones de lo tuyo y de lo mío. «Demoliendo, edificaremos», como decía Proudhon; edificaremos en nombre del comunismo y de la acracia.

CONSUMO PRIMERO Y PRODUCCION DESPUES

I

Estudiando la sociedad y su organización política desde un punto de vista muy distinto al de las escuelas autoritarias, ya que partimos del individuo libre para llegar a una sociedad libre, en lugar de comenzar por el Estado para bajar hasta el individuo, continuamos el mismo método respecto a las cuestiones económicas. Observamos las necesidades del individuo y sus recursos para satisfacerlas, antes de discutir la producción, el cambio, el impuesto el Gobierno, etc.

Toda obra de un economista, empieza por la *producción*, el análisis de los medios utilizados hoy para crear la riqueza, la división del trabajo, la manufactura, la obra de la máquina, la acumulación del capital. Desde Adam Smith hasta Marx, han seguido todos el mismo plan. En la segunda o tercera parte de su obra es cuando tratan del *consumo*, esto es, de la satisfacción de las necesidades del individuo, y se limitan a explicar cómo se repartirán las riquezas entre los que se disputan el poseerlas.

Quizás sea esto lógico: antes de satisfacer necesidades hay que crear lo que pueda satisfacerlas, que es preciso *producir* para *consumir*. Sin embargo, antes de producir ¿no hay que sentir su *necesidad*? ¿No es la necesidad la que desde el principio impulsó al hombre a cazar, a criar ganado, a cultivar el suelo, a hacer utensilios, y más tarde aún a inventar y hacer máquinas? ¿No es también el estudio de las necesidades lo que debiera regir a la producción? Tan lógico sería, pues, comenzar por ahí para ver luego cómo hay que atender a esas necesidades por medio de la producción. Mas al considerarla desde

este punto de vista, la economía política cambia de aspecto por completo. Deja de ser una simple descripción de hechos y se transforma en *ciencia*, con el mismo título que la fisiología. Se la puede definir: *el estudio de las necesidades de la Humanidad y de los medios de satisfacerlas con la menor pérdida posible de fuerzas humanas*. Su exacto nombre sería *fisiología de la sociedad*. Es una ciencia paralela a la fisiología de las plantas o de los animales, y el estudio de las necesidades de la planta o del animal y de los medios más ventajosos de llenarlas. En la serie de las ciencias sociológicas, la economía de las sociedades humanas ocupa el puesto que en la serie de las ciencias biológicas tiene la fisiología de los seres organizados.

Decimos nosotros: «He aquí seres humanos que forman sociedad. Todos sienten la necesidad de vivir en casas higiénicas; exigen un abrigo sólido y más o menos cómodo. Se trata de averiguar si, dada la productividad del trabajo humano, podrá tener cada uno su casa, y qué se opone a ello.»

Deducimos en seguida que cada familia en Europa podría poseer una casa con comodidades, como las que se edifican en Inglaterra o en Bélgica o en la ciudad de Pulman, o bien un piso por familia.

Sin embargo, los nueve décimos de los europeos nunca han tenido una casa saludable, porque en todo tiempo el hombre del pueblo ha debido trabajar al día para atender las necesidades de los gobernantes, y jamás ha disfrutado de la holgura de tiempo y de dinero precisa para edificar o hacer edificar su casa. Y no tendrá casa y vivirá en una zahurda, mientras no cambien las condiciones actuales.

Se ve, pues, que procedemos al revés que los economistas, con sus pretendidas *leyes* de la producción, y que sacando la cuenta de las casas que se *edifican* cada año, prueban que no bastando las casas nuevamente edificadas para atender toda la demanda, los nueve décimos de los europeos *deben* habitar en zaquizamies.

En cuanto al alimento, luego de enumerar los beneficios de la división del trabajo, pretenden los economistas que esa división requiere que unos se dediquen a la agricultura y otros a la industria manufacturera. Los agricultores pro-

ducen tanto, las manufacturas cuánto, el cambio se hace de tal manera; analizan la venta, el beneficio, el producto líquido o sobrevalor, el salario, el impuesto, la Banca y demás.

Mas después de haberlos seguido en sus elucubraciones, no estamos más adelantados; y si les preguntamos: «¿Cómo es que tantos millones de seres humanos carecen de pan, cuando cada familia podría producir trigo para alimentar a diez, veinte y hasta cien personas anualmente?», nos responden con el mismo estribillo: «División del trabajo, salario, sobrevalor, capital», etc., sacando por consecuencia que la producción no basta a satisfacer todas las necesidades. consecuencia que, aun siendo cierta, no contesta la pregunta: «¿Puede o no puede, trabajando, producir el pan que necesita? Y si no puede, ¿cuál es el obstáculo?»

A trescientos cincuenta millones de europeos les hace falta anualmente tanto de pan, tanto de carne, vino, leche, huevos y manteca; necesitan tantas casas, tantas ropas; es el minimum de sus necesidades. ¿Pueden producir todo eso? Si pueden, ¿les sobrará espacio para proporcionarse lujo, objetos de arte, de ciencia y de recreo, en fin, todo lo que no es estrictamente preciso? Si la respuesta es afirmativa, ¿qué les impide ir adelante? ¿Qué debe hacerse para quitar los obstáculos? ¿Se necesita tiempo? ¡Que se lo tomen! Pero no olvidemos el objetivo de toda producción, que es la satisfacción de las necesidades. Si las necesidades más imperiosas del hombre no se satisfacen, ¿qué deberá hacerse para aumentar la productividad del trabajo? ¿Existen otras causas? ¿Será alguna de ellas que habiendo perdido de vista la producción, las *necesidades* del hombre, ha seguido una dirección equivocada y es vicioso su funcionamiento? Y si así lo comprobamos, en efecto, indaguemos el medio de reorganizar la producción de manera que cubra en realidad las necesidades todas.

Cuando la ciencia de la fisiología social se ocupe de la producción actual en las naciones civilizadas, en el Municipio indostánico o entre los salvajes, podrán explicarse los hechos como no lo hacen los economistas de hoy, como un simple capítulo *descriptivo*, parecido a los capítulos descriptivos de la zoología o de la botánica. Si ese capítulo se hiciese desde el punto de vista de la economía

de las fuerzas, en la satisfacción de las necesidades, probaría hasta la evidencia el despilfarro de las fuerzas humanas en el sistema actual, y concluiría con nosotros que en tanto dure, no se satisfarán las necesidades que la Humanidad siente.

El punto de vista quedaría cambiado por completo. Detrás del telar que teje el lienzo, tras de la máquina que horada las placas de acero y tras del arca de caudales donde se esconden los dividendos, aparecería el hombre, el factor de la producción, excluido casi siempre del banquete que ha preparado para otros. Veríase también que las pretendidas leyes del valor, del cambio, etcétera, son sólo la expresión, falsísima, por ser falso el punto de partida de ella, de hechos tales como ocurren ahora, pero que podrían suceder y sucederán de manera distinta cuando la producción se organice de modo que satisfaga todas las necesidades sociales.

II

Una palabra que estamos oyendo siempre es esta: *Sobreproducción*. Ni un solo economista, académico o candidato, ha dejado de sostener tesis probando que las crisis económicas resultan del exceso de producción; que en cierto momento se producen más telas de algodón, paños, relojes de los necesarios. ¿No se ha acusado de *rapacidad* a los capitalistas que se empeñan en producir más del posible consumo?

Tal razonamiento exhibe su falsedad en cuanto se ahonda en el asunto. En efecto, citad una mercancía entre las de uso universal, de la cual se produzca más de lo preciso. Ved uno por uno todos los artículos expedidos por los países de gran exportación, y advertiréis que casi todos se producen en cantidades *insuficientes* hasta para los habitantes del país exportador.

El campesino ruso no es el sobrante de trigo lo que envía a Europa. Las mayores cosechas de trigo y de centeno en la Rusia europea proporcionan lo *preciso* para la población. Y generalmente el campesino se priva de lo necesario cuando para poder pagar el impuesto y la renta vende su trigo o su centeno.

Lo que Inglaterra envía a todos los ámbitos del globo no es un sobrante de carbón, puesto que no le quedan más que setecientos cincuenta quilos por año y habitante para el consumo doméstico interior, y puesto que millones de ingleses se quedan sin fuego en invierno o no gastan el preciso para hervir un poco de hortaliza. En realidad y sin contar los artículos de lujo, no hay en el país, de mayor exportación, Inglaterra, más que una mercancía de uso general, los tejidos de algodón, cuya producción supera *acaso* a las necesidades. Y no obstante, al pensar en los harapos que substituyen a la ropa blanca exterior en más de la tercera parte de los habitantes del Reino Unido, forzosamente hay que preguntar si las telas de algodón exportadas no representarán poco más o menos, las necesidades *reales* de la población inglesa.

En términos generales, no es un sobrante lo que se exporta, aunque las primeras exportaciones hubiesen tenido este origen. Lo que se exporta es lo necesario, y pasa esto porque los trabajadores no pueden comprar con su salario lo que han producido y pagar rentas, beneficios, intereses al banquero, al capitalista.

Si hay una *ley* económica bien establecida es esta, nos dicen los economistas: «El hombre produce más que consume». Después de vivir de los productos del trabajo aún le queda un remanente,

Esa frase tan repetida carece de sentido a juicio nuestro. Quizá fuera exacta si debiese significar que cada generación lega algo a las futuras. Un cultivador planta un árbol que vivirá treinta, cuarenta años, un siglo, y los nietos de aquél aún cogerán el fruto. Si ha roturado una hectárea de suelo virgen, en igual proporción ha crecido la herencia de las generaciones venideras. El camino, el puente el canal, la casa y sus muebles, son otras tantas riquezas legadas a las generaciones futuras.

Mas no se refieren a esto. Nos dicen que el labrador produce más trigo del que consume. Podría decirse mejor que, habiéndole arrebatado una buena parte de sus productos el Estado en forma de impuesto, el sacerdote en forma de diezmo y el propietario en forma de renta, ha surgido una casta de hombres que antes consumían lo que producían, y que hoy se ven obligados a alimentarse de

castañas o maíz, gracias al Estado, al propietario, al sacerdote y al prestamista.

Es mejor afirmar: *El cultivador consume menos de lo que produce*, porque se le obliga a dormir sobre paja y vender la pluma; a contentarse con agua y vender el vino; a comer centeno y enajenar el trigo. Notemos también que partiendo de las *necesidades* del individuo, se llega fatalmente al comunismo como organización para satisfacer todas las necesidades del modo más completo y económico. Al partir de la producción actual y proponiéndose sólo el beneficio o el sobrevalor (sin preguntarse si la producción responde a la satisfacción de las necesidades), se llega fatalmente al capitalismo, o a lo sumo al colectivismo, ya que uno y otro son distintas formas del asalariado.

Lo que demuestra el hecho de que, cuando se consideran las necesidades del individuo y de la sociedad y los medios que el hombre empleó para satisfacerlas durante sus diversas fases de desarrollo, se convence uno de lo imprescindible de solidarizar los esfuerzos, en lugar de someterlos a los azares de la producción presente. La apropiación por algunos de todas las riquezas no consumidas, transmitiéndolas de una generación a otra, perjudica el interés general. Resulta así comprobado que de esta suerte las necesidades de las tres cuartas partes de la sociedad arriesgan el no quedar satisfechas, y que el gasto excesivo de fuerza humana es más criminal y más inútil.

Compréndese, en fin, que el empleo mejor de todos los productos, es el que llena las necesidades más apremiantes, y que el valor de utilidad depende de la satisfacción que da a necesidades reales, no de un mero capricho, como no falta quien lo ha afirmado frecuentemente.

LA DIVISION DEL TRABAJO

Siempre se constriñó la economía política a comprobar hechos que notaba en la sociedad y a justificarlos en interés de la clase imperante. Igual obra respecto a la división del trabajo creada por la industria: la ha erigido en principio, porque es ventajosa para los capitalistas.

«Ved ese herrero de pueblo—afirmaba Adam Smith, el

padre de la economía política moderna.—Si no se ha acostumbrado a hacer clavos, difícilmente fabricará doscientos o trescientos diarios. Mas si ese mismo herrero sólo hace clavos, producirá con facilidad hasta dos mil trescientos en el curso de una jornada». De lo reproducido sacaba Smith esta consecuencia: «Dividamos el trabajo, especialicemos cada vez más; tengamos herreros que sólo sepan hacer cabezas o puntas de clavos, y así produciremos más y nos enriqueceremos».

Respecto a averiguar si el herrero forzado de por vida a fabricar cabezas de clavo perderá el interés por el trabajo; si se hallará siempre a merced del patrono con ese oficio limitado; si tendrá meses de paro forzoso al año; si no bajará su salario cuando se le substituya con un aprendiz, Adam Smith no pensaba en nada de eso al escribir: «¡Viva la división del trabajo! ¡He ahí la verdadera mina de oro para enriquecer la nación».

Y a pesar de que un Sismondi o un J. B. Say advertían más tarde que la división del trabajo, en vez de enriquecer a la nación, enriquecía a los ricos, y que obligado el obrero a hacer toda su vida la décimoctava parte de un alfiler, se embrutecía y era presa de la miseria, ¿qué propusieron los economistas ociosos? ¡Nada! No reconocieron que dedicando toda la vida a un solo trabajo maquina, el obrero perdería la inteligencia y el espíritu inventivo, y que de la variedad en las ocupaciones resultaría, por el contrario, el aumento considerable de la productividad del país.

Si sólo los economistas predicasen la división permanente del trabajo y hasta hereditaria, se les toleraría perorar a sus anchas. Pero esas ideas se infiltran en los espíritus pervirtiéndolos, y por efecto de oír hablar tanto de la división del trabajo, del interés, de la renta, del crédito, etc., como de problemas resueltos definitivamente, hasta el propio trabajador acaba por razonar como los economistas, por venerar los mismos ídolos.

De ahí que gran número de socialistas, hasta los que no vacilan en atacar los errores de la ciencia, respeten el principio de la división del trabajo. Preguntadles acerca de la organización de la sociedad durante la revolución y contestan que debe sostenerse la división del trabajo; que si hacíais puntas de alfileres antes de la revolución, las ha-

réis asimismo después de ella. Eso sí; trabajaréis sólo cinco horas haciendo puntas de alfileres toda la vida, en tanto que otros confeccionen máquinas y proyectos de máquinas para que afiléis durante vuestra vida miles de millones de alfileres, y otros se especializarán en las altas funciones del trabajo literario, científico, artístico, etc. Has nacido amolador de puntas de alfileres, Pasteur ha nacido vacunador de la rabia, y la revolución os dejará a uno y otro en vuestros sitios respectivos.

De sobra sabidas son las consecuencias de la división del trabajo. Estamos divididos en dos clases: en un lado se hallan los productores que consumen muy poco y están dispensados de pensar porque han de trabajar, y trabajan porque su cerebro huelga; en el otro lado están los consumidores que producen poco y gozan el privilegio de pensar por los otros, y piensan mal porque desconocen el mundo de los trabajadores manuales. Los obreros del campo ignoran lo referente a la máquina; los que sirven las máquinas ignoran lo referente al trabajo de la tierra. El ideal de la industria moderna es el niño al servicio de una máquina que no puede ni debe comprender, y vigilantes que le castiguen si se distrae un instante de su brutal misión. También se trata de suprimir en absoluto el trabajador agrícola. El ideal de la agricultura industrial es un hombre que, alquilado por tres meses, conduzca un arado de vapor o una trilladora. La división del trabajo es el hombre rotulado para toda su vida como pieza de una manufactura, vigilante en una industria, motor de un carretón en una mina, pero ignorante de lo concerniente a las máquinas, a la industria y a la mina.

Lo hecho con los individuos se intentó aplicarlo a las naciones. La Humanidad se dividirá en fábricas nacionales y especializadas. Rusia está destinada por la Naturaleza á cultivar trigo, Inglaterra a fabricar tejidos de algodón, Bélgica paños, y Suiza formará niñeras e institutrices. Cada nación especializará también sus regiones: así, por ejemplo, Lyon fabricaría sederías, la Auvernia encajes y París artículos de capricho. Tal procedimiento era, según los economistas, ofrecer espacioso campo a la producción al par que al consumo; para el mundo se abría una era de trabajo y de inmensa fortuna.

Mas tan ambiciosas esperanzas se desvanecen conforme el saber técnico se difunde. Todo marchaba bien cuando Inglaterra era la única en fabricar telas de algodón y trabajar en grande los metales, mientras París sólo hacía juguetes artísticos. Entonces podía predicarse la división del trabajo sin miedo al mentís.

Pero ahora, nueva corriente impele a las naciones civilizadas a ensayar en su interior todas las industrias, encontrando ventajas en fabricar lo que antes recibían de los demás países. Hasta las mismas colonias procuran ya prescindir de la metrópoli. Los descubrimientos científicos universalizan los procedimientos técnicos, y, por tanto, es inútil pagar al exterior un precio excesivo por lo que fácilmente se puede producir en casa. Esta revolución en la industria, ¿no hiere mortalmente la teoría de la división del trabajo, que se creía tan sólidamente fundamentada?

DESCENTRALIZACION INDUSTRIAL

I

Al terminar las guerras napoleónicas, Inglaterra casi había logrado arruinar la gran industria que nacía en Francia a fines del siglo XVIII. Dueña de los mares, y sin serios competidores, utilizó estas ventajas para constituir un monopolio industrial, e imponiendo a las naciones vecinas sus precios para las mercancías que exclusivamente fabricaba ella, acumuló riquezas sobre riquezas y sacó partido de su situación privilegiada. Mas tan pronto como la revolución burguesa del siglo pasado hubo abolido la servidumbre del terruño y creado en Francia un proletariado, la gran industria, paralizada un instante en su impulso, cobró ánimos, y desde la segunda mitad de nuestro siglo Francia dejó de ser tributaria de Inglaterra para los productos manufacturados. Hoy es ya un país exportador y vende al extranjero por valor de más de mil quinientos millones de pesetas de productos manufacturados, siendo tejidos los dos tercios de esas mercancías. Cerca de tres millones de franceses trabajan para la exportación o viven de ella.

Francia ya no es, pues, tributaria de Inglaterra. Tam-

bién ha intentado monopolizar ciertas ramas del comercio exterior, como las sederías y las ropas hechas, consiguiendo inmensos beneficios, pero está próxima a perder para siempre ese monopolio, como Inglaterra el de los tejidos y hasta el de los hilados de algodón.

Caminando hacia Oriente, la industria se ha parado en Alemania. Ha treinta años, Alemania era tributaria de Inglaterra y de Francia en la mayoría de los productos de la gran industria. Ahora no sucede eso. En el curso de los veinticinco últimos años, y sobre todo después de la guerra, Alemania ha modificado toda su industria. Las nuevas fábricas poseen las mejores máquinas; las más recientes y artísticas modas industriales en Manchester para las telas de algodón, o en Lyon para los tejidos de seda, etc., proceden de las nuevas fábricas alemanas. Si se han necesitado dos o tres generaciones de trabajadores para hallar la maquinaria moderna en Lyon o en Manchester, Alemania la recibe perfeccionada del todo. Las escuelas técnicas, apropiadas a las necesidades de la industria, proveen a los manufactureros de un ejército de operarios inteligentes y de ingenieros prácticos. La industria alemana empieza en el punto adonde llegaron Manchester y Lyon después de cincuenta años de ensayos, de tanteos y de esfuerzos.

Resulta así que Alemania, ejecutándolo todo bien en su casa, consume de año en año menos importaciones de Francia y de Inglaterra. Ya rivaliza con ellas en la exportación a Asia y a Africa, y aun en los mismos mercados de Londres y de París. Los cortos de vista pueden gritar contra el tratado de Francfort y explicar así la competencia alemana por pequeñas diferencias de tarifas ferroviarias. Pueden afirmar que el alemán trabaja por *nada*, entreteniéndose así con las pequeñeces de cada cuestión y descuidando los grandes hechos históricos. No es menos cierto, sin embargo, que la gran industria que fué privilegio de Inglaterra y Francia, ha dado un paso hacia Oriente. Ha hallado en Alemania un país joven, lleno de fuerza, y una burguesía inteligente ansiosa de enriquecerse a su vez con la exportación.

Al par que Alemania se emancipaba de la tutela anglofrancesa y fabricaba ella misma sus tejidos de algodón, sus telas, sus máquinas, todos los productos manufacturados, se

implantaba también la gran industria en Rusia, donde el desenvolvimiento de las manufacturas es asombroso por ser reciente.

Cuando la abolición de la servidumbre, en 1861, Rusia carecía casi de industria. Todas las máquinas, los carriles, las locomotoras, las telas de lujo los recibía de Occidente. Veinte años más tarde, poseía ya más de ochenta y cinco mil manufacturas, y las mercancías producidas por ella habían cuadruplicado su importe.

Las viejas herramientas han sido reemplazadas. Casi todo el acero empleado hoy, los tres cuartos del hierro, los dos tercios del carbón, todas las locomotoras, todos los vagones, todos los carriles, casi todos los buques de vapor, se han construido en Rusia.

De país reducido—según los economistas—a vivir de la agricultura. Rusia se ha convertido en un país manufacturero. Y casi nada recibe de Alemania y de Inglaterra.

Las aduanas, según los economistas, son responsables de estos hechos, pero los productos manufacturados en Rusia se venden al mismo precio que en Londres. Como el capital no conoce patria, los capitalistas alemanes e ingleses, con sus ingenieros y contramaestres, crearon en Rusia y en Polonia, manufacturas que compiten con las mejores manufacturas inglesas, por la bondad de los productos. Si desaparecieran las aduanas, las manufacturas ganarían con ello. Ahora mismo los ingenieros ingleses están en vías de dar el golpe de gracia a las importaciones de paños y lanas de Occidente, pues instalan en el Mediodía de Rusia inmensas manufacturas de lana, con las máquinas más perfectas de Braford, y dentro de diez años Rusia ya no importará más que, como muestras o modelos, algunas piezas de paños ingleses y lanas francesas.

También se extiende la gran industria por las penínsulas del Sur. La Exposición de Turín probó ya en 1884 los progresos de la industria italiana. Y no hay que hacerse ilusiones: el odio entre las dos burguesías, francesa e italiana, procede de su rivalidad industrial. Italia se libra de la tutela francesa y rivaliza con los comerciantes franceses en la cuenca mediterránea y en Oriente. Por eso, y no por otra causa, correrá un día la sangre en la frontera italiana, a menos que la revolución la ahorre.

Podríamos mencionar también los rápidos progresos de España en la senda de la gran industria. Pero preferimos el Brasil. Los economistas condenaron al Brasil a cultivar para *in eternum* el algodón, exportarlo en bruto, e importar en cambio tejidos de algodón. Y en efecto, hace veinte años el Brasil poseía nada más que nueve miserables manufacturas de algodón, con trescientos ochenta y cinco husillos. Hoy posee cuarenta y seis; cinco de ellas con cuarenta mil husillos y lanzando al mercado treinta millones de metros de tela de algodón anualmente.

Incluso Méjico intenta fabricar esas telas en vez de traerlas de Europa. No hay que decir si los Estados Unidos se han librado de la tutela de Europa. La gran industria se ha desarrollado en ellos de manera triunfal.

Más estaba reservado a la India el dar el más rotundo mentís a los partidarios de la especialización de las industrias nacionales. Según esta teoría, hacen falta colonias a las grandes naciones europeas. Estas colonias mandarán a la metrópoli productos en bruto, fibras de algodón, lana en sucio, especias, etc. Y la metrópoli les devolverá esos productos manufacturados, o, lo que es peor, convertidos en telas pasadas, maquinaria vieja en desuso, en fin, todo lo que no necesita, que le cuesta poco o nada, pero que les venderá a un precio crecido.

Esta teoría se practicó durante largo tiempo. Se ganaban fortunas en Londres y en Manchester, en tanto que se arruinaban las Indias. Visitad el Museo Indico de Londres y contemplaréis riquezas inauditas, amontonadas en Calcuta y en Bombay por los negociantes ingleses. Pero también negociantes y capitalistas ingleses, tuvieron la idea, muy lógica, de que sería más fructuoso explotar directamente a los habitantes de la India fabricando las telas de algodón en las propias Indias, en vez de importarlas de Inglaterra anualmente.

El comienzo de la empresa fué una serie de fracasos. Los tejedores indios—artistas en su oficio—no lograban acostumbrarse al régimen de la fábrica. Las máquinas enviadas de Liverpool eran malas; había de tenerse también en cuenta el clima y las nuevas condiciones, hoy cumplidas todas, y la India inglesa se transforma en amenazadora rival de las manufacturas de la metrópoli.

En la actualidad posee ochenta manufacturas de algodón, que utilizan unos sesenta mil obreros y en 1885 habían fabricado ya más de 1.450,000 toneladas métricas de tejidos. Cada año exporta a China, a las Indias holandesas y al Africa, por valor de cerca de cien millones de pesetas de esos mismos algodones blancos que se suponían la especialidad de Inglaterra. Y en tanto los obreros ingleses sufren el paro forzoso y caen en la miseria, las obreras indias, pagadas a razón de sesenta céntimos al día, tejen a máquina las telas de algodón que en los puertos del Extremo Oriente se venden.

Como resumen de lo expuesto puede afirmarse que no está lejos el día y los industriales inteligentes lo saben, en que no se sabrá que hacer de los *brazos* empleados en Inglaterra para fabricar tejidos de algodón destinados a la exportación. Y no es eso todo; de informes fidedignos se desprende que dentro de diez años la India no comprará ni una sola tonelada de hierro a Inglaterra. Se han salvado las primeras dificultades para emplear la hulla y el hierro de las Indias, y fábricas rivales de las inglesas se fundan ya en las costas del Océano Indico.

La competencia de la colonia a la metrópoli *por sus productos manufacturados*: es el fenómeno determinante de la economía del presente siglo.

¿Y cómo no había de ocurrir así? ¿Qué le falta? ¿El capital? Este aparece doquiera se encuentran miseros a quienes explotar. ¿El saber? El saber no acata las barreras nacionales. ¿Los conocimientos técnicos del obrero? ¿Acaso es inferior el obrero indio a los noventa y dos mil niños y niñas menores de quince años que trabajan ahora en manufacturas textiles de la Gran Bretaña?

II

Sería ahora interesantísimo dar una ojeada a las industrias especiales, como hemos hecho con las industrias nacionales.

La seda, por ejemplo, es un producto eminentemente francés en la primera mitad de este siglo. Sabemos como Lyon se convirtió en centro de la industria de la seda, recolectada al principio en el Mediodía, pero pedida luego a Italia, a

España, al Austria, al Cáucaso y al Japón, para fabricar sederías. De cinco millones de quilos de seda cruda tejida en la región lyonesa en el año 1875, sólo cuatrocientos mil quilos eran de seda originaria de Francia.

Y si Lyon trabajaba con sedas importadas, ¿por qué no habían de imitarla Suiza, Alemania y Rusia? El arte de la seda desenvolvióse lentamente en los pueblos del cantón de Zurich, Basilea fué un gran centro de sedería. La administración del Cáucaso invitó a mujeres de Marsella y obreros de Lyon a que fuesen a enseñar a los georgianos el cultivo perfeccionado del gusano de seda y a los campesinos del Cáucaso el arte de convertir la seda en telas. Austria hizo lo propio. Alemania, por medio de obreros lyoneses, instaló inmensos talleres de sederías. Los Estados Unidos también en Páterson lo hicieron...

La industria de la seda ya no es hoy una industria francesa. Se fabrican sederías en Alemania, en Austria, en los Estados Unidos, en Inglaterra. Los labriegos del Cáucaso tejen en invierno pañuelos de seda a un precio que dejaría sin trabajo a los obreros de Lyon. Italia envía sederías a Francia; y Lyon, que exportaba en 1870-74 por valor de cuatrocientos sesenta millones de pesetas, sólo exporta doscientos treinta y tres. Muy pronto no enviará al extranjero más que los tejidos superiores o algunas novedades, para servir de modelos al extranjero.

Con todas las industrias acontece lo propio. Bélgica perdió el monopolio de los paños, que se hacen en Alemania, Rusia, Austria, los Estados Unidos. Suiza y el Jura francés perdieron el monopolio de la relojería, pues se fabrican relojes en todos lados. Escocia ya no refina los azúcares para Rusia, pues Inglaterra importa azúcar ruso. Aunque Italia carece de hierro y hulla, forja ella misma sus acorazados y construye las máquinas de buques de vapor. Tampoco es monopolio de Inglaterra la industria química. Se hace ácido sulfúrico y sosa en todas partes. Las máquinas de todas clases fabricadas en los alrededores de Zurich, se destacaban en la Exposición universal. Suiza, que sólo tiene excelentes escuelas técnicas, fabrica las máquinas mejor y más baratas que Inglaterra.

Dentro de su territorio cada nación encuentra provecho en combinar la agricultura con la variedad posible de fá-

bricas y manufacturas. La especialización que los economistas recomendaban servía para enriquecer a algunos capitalistas; pero no tiene razón de ser, y en cambio, es muy útil que cada país cultive su trigo y sus legumbres y fabrique todos los productos manufacturados para su consumo. Esta diversidad es la prueba más completa del desarrollo de la producción por el concurso mutuo y de cada uno de los elementos del progreso, mientras que la especialización es la paralización de todo progreso, si no un paso hacia atrás.

III

Es absurdo exportar el trigo e importar las harinas, exportar la lana e importar paño, exportar el hierro e importar las máquinas, y lo es, no sólo porque esos transportes originan gastos superfluos, sino porque un país que no tiene desarrollada la industria se atrasa forzosamente en la agricultura; porque un país sin grandes fábricas para trabajar el acero se atrasa igualmente en todas las demás industrias; en fin, porque gran número de capacidades industriales y técnicas permanecen ociosas.

En el mundo de la producción todo se enlaza al presente. Ya no es factible el cultivo de la tierra, sin máquinas, sin potentes riegos, sin ferrocarriles, sin fábricas de abonos. Y para paseer esas máquinas adecuadas a las condiciones locales, esos ferrocarriles, esos útiles de hierro, etc., se necesita cierto espíritu de invención en auge, cierta habilidad técnica, que no pueden mostrarse mientras la azada y la reja del arado sean instrumentos de cultivo únicos.

Si el campo ha de estar bien cultivado, para que dé las buenas cosechas que el hombre tiene derecho a pedirle, ha de haber a su alcance muchas manufacturas y fábricas

La diversidad de las ocupaciones y de las capacidades dirigida hacia un fin común: he ahí la verdadera fuerza del progreso.

Imaginémonos una ciudad, un territorio, que dan los primeros pasos en la senda de la revolución social. «Nada cambiará—se ha dicho a veces.—Se expropiarán los talleres

y fábricas, se declararán propiedad nacional o municipal, y cada uno volverá a su trabajo de costumbre. La revolución habrá triunfado.

Pues no, señor; la revolución social no triunfará tan sencillamente. Ya lo hemos dicho. Que mañana se inicie la revolución en París, en Lyon, o en otra ciudad; que mañana se ponga mano en las fábricas, las casas o la Banca, y toda la producción actual deberá cambiar de aspecto por ese sólo acto.

Aminorada la entrada de víveres y aumentado el consumo; sin empleo tres millones de franceses que trabajaban en la exportación; no llegando mil cosas que hoy remiten países lejanos o próximos; paralizadas accidentalmente las industrias de lujo, ¿qué harán los habitantes para tener qué comer al cabo de medio año?

Habrán de hacerse agricultores los ciudadanos y, no al modo del labriego que echa los hígados por la boca tras del arado para ganar apenas su alimento anual, sino aplicando en vastas proporciones los principios de la agricultura intensiva, hortelana, por medio de las mejores máquinas inventadas y por inventar. Se cultivará, más no como la bestia de carga del Canal; y so pena de sucumbir ante el enemigo, se reorganizará el cultivo, no dentro de diez años, sino inmediatamente, entre las luchas revolucionarias.

La tierra se cultivará; pero habrá que producir asimismo mil cosas que estamos acostumbrados a recibir del extranjero. Y no ha de echarse en saco roto que para los habitantes del territorio rebelde será extranjero todo aquel que no defienda la revolución. Habrá que pasarse sin ese extranjero, y se pasará. Francia inventó el azúcar de remolacha cuando faltó el azúcar de caña por efecto del bloqueo continental. París halló el salitre en sus cuevas cuando de ninguna parte lo recibía. ¿Seríamos, acaso, inferiores a nuestros abuelos, que de la ciencia apenas delectaban las primeras sílabas?

EL CULTIVO DE LA TIERRA

I

Siempre que se habla de agricultura se nos figura el labriego encorvado sobre la esteva, sembrando al azar un trigo mal cernido y aguardando ansiosamente lo que le traiga la buena o mala estación.

Hoy tiene el agricultor ideas menos estrechas, conceptos más amplios. Sólo pide una fracción de hectárea para conseguir que crezca todo el alimento vegetal de una familia; para sustentar veinticinco cabezas de ganado vacuno ya no precisa más espacio que el ocupado antes para alimentar una sola. Pretende llegar a *hacer* el suelo, a desafiar las estaciones y el clima, a calentar el aire y la tierra en torno de la tierna planta; aspira, en fin, a producir en una hectárea lo que antes no se recolectaba en cincuenta; y todo ello sin fatigarse de una manera excesiva, aminorando la cifra total de trabajo anterior. Cree que se podrá producir suficiente para alimentar a todo el mundo no dando al cultivo de los campos más de lo que cada uno puede darle alegremente y de *motu proprio*.

Cuando los sabios guiados por Liébig, el creador de la teoría química de la agricultura, se perdían a menudo en su entusiasmo de teóricos, cultivadores iletrados abrieron una nueva vía de prosperidad a la Humanidad entera.

Antes una familia necesitaba, por lo menos, siete u ocho hectáreas para vivir con los productos del suelo; ahora casi no se puede fijar ni aproximadamente la mínima extensión de terreno precisa para dar a una familia todo lo que se puede extraer de la tierra, lo necesario y lo de lujo, cultivándola por los procedimientos del cultivo intensivo. Si se nos preguntase qué número de personas puede vivir bien en una legua cuadrada sin importar ningún producto agrícola, nos veríamos en un aprieto para responder.

Diez años atrás podía ya asegurarse que una población de cien millones podría vivir muy bien de los productos del suelo francés sin importar nada. Al presente, por los progresos realizados, lo mismo en Francia que en Inglaterra, y

por los nuevos horizontes que se advierten, diremos que cultivando la tierra *como la cultivan ya en muchos sitios, aun en terrenos pobres*, cien millones de habitantes en los cincuenta millones de hectáreas del suelo francés, resultarían una cortísima proporción para lo que podría sustentar ese suelo.

Ha de tenerse ya por *absolutamente demostrado* que si París y los dos departamentos del Sena y del Sena Oise se constituyen mañana en comunidad anarquista, donde trabajasen todos con sus brazos, y si el mundo entero se negase a enviarles un solo celemin de trigo, una sola cabeza de ganado, una sola banasta de fruto, y no les dejase más que el territorio de ambos departamentos, se hallarían, en condiciones de producir ellos mismos no sólo el trigo, la carne y las hortalizas, sino también todas las frutas de lujo, en cantidades bastante suficientes para toda su población.

Afirmamos, además, que el trabajo humano invertido para ello, sería mucho *menor* que el gastado hoy para alimentar a esa población con trigo recolectado en Auvernia o en Rusia, con las legumbres debidas al cultivo en grande en todas partes y con las frutas maduras en el Mediodía. Nunca se ha contado el trabajo de los viticultores del Mediodía para cultivar la viña ni por los labradores rusos o húngaros para cultivar el trigo. Con sus procedimientos de cultivo extensivo, trabajan infinitamente más de lo justo para obtener iguales productos por el cultivo intensivo aun en climas mucho menos benignos y en terrenos menos ricos.

II

Para mayores informes respecto a lo antes manifestado, remitimos a nuestros lectores a los artículos que hemos publicado en inglés; pero recomendamos especialmente a quienes les interese el asunto, que lean algunas excelentes obras que en Francia han visto la luz.

Respecto a los habitantes de las grandes ciudades, que aun carecen de idea real sobre la agricultura, les aconsejamos que recorran a pie las campiñas inmediatas y observen su cultivo. Que miren, que hablen con los hortelanos. y se abrirá un mundo nuevo ante ellos. Así se percatarán

quizás de lo que será el cultivo europeo en el siglo xx y qué fuerza poseerá la revolución social cuando se conozca el secreto de obtener de la tierra cuanto se le demande.

Conocidas son las miserables condiciones en que se halla la agricultura en Europa. Si el cultivador no es saqueado por el propietario territorial, lo es por el Estado. El propietario, el Estado y el usurero arruinan al cultivador con la renta, la contribución y el rédito. La suma robada varía en cada país; pero nunca es inferior a la cuarta parte, y muy frecuentemente se eleva a la mitad del producto bruto. En Francia, la agricultura paga al Estado el 44 por 100 de dicho producto. Más aún; la parte del propietario y la del Estado aumentan siempre cuando con verdaderos milagros de trabajo, de invención o de iniciativa, el agricultor ha conseguido mayores cosechas, crece en proporción el tributo que habrá de entregar al Estado, al propietario o al prestamista. Si duplica el número de hectólitros recogidos por hectárea, doblará desde luego la renta, y *por consiguiente*, los impuestos, que el Estado aumentará aún más, si los precios se elevan. En todos lados el cultivador de la tierra trabaja de doce a diez y seis horas cotidianamente; en todos lados le quitan sus tres aves de rapiña cuanto pudiera ahorrar; en todos lados le roban lo que podría servirle para mejorar el cultivo. Por eso la agricultura permanece estacionaria.

Para que ella avance un paso han de reñir entre sí sus tres vampiros, o han de realizar un esfuerzo de inteligencia, o de trabajo. Y todavía no hemos mentado el tributo que cada cultivador paga al industrial, quien le vende por triple o cuádruple de lo que cuestan cada máquina, cada azadón, cada tonel de abono químico. Tampoco hay que olvidar a los intermediarios, que se llevan la parte del león en los productos de la tierra.

En las llanuras de América, cuyas mezquinas cosechas son de siete a doce hectolitros por hectárea, cuando no las estropean periódicas y frecuentes sequías, quinientos hombres, trabajando ocho meses al año, producen el alimento anual de cincuenta mil personas. En los resultados influye una gran economía. En aquellas vastas llanuras están organizadas casi militarmente la labranza, la siega y la tri-

lla; allí no se pierde el tiempo. Todo se hace con exactitud militar. Este es el cultivo extensivo en grande.

También existe el cultivo extensivo que facilitan y facilitarán más cada vez las máquinas. Se desea sobre todo cultivar *bien* un espacio limitado, abonarlo y corregirlo, concentrar el trabajo y obtener el mayor producto posible. Este género de cultivo aumenta anualmente, y mientras se contentan con una cosecha media de diez a doce hectolitros para el cultivo en grande en el Mediodía de Francia y en las fértiles tierras del Oeste americano, se recogen normalmente treinta y seis y hasta cincuenta o cincuenta y seis hectolitros, en el Norte de Francia; de modo que el consumo anual de un hombre se consigue así en una superficie de una dozava parte de la hectárea.

A mayor abundamiento de intensidad en el cultivo, *menos* trabajo se emplea para cosechar el hectolitro de trigo. La máquina substituye al hombre en los trabajos preparatorios y hace de una vez y definitivamente mejoras, tales como el desagüe y la limpia que permiten duplicar las cosechas futuras. A veces, sólo una labor profunda facilita el obtener de un suelo mediano excelentes cosechas de año en año, sin estercolar nunca. Así, se ha practicado durante veinté años en Rothamstead, en las cercanías de la capital de Inglaterra.

Pero no describamos fantasías agrícolas. Detengámonos en la cosecha de cuarenta hectólitos que sólo exige un suelo normal, y un racional cultivo. Veamos qué representa: Los tres millones seiscientos mil individuos que viven en los departamentos del Sena y del Sena y Oise consumen al año para sustentarse algo menos de ocho millones de hectolitros de cereales, singularmente de trigo. En nuestro supuesto, para lograr esta cosecha habrían de cultivar doscientas mil hectáreas de las seiscientas diez mil de que disponen.

Claro que no las cultivarán con azadón, porque ello exigiría un tiempo excesivo: doscientas cuarenta jornadas de cinco horas por hectárea. Procederían sin duda a mejorar de una vez para siempre el suelo, desaguando lo que debiera desaguarse, allanando lo que se necesitara allanar, limpiando el terreno, a pesar de que en ese trabajo de preparación hubiera que emplear cinco millones de jornadas de cinco

horas, o sea unas veinticinco jornadas por hectárea en promedio. Luego labrarían con arado de vapor de vertedera profunda, y después con arado doble, invirtiendo en cada labor cuatro jornadas. No tomarán la semilla al azar, sino escogiéndola con harnero de vapor. No sembrarán a boleo, sino a golpe, en línea. De esta manera no se habrán invertido ni veinticinco jornadas de cinco horas por hectárea, si el trabajo se ejecuta en buenas condiciones. Si durante tres o cuatro años se aplican diez millones de jornadas a un buen cultivo, se lograrían más tarde cosechas de cuarenta y de cincuenta hectólitros, con sólo la mitad del tiempo.

De modo que sólo se habrán empleado quince millones de jornadas para dar pan a esa población de tres millones seiscientos mil habitantes. Y todos los trabajos serían de tal naturaleza, que cada cual podría ejecutarlos sin exigírseles músculos de acero ni haber trabajado en la tierra antes. La iniciativa y la distribución general de los trabajos se encargarían a quienes dominen los cultivos del suelo.

Ahora bien, cuando se piensa que en el caos actual, prescindiendo de los desocupados de la holgazanería elevada, existen cerca de cien mil hombres parados en sus respectivos oficios, se comprueba que la *fuerza* perdida en la organización presente bastaría ella sola para obtener, por un cultivo racional, el pan preciso para los tres o cuatro millones de habitantes de ambos departamentos franceses.

Esto no es una fantasía, repetimos, pues ni siquiera hemos mentado el cultivo verdaderamente intensivo, que asegura resultados mucho más portentosos. No hemos tomado por base de cálculo el trigo obtenido por M. Hallet en tres años, y que un solo grano repuntado dió una mata con más de diez mil granos, lo que consentiría en caso de urgencia, recoger todo el trigo para una familia de cinco personas en el espacio de un centenar de metros cuadrados. Nos hemos limitado a citar lo que practican ya numerosos granjeros en Francia, Inglaterra, Bélgica, etcétera, y lo que podría hacerse ya desde mañana con la experiencia y saber ya adquiridos.

III

Los britanos, que suelen comer mucha carne, consumen en promedio algo menos de cien quilos por adulto y año; suponiendo que todas las carnes consumidas fueren de buey cebón, representaría algo menos de un tercio de buey. Un buey por año para cinco personas es ya una ración bastante. Para tres millones y medio de habitantes el consumo anual sería de setecientas mil cabezas de ganado.

Con el sistema actual de pastoreo, se necesitan unos dos millones de hectáreas para alimentar seiscientas sesenta mil cabezas de ganado. No obstante, con praderas modestísimamente canalizadas con agua manantial (como se ha hecho recientemente en el Sudoeste de Francia) bastan ya quinientas mil hectáreas. De efectuarse el cultivo intensivo, plantando remolacha como alimento, sólo se requiere la cuarta parte de aquel terreno, esto es, ciento veinticinco mil hectáreas. Y si se emplea el maíz, ensilándolo como los árabes, se logra todo el forraje necesario en una superficie de ochenta y ocho mil hectáreas.

En las cercanías de Milán, se utilizan las aguas de las alcantarillas para regar las praderas; en nueve mil hectáreas de regadío se produce alimento para cuatro o seis cabezas de ganado bovino por hectárea, y en algunas parpelas mejores, se han recolectado hasta cuarenta y cinco toneladas de heno seco por hectárea, lo cual da alimento anual para nueve vacas lecheras. Tres hectáreas por cabeza de ganado en pastoreo y nueve bueyes o vacas por hectárea: tales son los resultados obtenidos por la agricultura moderna.

En la isla de Guernesey, en un total de cuatro mil hectáreas utilizadas, una mitad (mil novecientas hectáreas) están sembradas de cereales y hortalizas, y sólo se dedican dos mil ciento a prados; de estas dos mil ciento hectáreas, se saca el alimento para mil cuatrocientos ochenta caballos, siete mil doscientas sesenta cabezas de ganado vacuno, novecientos carneros y cuatro mil doscientos cerdos, lo cual equivale a tres cabezas de ganado bovino por hectárea, sin contar los caballos, los carneros y los cerdos.

La fertilidad del suelo *se hace* corrigiéndolo con abonos químicos y algas.

Volviendo a los tres millones y medio de habitantes aglomerados en París, nótase que el terreno preciso para criar el ganado necesario descende desde dos millones de hectáreas hasta ochenta y ocho mil. Ahora bien; no tomemos las cifras más bajas, sino las del cultivo intensivo ordinario; añadamos el terreno indispensable para el ganado menor y destinemos ciento sesenta mil hectáreas o doscientas mil, de las cuatrocientas diez mil hectáreas sobrantes, después de haber provisto de pan para la población. Calculemos, por exceso, cinco millones de jornadas para poner en condiciones de producción ese espacio de terreno.

Empleando veinte millones de jornadas de trabajo por año, la mitad para mejoras permanentes, aseguraremos el pan y la carne, sin contar las aves de corral, cerdos, conejos, etc., y con que habiendo excelentes legumbres y frutos, consumirá la población menos carne que los ingleses, que suplen con la alimentación animal su pobreza vegetal. Veinte millones de jornadas de cinco horas, divididas entre los habitantes de París, representan poca cosa. En una población de tres millones y medio, ha de haber, por lo menos, un millón doscientos mil varones adultos y otras tantas hembras. Pues bien, para asegurar el pan y la carne a todos bastarían diez y siete jornadas de trabajo por año, para los hombres nada más. Sumad tres millones de jornadas para obtener la leche, otros tantos por imprevistos y todo ello no llega a *veinticinco jornadas de cinco horas para lograr los tres productos principales: pan, carne y leche.*

Dejemos París y visitemos uno de esos establecimientos de cultivo hortícola que a escasos quilómetros de las academias verifican prodigios que desconocen los sabios economistas; citemos como ejemplo, el de M. Ponce, autor de una obra sobre esta cuestión y que no recata lo que le produce la tierra.

Monsieur Ponce, y sus obreros, trabajan mucho. Son ocho para cultivar poco más de una hectárea. Trabajan de doce a quince horas diarias, esto es, triple de lo debido. Aunque fuesen veinticuatro los obreros, no estarían de más. A esto dirá M. Ponce que, puesto que paga la enorme can-

tividad de dos mil quinientas pesetas anuales de renta y de impuesto por sus once mil metros cuadrados, y dos mil quinientas pesetas por el abono adquirido en los cuarteles. se ve forzado a tener que explotar. «Explotado yo, exploto a mi vez», sería, probablemente, su respuesta. En la instalación ha invertido treinta mil pesetas, de las que más de la mitad se la han llevado seguramente, los holgazanes de la industria. En resumen, su instalación no representa más de tres mil jornadas de trabajo, mucho menos quizás.

Sus cosechas son: diez mil quilos de zanahorias, diez mil quilos de cebollas, rábanos y otras menudencias, seis mil coles, tres mil coliflores, cinco mil banastas de tomates, cinco mil docenas de frutas escogidas, ciento cincuenta y cuatro mil ensaladas; en total, unos ciento veinticinco mil quilos de hortalizas y frutas en una superficie de ciento diez metros de longitud por cien metros de anchura, lo cual da *más de ciento diez toneladas de verdura por hectárea.*

Un individuo no consume más de trescientos quilos de legumbres y frutas por año, y la hectárea de un hortelano da las bastantes para atender a trescientos cincuenta adultos. De manera, que veinticuatro personas empleadas todo el año en cultivar una hectárea de tierra, trabajando cinco horas diarias, producirían hortalizas y frutas suficientes para trescientos cincuenta adultos, lo que equivale a quinientos individuos de todas las edades.

Operando como M. Ponce—y hay quien le ha aventajado en resultados,—trescientos cincuenta individuos que empleasen cada uno poco más de cien horas por año, recogerían verduras y frutas para quinientos individuos.

No es excepcional esta producción. Bajo los muros de París la obtienen cinco mil hortelanos en una superficie de novecientas hectáreas; pero su estado es el de bestias de carga y pagan *una renta media de dos mil pesetas por hectárea.*

Los hechos que hemos aducido ¿no prueban que siete mil hectáreas (de las doscientas diez mil que nos quedan disponibles) bastarían para suministrar todas las hortalizas indispensables y una buena provisión de fruta a los tres millones y medio de habitantes de ambos departamentos franceses?

El trabajo para producirlas sería de cincuenta millones de

jornadas, de cinco horas, o sean cincuenta días al año sólo para los adultos varones, tomando por tipo el trabajo de los hortelanos. Pero esta cifra puede aun limitarse, si se recurre a los procedimientos usuales en Guernesey y en Jersey.

IV

Los hortelanos han de convertirse en máquinas y renunciar a todos los goces de la vida para recolectar sus grandes cosechas. Esas gentes han prestado un inmenso servicio a la Humanidad, enseñándonos que *el suelo se hace*. Lo practican ellos con las capas de estiércol que han servido ya para dar el calor necesario a las plantas jóvenes y a primerizas o tempranas. Hacen el suelo en tan grandes cantidades, que cada año han de revender alguna porción.

Sin esta reventa subiría el nivel de sus huertas dos o tres centímetros al año. Lo efectúan tan bien, que en los contratos recientes (Barral nos lo dice en el artículo «Hortelanos» del *Diccionario de Agricultura*) el hortelano estipula que *se llevará consigo su suelo* cuando deje de cultivar la parcela. El suelo transportado en carros, con los muebles y bastidores: tal es la respuesta que los cultivadores prácticos han dado a los desvaríos de un Ricardo, que entendía la renta como un medio de compensar las ventajas naturales del suelo. «El suelo vale lo que valga el hombre», tal es la divisa de hortelanos y jardineros. No obstante, los huertanos parisienses y ruaneses se cansan triple que sus colegas de Guernesey y de Inglaterra, para conseguir los mismos resultados. Aquellos aplican la industria a la agricultura, y *hacen el clima*, además del suelo. Todo el cultivo hortícola se funda en estos dos principios:

Primero. Sembrar debajo de bastidores, criar las plantas jóvenes en un suelo rico, en un espacio limitado, donde se las pueda cuidar bien y replantarlas cuando hayan desarrollado bien las barbillas de sus raíces. En una palabra, hacer como con los animales: cuidarlas desde que nacen.

Segundo. Para madurar pronto las cosechas, calentar el suelo y el aire, cubriendo las plantas con bastidores o

con campanas de vidrio, y dando gran calor a la tierra con la fermentación del estiércol.

La primera de estas dos condiciones se ha llevado a la práctica y sólo requiere algunos perfeccionamientos de detalle. Para realizar la segunda se intenta calentar el aire y la tierra, reemplazando el estiércol por agua caliente que circule en tuberías de fundición, ya en el suelo, ya en el interior de los invernáculos.

El hortelano parisiense pide al *termosifón* el calor que antes pedía al estiércol. Y el jardinero inglés coloca estufas.

En otra época, la estufa era lujo de rico. Se reservaba para las plantas exóticas y de adorno. Hoy se vulgariza su empleo. Hectáreas enteras están cubiertas de vidrio en las islas de Jersey y de Guernesey, sin contar los millares de pequeñas estufas que funcionan en dichos lugares. En las cercanías de Londres empiezan a acristalarse campos enteros, y en los suburbios se instalan cada año millares de pequeñas estufas.

Desde el invernáculo de paredes de granito hasta el modesto abrigo de tablas de pino y techo de vidrio, que, a pesar de las sanguijuelas capitalistas, sólo cuesta cuatro o cinco pesetas el metro cuadrado, todo se utiliza. Se calienta o no y allí se crían, no uvas ni flores tropicales, sino patatas, zanahorias, guisantes o habichuelas.

Así el hortelano se emancipa del clima y del laborioso trabajo de hacer camas; ya no se compran montones de estiércol, y se suprime en parte el trabajo humano: siete u ocho hombres bastan para cultivar la hectárea acristalada y conseguir los mismos resultados que M. Ponce. En Jersey, siete hombres que trabajan menos de sesenta horas por semana, logran en espacios diminutos cosechas que antes exigían hectáreas de terreno. Así treinta y cuatro peones y un jardinero, cultivando cuatro hectáreas bajo vidrio (pongamos en su lugar setenta hombres que trabajen cinco horas diarias), recogen cada año veinticinco mil quilos de uvas vendimiadas desde 1.º de mayo, ochenta mil quilos de tomates, treinta mil quilos de patatas en abril, seis mil quilos de guisantes y dos mil quilos de judías verdes en mayo, o sea ciento cuarenta y tres mil quilos de frutas y hortalizas, sin apreciar una

cosecha muy grande en algunas estufas, ni un gran invernadero de adorno, ni las cosechas de toda especie de pequeños cultivos al aire libre entre las estufas. ¡Ciento cuarenta y tres toneladas de frutas y hortalizas tempranas con qué alimentar bien todo el año a mil quinientas personas! Y eso no requiere más que veintiuna mil jornadas de trabajo, o sea *doscientas diez horas de trabajo por año* para quinientos adultos.

Agréguese la extracción de unas mil toneladas de carbón que se queman anualmente en esas estufas para calentar cuatro hectáreas, y siendo la extracción media en Inglaterra de tres toneladas por jornada de diez horas y por obrero, representa esto un trabajo suplementario de siete a ocho horas anuales para cada uno de los quinientos adultos citados.

Ya hemos señalado la tendencia a transformar el invernadero-estufa en simple huerta bajo vidrio. Cuando se aplica a este uso con abrigos de vidrio calentados ligeramente durante tres meses, se recolectan grandes cosechas de hortalizas; por ejemplo, cuatrocientos cincuenta hectolitros de patatas por hectárea como primera cosecha a fin de abril. Después, y corregido el suelo, se logran nuevas cosechas desde mayo a fin de octubre, con una temperatura casi tropical, debida nada más que al citado abrigo.

Para conseguir cuatrocientos cincuenta hectolitros de patatas hay que labrar cada año veinte hectáreas o más. plantar y recalzar las plantas, arrancar la mala hierba, y así sucesivamente. Con el abrigo de vidrio se llega al principio a la media jornada de trabajo por metro cuadrado, pero luego se economiza la mitad o tres cuartas partes del trabajo.

V

Conforme previó L. de Lavergue ha treinta años, la tendencia de la agricultura moderna es limitar, en lo posible, el espacio cultivado, crear el suelo y el clima, concentrar el trabajo y obtener las condiciones necesarias para la vida de las plantas, con lo cual se consigue *más* productos con *menos* trabajo y *mayor* seguridad.

Los resultados de los abrigos de vidrio en Guernesey, demuestran que se invierte allí *mucho menos* trabajo para cosechar en abril que el necesario para recolectar al aire libre y tres meses más tarde, cavando, una superficie cinco veces más grande, regándola y escardando la mala hierba, etc. Ocorre lo que con las herramientas o las máquinas, que economizan más de su costo.

En el Norte de Inglaterra, en la frontera de Escocia, donde el carbón vale cuatro pesetas la tonelada en la boca de la mina, hace más de treinta años que cultivan la vid en invernadero. Al comienzo, esas uvas, maduras en enero, se vendían por el cultivador a veinticinco pesetas la libra, y se revendían a cincuenta para la mesa de Napoleón III. Hoy, el mismo productor las vende a tres pesetas la libra. Y es que competidores suyos envían toneladas y toneladas de uvas a Londres y a París. Por la baratura del carbón y el cultivo inteligente, la uva crece en invierno en el Norte y viaja hacia el Mediodía, en sentido opuesto, a los productos normales. En mayo, las uvas inglesas y de Jersey, se venden por los jardineros a dos pesetas la libra, y este precio se mantiene, como el de cincuenta pesetas hace treinta años, por falta de concurrencia.

En octubre, las uvas cultivadas en las cercanías de Londres—siempre bajo vidrio, y con un caldeo artificial—se venden a igual precio que las uvas compradas por libras en los viñedos de Suiza o del Rin, esto es, por unas cuantas piezas de cinco céntimos. Y podría producirse el triple si no lo impidieran lo excesivo de la renta del suelo, de los gastos de instalación y de calefacción, tributo formidable que el industrial y el intermediario imponen al cultivador. Sabido esto, puede, pues, decirse que no cuesta casi nada el tener en otoño uvas deliciosas en la latitud y en el clima brumoso de Londres. En uno de sus barrios extremos, un mal abrigo de vidrio y de yeso apoyado en nuestra casita, nos da en octubre, desde hace tres años, unas cincuenta libras de uvas de un exquisito sabor. La cosecha procede de una cepa plantada hace seis años. Y el abrigo es tan malo, que lo cala la lluvia. Los cuidados que requiere son: podar la vid media hora

al año y echar un capazo de estiércol al pie de la cepa, plantada en arcilla roja fuera del abrigo.

Si se evalúan los cuidados que se dan al viñedo en las orillas del Rhin, o del Leman, las planicies construidas piedra por piedra en las pendientes de los ribazos, el transporte del estiércol y hasta de la tierra a alturas de doscientos a trescientos pies, se saca la conclusión de que el trabajo preciso para cultivar la vid es mayor en Suiza o en las márgenes del Rhin que en las afueras de Londres, bajo las cubiertas de vidrio. De momento, esto parece paradójico, pues por lo general se cree que la viña crece por sí sola en el Mediodía de Europa y que el trabajo del viñador es sencillo. Pero los jardineros y los horticultores, confirman nuestros asertos. «El cultivo más ventajoso en Inglaterra es el cultivo de las viñas», dice un jornalero práctico, el redactor del *Journal d'Horticulture* inglés. Y los precios tienen su elocuencia.

Adaptando estos hechos al comunismo, podemos afirmar que el individuo que emplee su tiempo sobrante, *una veintena de horas* por año, en cuidar dos o tres cepas bajo vidrio en cualquier clima de Europa, cosechará uva para su familia y amigos. Con todos los frutales pasaría lo mismo. Si un grupo de trabajadores dejase de producir durante algunos meses, cierto número de objetos de lujo, se bastaría para convertir cien hectáreas de llanura de Genvilliers en una serie de huertos, cada uno con su dependencia, de estufas de vidrio para los semilleros y plantas jóvenes, y que cubriera otras cincuenta hectáreas de invernáculos baratos para frutas, dejando a jardineros y hortelanos peritos los detalles de organización.

La cifra de ciento cincuenta mil hectáreas exigiría cada año unos tres millones seiscientos mil horas de trabajo. Cien jardineros competentes podrían emplear cinco horas diarias en tal trabajo y el resto lo ejecutaría cualquiera manejando la azada, el rastrillo, la bomba de regar, etc. Ese trabajo reportaría lo necesario y el lujo en materia de frutas y hortalizas a setenta y cinco mil o cien mil personas. Admitamos que entre éstas hay treinta y seis mil adultos que quieren trabajar en la huerta. Cada uno habría de emplear cien horas al año con soluciones de con-

tinuidad. Estas horas serían, seguramente, más que de trabajo, de recreo.

VI

Al hablar de la revolución, el sesudo obrero que ha visto niños faltos de alimentación, frunce las cejas y nos dice tenazmente: «¿Y el pan? ¿No faltará si todo el mundo come hasta hartarse? ¿Y qué haremos si los rurales, ignorantes y empujados por la reacción, producen el hambre en la ciudad, como lo hicieron en 1793 las bandas negras?»

Las grandes ciudades se pasarán sin los campos—respondemos nosotros.—¿Qué harán esos centenares de miles de trabajadores que se asfixian hoy en los pequeños talleres y en las manufacturas, el día que alcancen la libertad? ¿Seguirán encerrados en las fábricas como antes? ¿Fabricarán chucherías de lujo para la exportación, cuando vean agotarse el trigo, la carne y las hortalizas?

No. ¡Dejarán la ciudad e irán a los campos! Con la máquina, que facilitará hasta a los más débiles el tomar parte en el trabajo, llevarán la revolución al cultivo, como la llevarán a las ideas y a las instituciones.

Se cubrirán de vidrio centenares de hectáreas, y la mujer y el hombre de manos delicadas cuidarán las plantas jóvenes. Se labrarán otros centenares de hectáreas con el arado de vapor de vertedera honda, se perfeccionarán con abonos, o se enriquecerán con un suelo artificial. Bravas legiones de improvisados labradores cubrirán de mieses esas hectáreas, guiados por los conocedores de la agricultura y por el ingenio grande y práctico de un pueblo que se despierta de largo sueño y al que alumbra y guía ese faro luminoso que se llama la felicidad y el bienestar general.

Las cosechas tempranas aliviarán las necesidades más apremiantes y proveerán a la alimentación de un pueblo que podrá, por fin, saciar el hambre, después de tantos siglos de espera.

En tanto, el genio popular experimentará los nuevos medios de cultivo que se presienten ya. Se experimentará con la luz—ese agente desconocido que hace madurar la

cebada en cuarenta y cinco días bajo la latitud de Yakustk —concentrada o artificial, y la luz rivalizará con el calor para acelerar el crecimiento de las plantas. Un Monchot del porvenir inventará la máquina que conducirá los rayos del sol y los hará trabajar, sin que haya que descender a las profundidades de la tierra buscando el calor solar almacenado en la hulla. Se experimentará el riego de la tierra con cultivos de microorganismos—idea tan racional y nacida ayer,—que dará al suelo las pequeñas células vivas tan precisas para las plantas, ya para alimentar a las raicillas, ya para descomponer y hacer asimilables las partes constitutivas de la tierra...

Y no vayamos más lejos, porque entraríamos en el terreno de la fantasía. Quedémonos dentro de la realidad de las cosas. Con los sistemas de cultivo ya en uso, practicados en gran escala, y victoriosos en la lucha con la competencia mercantil, lograremos la comodidad y el lujo mediante un trabajo agradable. El futuro probará lo práctico de las venideras conquistas que de los recientes descubrimientos científicos se vislumbran.

Ahora, reduzcámonos a inaugurar la nueva senda, a perseverar en el estudio de las necesidades y de los medios de llenarlas.

Lo que a la revolución quizás le falte es la audacia de la iniciativa. Embrutecidos por nuestras instituciones en nuestras escuelas, esclavizados al pasado en la edad madura y hasta la tumba, no osamos pensar. ¿Se trata de una idea? Pues antes de opinar consultaremos libros de ha cien años para saber qué pensaban los antiguos maestros. Si a la revolución no le falta audacia en el pensar e iniciativa para obrar, habrá víveres.

De las grandes jornadas de la gran Revolución, la más hermosa, la que estará grabada para siempre en los espíritus, fué la de los federados que de todos lados acudieron y trabajaron en el Campo de Marte para preparar la fiesta. Aquel día Francia fué una; animada por el nuevo espíritu, vislumbró el porvenir que se abría ante ella con el trabajo en común de la tierra. Y con este trabajo recobrarán su unidad las sociedades redimidas y se borrarán los odios, las opresiones que las habían separado. Existiendo la solidaridad, ese inmenso poder que centuplica la ener-

gía y las fuerzas creadoras del individuo, la nueva sociedad irá, con juvenil vigor, a la conquista del porvenir.

No produciendo para compradores desconocidos, y buscando en su mismo seno necesidades y gustos a satisfacer, la sociedad asegurará con exceso la vida y el bienestar a cada uno de sus miembros, al par que la satisfacción moral que da el trabajo libremente elegido y libremente realizado y el goce de vivir sin hacerlo a expensas de la vida ajena. Inspirados en nueva audacia, sostenida por el sentimiento de la solidaridad, irán todos juntos a la conquista de los elevados placeres de la sabiduría y del arte.

La sociedad así inspirada no habrá de temer rencillas interiores ni enemigos exteriores. A las coaliciones del pasado opondrá su amor al nuevo orden, la iniciativa de cada uno y la de todos, y con el despertar de su genio será hercúlea su fuerza.

Ante ella, los «reyes conjurados» fracasarán. Se humillarán ante ella y se uncirán al carro de la Humanidad, que marcha rápido hacia los nuevos horizontes descubiertos por la REVOLUCION SOCIAL.

FIN

KROPOTKINE: LAS PRISIONES.

» PALABRAS DE UN REBELDE

» EL APOYO MUTUO (2 tomos).

LENIN: EL ESTADO Y LA REVOLUCION DEL
PROLETARIADO.

MARX: EL CAPITAL.

NIETSCHÉ: ASI HABLABA ZARATUSTRA.

SCHOPENAUER: FUNDAMENTO DE LA MORAL.

SOLANO: EL SINDICALISMO (en la teoría y en la
práctica), con los retratos de Pestaña y Seguí.

EXTRACTO DEL SUMARIO:—Orígenes del sindicalismo.—Su concepción y sus bases.—Desarrollo de los sindicatos.—La evolución del sindicalismo.—Del programa mínimo al programa máximo.—El sindicato es el representante individual de cada trabajador.—La acción sindicalista.—El sindicalismo y el Estado.—Guerra a muerte.—Cómo se organizó el sindicalismo en España.—El sindicato único.—Su reglamento.—Palabras de Angel Pestaña.—Huelga de brazos caídos.—La censura roja.—Los sucesos de Barcelona según los sindicalistas.—Pestaña describe y puntualiza los hechos.—El sindicalismo y la clase media.—Obreros intelectuales y obreros manuales.—Los llamados crímenes sociales.—Lo que dicen los sindicalistas sobre este tenebroso

(Continúa en la cuarta página).

asunto.—Las aspiraciones del sindicalismo.—
La acción del pueblo.—La obra sindicalista.
—El futuro régimen social.—El proletariado
contra la revolución.—La organización sobre
todo.—Los dos poderes, etc.

SOLANO: ¿EL OCASO DEL SINDICALISMO? (Segunda
parte del Sindicalismo en la teoría y en la
práctica).

EXTRACTO DEL SUMARIO:—Ojeada retros-
pectiva.—El mando de Amadó, del Conde de
Salvatierra, de Bas y de Martínez Anido.—
Dietario de los conflictos sociales.—Los mo-
vimientos obreros más importantes.—Atenta-
dos personales y materiales desde mediados
de Marzo de 1920 hasta fines de Julio de
1921.—¿El ocaso del sindicalismo?—Hacia la
sindicación profesional. etc., etc.

SOLANO: EL BOLCHEVISMO. (Sus principios, sus obras
y sus fines).

EXTRACTO DEL SUMARIO:—Lo que es el
bolchevismo.—Su obra hasta el presente.—
Constitución de la República de los Soviets.
—Proceso histórico.—El monje iluminado.—La
Revolución.—La Duma.—El golpe de Esta-
do bolchevique.—Las figuras del bolchevis-
mo.—Contra el bolchevismo.—Lo que el bol-
chevismo quiere, etc., etc.

LEON TROTSKY: COMO HICIMOS LA REVOLUCION.

VOLTAIRE: LA DONCELLA.

WAGNER: NOVELAS Y PENSAMIENTOS.